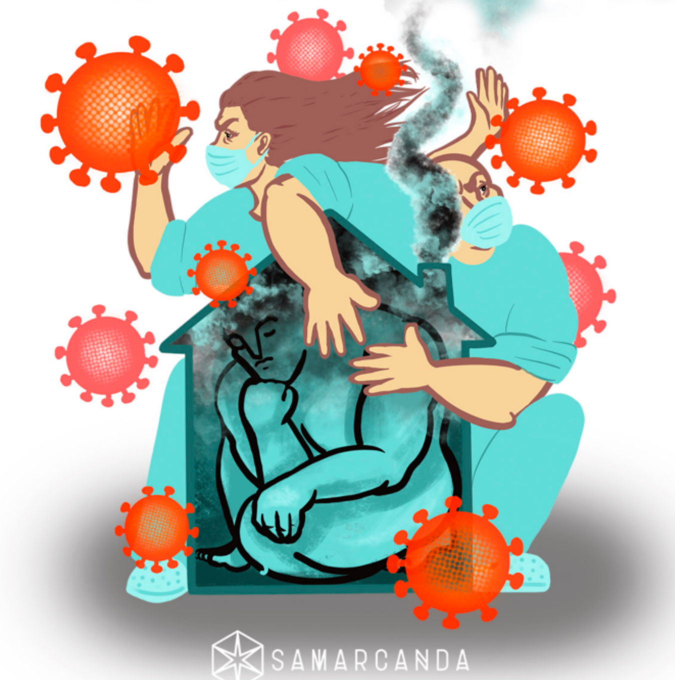

40 REFLEXIONES
PARA UNA
CUARENTENA
UN PROYECTO DE GESTAS DE ESPAÑA



SAMARCANDA

40 REFLEXIONES PARA UNA CUARENTENA

“40 reflexiones para una cuarentena” es una iniciativa de Gestas de España de, por y para la solidaridad.

Para todos los profesionales que están, cuando nadie más puede, combatiendo las batallas imposibles, fieles a su vocación y a todos nosotros.



Para nuestros leales sanitarios, nuestra humilde dedicatoria.

Dibujo de Augusto Ferrer-Dalmau

AGRADECIMIENTOS

No hay palabras capaces de suplir la desinteresada entrega de todos los profesionales que componen esta obra. El tiempo era poco, en muchos casos difícil la situación personal, pero el objetivo lo merece. Ellos lo merecen. De entre todos debo agradecer especialmente el compromiso de Rafael Núñez Huesca, que ha hecho de este proyecto algo tan suyo como nuestro sin esperar nada a cambio.

A Rafa y a todos, mil gracias.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Otro día sólo en mis tres metros cuadrados. No me quejo aunque a veces pienso en la conversación que tuve con Fermín la Navidad pasada, aquella sobre la orden de los Cartujos. Sé que no es lo mismo, pero ahora entiendo su admiración.

Salgo de la cama, me ducho y me hago un café. Le doy los buenos días a mi madre, repaso los grupos de WhatsApp y miro las noticias. Los contagios aumentan, la gente muere y yo estoy aislado. Pretendo permanecer impasible ante lo que ocurre ahí fuera, aunque es imposible. Lo que tengo claro es que yo me quedo en casa.

Leo, escribo, escucho música y pienso. Desde que fundamos <<Gestas de España>> hemos tenido la oportunidad de conocer a gente brillante, me encantaría saber su opinión de todo esto. Llamo a unos, escribo a otros. Todos me cuentan a cerca de su experiencia, sus meditaciones, que tienen conocidos contagiados, que han enfermado ellos. Desde su confinamiento intentan ayudar en lo que pueden, yo les escucho admirado y una idea me sobreviene como un relámpago.

La panacea que puede frenar la crisis no es un medicamento, es el frente, son nuestros sanitarios. Cualquier solución pasa por proteger su día a día, eso lo sabemos todos. Necesitan recursos, logística, y quizá haya una forma de conseguirla. Cojo de nuevo el teléfono, llamo a los de siempre. Javier, César, Pedro, Augusto, Rafael, todos me dan un sí, sin duda o condición. Rafa contacta con otros y, como la bola de nieve que desciende por la ladera, el grupo se nutre cada vez más de gente académica y altruista. Santi y María aceptan el reto y la editorial Samarcanda se dispone a editar nuestra publicación en tiempo récord.

Los tres metros cuadrados se expanden. Los muros ya son lo de menos, la unión lo es todo. Una unión que traspasa fronteras, ideología y diferencias. Si cuarenta jornadas duró el diluvio, los hebreros padecieron cuarenta décadas de esclavitud, Jesús estuvo cuarenta días en el desierto de Judea y con cuarenta años Mahoma tuvo su revelación, cuarenta reflexiones para una cuarentena serán las que ayuden a nuestros expertos a obtener lo que tanto necesitan.

Escritores, periodistas, filósofos, biólogos, historiadores, economistas exponen en las páginas de esta obra su propia percepción de la crisis del Coronavirus con un único fin: destinar los beneficios de nuestra humilde iniciativa a la sanidad española. Con todos ellos les dejo, honrado por prologar tanta experiencia, tanta humanidad y a tantos

amigos, sintiendo en mis adentros la íntima satisfacción del deber cumplido que, como dicen nuestras Reales Ordenanzas, es la mayor recompensa a que puede aspirar un militar.

Manuel Ángel Cuenca López.

Álvarez Fanjul, Beatriz Isabel



Beatriz Isabel Álvarez Fanjul (Bilbao) cursa Administración y dirección de empresas y forma parte de las Nuevas Generaciones del PP. Es una profesional entregada, con vocación de servicio y una marcada solidaridad.

TIC-TAC, ESE SONIDO ATERRADOR

Entre cuatro paredes, y de fondo los resortes del reloj. Hace tiempo que dejé de contar los días para transformarlo en vidas. Cada dos minutos el cuerpo de una persona calla a su canto.

¡Maldito virus y maldita soledad!

Tic-tac, vuelve a sonar. Ausente y clavado sobre las agujas del reloj.

Siento el silencio en las calles, la soledad en las aceras. El vacío existencial de cientos de vidas reducidas a un mero gráfico. Vemos la lluvia caer pero esta vez no nos moja. Escuchamos la brisa correr pero esta vez no nos golpea. ¡Qué perfectos desconocidos!

Tic-tac, vuelve a sonar pero esta vez cobra vida y con ella una tímida sonrisa asoma. Las dos agujas del reloj, se aburren. Son las 20hr. El tiempo se detiene y las palmas se sonrojan.

Pocketful of Rainbows empieza a sonar y mi cuerpo a vibrar. He dejado de mirar el reloj.

Amontonados quedaron los malos recuerdos, perdidos por falta de empeño.

Las persianas despiertan y las ventanas se tiñen de esperanza. Los balcones me conducen al recuerdo de mi Nochevieja: Sonrisas cargadas de ilusión, promesas que agarran el corazón, niños vestidos

de héroes y vendas para olvidar el dolor.

Conscientes de nuestra realidad con cada bocanada de aire fresco que recorre libremente nuestros cuerpos mientras el azar decide castigar a la vida con su ausencia.

He dejado de mirar el reloj.

John Donne escribió “La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad; por consiguiente, nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas: doblan por ti”.

Hoy, las banderas izan a media asta por ti. Tiñen sus puertas, monumentos con el color verde de la Esperanza. Enseñas nacionales se proyectan sobre las montañas, mientras suena el canto desgarrador del Padre Gabarín, la muerte no es el final: “ya le has devuelto a la vida, ya le has llevado a la luz”.

Miro al final el reloj. Ha amanecido, y tras su último tic-tac, me reencuentro.

Era yo; perdida desde hace demasiado tiempo.

Arveras Alonso, Daniel



Daniel Arveras Alonso(Madrid) es periodista, escritor y un apasionado de la Historia, en especial de la que tiene que ver con la presencia de España en América. Su último libro es "Conquistadores olvidados. Personajes y hechos de la epopeya de las Indias". Colabora semanalmente en www.tuotrodiario.com con la sección "Mujeres en la historia"

PLUS ULTRA

Escribo estas líneas profundamente consternado, seguro que como la inmensa mayoría de ustedes. Aquí estamos, tristes, preocupados y confinados la mayoría en nuestros domicilios para no contagiarnos y, lo que es aún más importante, no contagiar a nadie. Nuestra libertad individual se ve mermada por un beneficio común y salvo excepciones -imbéciles hay en todas partes- la población española está cumpliendo.

Es el momento de estar unidos y apoyar todos en los que podamos, habrá tiempo para exigir responsabilidades a nuestros políticos, ya de por sí bastante ineptos al margen de su gestión en estas circunstancias excepcionales. Humildemente, sólo quiero hacerles dos sugerencias y trasladarles un mensaje de ánimo recordando también dos gestas de nuestra historia.

El exceso de información que recibimos a diario sobre este maldito virus es dañino para nuestro bienestar psicológico. La saturación de noticias, datos, rumores, opiniones, bulos y cifras nos hace estar en estado de alerta e inquietud permanente, no dejando a nuestro cerebro descansar y haciendo también difícil conciliar el sueño o que éste sea profundo y duradero. Infórmense, por supuesto, pero sin cebarse en ello. Traten de relajarse y entretenerse con un buen libro, series o películas,...

Otra sugerencia importante. El humor es siempre un eficaz método para distraer nuestra mente de esta terrible realidad, aunque sea a ratos. No es frivolizar es, simplemente, higiene mental. En España por fortuna no nos falta y, ciertamente, es un alivio en estos tiempos de turbación y angustias.

Quiero también recordarles que los españoles hemos sido protagonistas de grandes hazañas, fruto precisamente de nuestra valentía, fortaleza y enormes sacrificios, muchos de ellos inimaginables y que todavía estremecen de orgullo el recordarlos.

El joven rey Carlos, futuro emperador, incorporó el lema "plus ultra" (más allá) a su escudo en torno a 1516, en aquellos tiempos en los que España ampliaba sus dominios por todo el orbe, habiendo superado años atrás las míticas columnas de Hércules, surcado el mar tenebroso y descubierto un Nuevo Mundo.

En abril de 1520, hace justo 500 años, ese "plus ultra" marcaba dos acontecimientos que cambiarían la historia de la humanidad. La expedición a la Especiería comandada por Magallanes se encontraba al sur del río de la Plata, refugiada en la bahía de San Julián. Faltaban aún unos meses hasta que dieran con el anhelado paso entre los dos océanos, surcaran el inmenso Pacífico y llegaran a las islas de las Especias. Desde allí, tres años después de partir, regresaba la nao Victoria con tan sólo 18 famélicos supervivientes al mando de Juan Sebastián Elcano. Habían circunnavegado el mundo.

También por aquellas fechas, un intrépido y astuto hidalgo, Hernán Cortés, se encontraba ya en los dominios mexicas. Tras tensiones, batallas, reveses, retirada y victorias, aquél extremeño conquistaba definitivamente la fascinante Tenochtitlán al año siguiente y, posteriormente, todos los dominios y territorios anexos. Nacía la Nueva España.

Mucho ánimo y paciencia. Recuerden, "plus ultra", el coronavirus quedará atrás como un amargo y doloroso recuerdo al que pudimos vencer.

Cuídense mucho, también de los suyos y de quienes no son los suyos.

Bosch Codina, Josep Ramón



Josep Ramón Bosch Codina (Santpedor, Barcelona) es licenciado en Geografía e Historia por la UB. Diplomado en Marketing por EMI. Expresidente de la asociación "Societat Civil Catalana".

LOS VIRUS

Jordi Pujol trabajó toda su vida para establecer una hoja de ruta clara para inocular el virus nacionalista en la sociedad catalana, y lograr la independencia de Catalunya en un plazo de 30 años. Pujol trazó una exitosa hoja de ruta para conseguir introducir el nacionalismo en todos los ámbitos, y este meticuloso plan fue revelado en las páginas de "El Periódico" el 29 de octubre de 1990, cuando se publicó el llamado "Programa 2000", un complejo compendio de estrategia diseñada para introducir la enfermedad del nacionalismo en todos los ámbitos catalanes, el "nation building" o reprogramación nacionalista. El objetivo era inocular un virus en la sociedad catalana con el fin de lograr la independencia de Catalunya en un plazo de 30 años, planeado a través de un férreo control en todos los ámbitos de la llamada sociedad civil -el documento destacaba como principal objetivo la infiltración de militantes nacionalistas en puestos clave de los medios de comunicación y de los sistemas financiero y educativo-.

La pandemia que padecemos en España, se vive en Catalunya con una extraña anormalidad. Mientras el president de la Generalitat, Quim Torra, ha estado infectado por el coronavirus, no ha cejado de extender el mantra de que "España nos mata" acusando al gobierno central de no cerrar Madrid. El separatismo ha orquestado una nueva campaña propagandística, a través de los canales públicos que controla de forma soez y sin oposición, para responsabilizar a "Madrid" (y por ende a la pérfida "España") de las muertes que acaecen en Cataluña y de la precaria situación de la inversión sanitaria, a pesar de que fueron gobiernos nacionalistas los que robaron a manos llenas (el 3%) y los que mayores recortes ejercieron sobre la sanidad pública.

El odio vírico que padecemos desde hace lustros, se está

incrementando y fortaleciendo con el virus importado de la China, y es que el “Govern de la Generalitat”, ha estado acusando al gobierno español de no hacer nada para detener la pandemia, llegando a la paranoia de que desde la BBC, la televisión pública inglesa, en una entrevista que le hicieron a Quim Torra, señalara a España como la causa de la muerte de los catalanes al "*No poder ayudar y proteger a nuestra gente*" , además de criticar ferozmente la presencia de la Unidad Militar de Emergencias en el puerto y en aeropuerto de Barcelona, donde desinfectaron las instalaciones bajo la atenta observación de Mossos d'Esquadra.

Junto con la propaganda diaria de odio vírico insuflado desde TV3, el president de la Generalitat ha enviado una carta a los líderes de los países europeos, en la que les pide ayuda ante el abandono que, según Torra, sufren los ciudadanos catalanes y les ruega que obliguen a España a declarar el confinamiento total de Cataluña, de manera que nadie pueda salir o entrar de la región, para que "*se asegure de que las directrices y recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud sean estrictamente respetadas por todos los estados miembros*" y enuncia una serie de medidas propuestas por la Generalidad y que han sido desatendidas, como el cierre por carretera de la región, también de puertos y aeropuertos y el confinamiento total de la población prohibiendo los desplazamientos por motivos laborales.

El relato del virus “España ens mata” sustituyendo al vírico relato del “Espanya ens roba”. En breve, y con la potencia propagandística de los separatistas, se convertirá en una verdad incuestionable, y el mito de una Cataluña sojuzgada e indefensa, destruida por el pasto del virus español.

Sólo en la idea de seguir compartiendo un proyecto común con todos los españoles y el convencimiento de que las dificultades que pasamos como país serán superadas desde la unidad y no desde la separación, será el camino poner fin a las derivas supremacistas, como potente retroviral. Puede sonar a tópico, pero sólo con una efectiva propaganda de recordatorio de las evidencias que nos unen podremos conseguir nuestro objetivo y salir de la permanente discusión sobre la unidad territorial. Mantener estos planteamientos obliga a posicionarte contra la corriente dominante de pensamiento en los medios públicos y subvencionados y en una parte significativa del debate público.

Es necesario articular de nuevo, de forma armónica, la conciencia de la catalanidad y la noción de un proyecto común español. Y esto sólo será posible si logramos construir un renovado relato de España que tenga también acento catalán. Esto significa, por un lado, un proyecto

nacional que esté protagonizado decisivamente por catalanes. Y, Por otra, una narrativa que se exprese y explique también con los matices propios de la mentalidad y de la lengua catalana.

Y que como todo virus al que se le aplica una potente vacuna, estoy seguro que todos juntos seremos capaces de vencer a las pandemias del coronavirus y del nacionalismo, a no ser que se muten en cepas resistentes o violentas que puedan llevar a la muerte a la enferma España.

Carmona Sancipriano, Antonio Miguel



Antonio Miguel Carmona (Madrid) es profesor de Economía de diversas universidades, nacionales y extranjeras, teniente del Ejército del Aire, piloto, ha sido diputado y concejal en diversas legislaturas, presidente de la Asociación Española de la Singularidad (tecnológica) y presidente de la Fundación Socialdemócrata.

MILICIA, SERVICIO PÚBLICO Y CORONAVIRUS

Cuando los tiempos te indican que la prioridad es servir a la patria, hay que dejar los arados y las tizas, las herramientas y los volantes, y dedicar nuestras horas, los minutos y todos los segundos a defender a los nuestros.

Pero hay algunos que ya defienden a diario la nación como suma de todos los ciudadanos que comparten un pasado propio, un presente difícil y un futuro esperanzador. Esos son nuestros sanitarios, nuestros maestros, nuestros policías, nuestros hombres y mujeres públicos dedicados al servicio colectivo con honestidad y mérito.

Aquellos que se juegan la vida, como nuestros enfermeros, nuestras doctoras, al principio sin apenas mascarillas, con falta de respiradores, en primera línea del frente, mirando fijamente la muerte a los ojos en esta primavera letal en la que nos invade el coronavirus.

Algún día tendremos que poner en valor la función pública. El hecho de que los recortes en el gasto han sido suplidos de continuo por el trabajo de los empleados públicos. Si había menos médicos, cada doctor atendía a un número mayor de pacientes. Si había menos profesores, cada maestro se dirigía a aulas más numerosas. Todo a sus espalas.

Y ahora les ponemos en valor, les aplaudimos cada noche, clamamos al cielo por su capacidad de servicio público.

Pues bien, entre todos ellos, los soldados son nuestros hombres y

mujeres más leales. Los miembros de las Fuerzas Armadas soportan sobre sus hombros el trabajo y el sacrificio por un país por el que merece la pena luchar.

Nuestro presupuesto de Defensa asciende a 10.000 millones de euros, frente a los casi 70.000 millones destinados a Sanidad. Con tan solo alrededor del 1% de nuestro PÌB nuestros soldados, desde el último propiamente dicho hasta el Rey, debemos garantizar la seguridad nacional. Y lo hacemos. A pesar de que nuestro presupuesto es menor que el de nuestros aliados operacionales.

La imagen de nuestros soldados, en plena crisis del coronavirus, patrullando las calles infectadas, me llena inmensamente de orgullo. Nuestros soldados entrando en las residencias de ancianos donde yacían nuestros mayores muertos. O aquella foto en la que se ve a dos miembros de las Fuerzas Armadas llevando las bolsas a una señora mayor que caminaba lentamente delante de ellos, me ha hecho sentir muy orgulloso de ser servidor público, de ser miembro de las Fuerzas Armadas, de ser soldado.

Los cuarenta y seis millones de españoles somos responsables de nuestros bienes públicos porque todos ellos son propiedad y usufructo de todos los españoles. Por eso, un bien público en cualquier parte del territorio nacional forma parte del acervo de cualquier ciudadano viva donde viva.

Los destinos de nuestra patria lo decidimos entre todos. España, como nación, representa a sus ciudadanos que han compartido siglos de historia y cuya vida en común se confirma en la Constitución.

Por eso, no solo los servidores públicos, sino todos y cada uno de los ciudadanos deben colaborar, movilizarse y aportar su valor añadido al país al que nos debemos.

Porque yo soy lo que soy, no solo por mi esfuerzo personal, pobre de mí, ni siquiera únicamente por el de mi familia. Sino por el esfuerzo de aquel señor que ahora peina el pelo blanco y que me enseñó a leer y a escribir. Por aquella señora del pelo también blanco que me enseñó Matemáticas. O aquella anciana que camina lentamente por la acera de mi calle que era la que me limpiaba el colegio para que cuando yo llegara todo estuviera limpio.

Por eso, los bienes colectivos, el servicio público, es tarea de todos y cada uno de nosotros. No somos ajenos al valor de lo público en nuestras vidas.

Lo común se simboliza en nuestras instituciones, en nuestra bandera,

en nuestros himnos. Pero eso son símbolos que representan algo más hondo, más profundo. Lo colectivo, lo público y lo privado, la patria.

Dicho sea de paso, aquellos que quieren destruir nuestra vida en común, especialmente nuestros valores compartidos, denostan nuestra historia y a nuestros padres, a nosotros mismos y el futuro de nuestros hijos.

Con todo ello quiero decir que los bienes y servicios públicos nos corresponden a todos. Que hay profesionales que se dedican por vocación a los mismos y a quienes delegamos esa función. Y que, ahora, en tiempos de peste y muerte, como los que vivimos, son nuestros héroes. Pero que lo son todos los días, no solo cuando nos sentimos desamparados frente a la muerte, la enfermedad o el virus.

Los empresarios legítimamente hacen el bien a cambio de un beneficio, los trabajadores a cambio de un salario, los religiosos a cambio del Cielo. Los servidores públicos de las Fuerzas Armadas hacen el bien… a cambio de nada.

Cervera Moreno, César

César Cervera Moreno (Candeleda, Ávila) es periodista y Máster en Periodismo escrito por la Universidad Complutense. Trabaja como redactor de la sección Historia desde 2014 y está especializado en el pasado español. Es autor de dos libros de divulgación histórica, «Los Austria, el Imperio de los chiflados» y «Superhéroes del Imperio», ambos editados con éxito por la Esfera de los libros. Publica temas de opinión en el Debate de Hoy y ha impartido distintas conferencias sobre leyenda negra y otras cuestiones históricas a lo largo de España.

ORGULLO DE NIETO

Entre estímulos de todo tipo, sonrisas propias de calaveras y productos huecos resulta muy complicado ordenar las prioridades de la vida en el siglo XXI. Demasiado ruido. Hasta principios de este año, funesto por ahora, pensaba que tal vez si a mi muerte se me recordaba por haber vendido muchos libros, o porque mis artículos de historia fueran muy leídos, o por ser capaz de legar muchas posesiones materiales a mis descendientes, podría cerrar los ojos para siempre con cierta satisfacción.

Toda mi confusión se disolvió el 13 de enero, el día que murió mi abuela Regina, una mujer de 98 años que dedicó su vida a su familia, a sus vecinos, a sus amigos, a sus seres queridos. Una reina que, a pesar de su edad, dejó en la Tierra un vacío enorme y a mucha gente que la consideraba una segunda madre, una tercera abuela, un ser humano espléndido que pensaba más en los demás que en sí misma. Su bondad, su generosidad, su retranca, su personalidad tan abierta dejaron un reguero de felicidad que tardará muchos años en desaparecer.

Vivimos obsesionados con lograr una huella imperecedera en el mundo a través de la labor profesional, likes, tuits, papeles, de cosas materiales que se deshacen en las manos a los pocos envites y de un fama que dura unos soplidos, mientras que mi abuela lo hizo centrada en los actos cotidianos, en la entrega a los demás hasta convertir su casa, al pie de la calle de la Iglesia de su pueblo, en una isla amistosa en medio de un océano de gruñidos, empujones y existencias hedonistas. Todo lo que sé de la vida me hace pensar que su camino

hacia la inmortalidad resulta más efectivo, más gratificante, y que sus actos quedarán en el corazón de muchos incluso cuando su nombre solo sea un ruido de otro tiempo.

Cuando me veo encerrado en casa, convencido, como miles de españoles, de que evitar el contagio del virus es el mayor gesto patriótico que pueda realizar nuestra generación... De pronto veo muchas Reginas en el mundo. Sanitarios, limpiadores, policías, militares, reponedores de comida, repartidores, vecinos que se echan una mano, cuidadores que se encierran con sus abuelitos en la residencia. No me da vergüenza reconocer que se me humedecen cada día los ojos viendo el telediario. Viendo la generosidad de unos pocos en medio de una crisis que afecta a tantos. Me enorgullece saber que otros también han ordenado a tiempo las prioridades de su vida y actúan en consecuencia, sin temor.

A pesar de la historia negra que pensamos arrastrar, España siempre ha sido un país solidario, compasivo y preocupado por los abusos dentro de su entorno europeo. Un país con sus ovejas descarriadas, como todos, con sus egoístas, sus fanáticos y sus villanos. Pero en su mayoría un país que no se siente cómodo con las injusticias, ni es capaz de mirar a otro lado si, por ejemplo, a unos cuantos conquistadores les da por tratar a los indios como animales, o si a sus dirigentes les da por anteponer la economía a las necesidades humanas como proponen hacer varios Estados vecinos. Una nación excesivamente autocrítica, pero también excesivamente cruda. Más pasional que cerebral. Más de amar u odiar que de mostrarse indiferente.

Cuando tenemos los niveles de autoestima más bajos de prácticamente toda nuestra historia, resulta una inyección de orgullo patriótico recordar la verdadera naturaleza de los españoles, que por algo durante casi treinta años hemos sido líderes en donaciones de órganos y líderes en abuelos que con su mísera pensión mantienen a sus hijos y nietos. Somos los descendientes de esos grandes médicos españoles que como Jaume Ferrán i Clua, pionero en la vacunación contra el cólera, o Vicente Llorente, que salvó miles de vidas distribuyendo suero contra el tifus, lucharon y vencieron en sus pulsos contra las epidemias. Los compatriotas remotos de aquel médico alicantino llamado Javier Balmis y Berenguer que realizó la primera campaña médica internacional con su vacunación masiva contra la viruela. Y también de esos españoles de la posguerra que repartían en trozos casi microscópicos sus mendrugos de pan.

La crisis del coronavirus nos ha recordado lo endebles que son algunas de las cosas que pensamos de acero y damos por supuesto en nuestra

era, y sin embargo nos ha traído a la memoria cosas que ni siquiera sabíamos sobre nuestra fortaleza. Sobre cómo somos en los momentos complicados. Nuestra solidaridad, nuestras prioridades, nuestras redes familiares. Nuestra querencia por el contacto físico. Sobre los elevados valores humanos que nos hacen muy resistentes, mucho más que un maldito virus, y que otros países que miramos con admiración garrula tardarían mil años en conquistar.

Crespo Lorenzo, José María

José María Crespo (Husillos, Palencia) es un político español que actualmente es

Director General del diario Público, y colabora como analista político en Televisión Española (La Noche en 24h), Antena 3 (Espejo Público), La Sexta (Más Vale Tarde) y Onda Cero (La Brújula), entre otros.

LA VACUNA

No hace tanto tiempo, cuando todavía escribíamos cartas, el inicio de las misivas incorporaba un formalismo: “Espero que al recibo de la presente todos os encontréis bien. Nosotros bien, gracias a dios”. Ya no escribimos cartas, si acaso emails y millones de whatsapps. No hay tiempo, ni espacio, para recrearnos en viejos formalismos ya olvidados. Hasta que nos llegó la pandemia.

Con la premura de las urgencias, con la ansiedad de saber en tiempo real todo lo que acontece a lo que nos hemos habituado y con la necesidad de recibir respuesta inmediata, con todo ello, no hay whatsapp que no comience con un “¿estás bien? ¿Los tuyos bien?” Para finalizar con un “cuídate mucho”, “nos veremos en cuanto esto acabe”. Como me recuerda al viejo “espero que al recibo de la presente…”. De repente nos hemos vacunado de urgencias y de inmediatez.

En tan solo quince días hemos encontrado tiempo, es verdad que ahora nos sobra aunque no queramos, pero sobre todo ganas de interesarnos por el otro. Ya sea familiar, eso no lo habíamos perdido del todo, amigo, eso no se pierde nunca, o simplemente conocido. Esto último es lo más llamativo para mí, de repente hemos tomado conciencia, verdadera conciencia de cuantos nos rodean, que siempre estuvieron ahí, y a los que prestábamos la mínima atención que nos exigía la mera proximidad. Primer efecto benéfico del maldito virus.

A medida que pasan los días vamos experimentando sensaciones que han evolucionado de la incredulidad (a mí esto no me toca), al miedo (me acabará tocando), a la ira (hasta cuándo), a la solidaridad (me gustaría ayudar), a la esperanza (ya falta menos). Todas ellas

inherentes al ser humano pero que estos días afloran con la máxima intensidad y que no nos cuesta expresar en voz alta. Dicen los expertos que expresar las emociones nos ayuda a mejorar como seres humanos, por tanto, segundo efecto benéfico del maldito virus.

Observo también, seguramente a consecuencia de mi confinamiento, cómo estamos aprendiendo a relativizarlo todo. De repente, todo lo que hasta ayer era inaplazable, imprescindible, inevitable...ha dejado de serlo. Por primera vez en montones de años nos hemos fijado un objetivo común a cuya consecución supeditamos todo lo demás. Aquí encuentro algunos matices que me resultan irrelevantes por la miseria moral de quienes los protagonizan y que son una raquítica minoría.

Por tanto, tercer efecto benéfico del maldito virus. Hemos dejado de lado el yo para ceder el paso al nosotros. El modelo de sociedad que hemos creado no ha sido capaz de erradicar el viejo (para mí vigente) concepto de clases sociales. Si acaso lo ha disimulado un poco. Hasta que llegó la pandemia. Nadie ha hecho más por igualarnos que el maldito virus. No ha "respetado" a nadie. Ricos o pobres, españoles o extranjeros, jóvenes o mayores (aunque aquí se haya cebado con nuestros mayores a los que tanto debemos), famosos o anónimos (ningún ser humano es anónimo).

Por tanto, un nuevo efecto beneficioso del maldito virus, una enorme vacuna de humildad para una sociedad que creía tener "casi" todo resuelto. Solíamos pensar que lo que es de todos no es de nadie y por eso no hay necesidad de cuidarlo. Hasta que llegó el maldito virus. Con el batacazo hemos asimilado que aquello que es de todos hay que mimarlo y protegerlo como el bien más precioso que tengamos. Me estoy refiriendo a los servicios públicos ¡¡¡A todos!!! Pero esta vez de la forma más contundente a los servicios sanitarios, a los servicios asistenciales, a nuestras fuerzas de seguridad...

No es poco el aplauso diario que les dedicamos desde nuestras ventanas. Pero no es suficiente ni mucho menos. De esta debemos salir vacunados del "sálvese quien pueda". Porque esta vez sí, y no es la primera, o nos salvamos juntos o no se salva nadie. ¿Lo olvidaremos en cuanto se nos pase el susto? ¿Lo olvidarán aquellos en quienes depositamos nuestra confianza? La verdad es que, si no aprendemos la lección, entonces el maldito virus habrá triunfado y no habrá vacuna que lo derrote.

Del Río Martín, Juan



Juan del Río Martín (Ayamonte, Huelva) es actualmente Arzobispo Castrense de España. En 1975 obtuvo el título de graduado social por la UGR. Además, es doctor en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia Gregoriana.

LA PIEDAD POPULAR Y EL CORONAVIRUS

La modernidad ilustrada y de progreso siempre ha visto con recelo las manifestaciones de la religiosidad popular, como algo anticuado, símbolo de épocas pasadas, poco letrada… Ahora, últimamente, se le da una categoría de "cultura popular", pero silenciando los elementos religiosos. También algunos planteamientos pastorales han querido hacer un catolicismo racionalista y docto, lejos de los sentimientos y tradiciones del pueblo.

Por otra parte, el pasado 15 de marzo, vimos al Papa que, en plena pandemia del Covid-19, caminaba solitario por las calles de Roma para rezar y depositar un ramo de flores ante la Virgen *Salus Populi Romani,* protectora de Roma. Luego siguió peregrinando hacia la Iglesia de San Marcello al Corso, para arrodillarse ante el Cristo milagroso que los romanos sacaron en procesión durante la peste de 1522. Francisco es todo un ejemplo de buen pastor, que siente y valora la piedad popular, que con estos gestos expresa lo que nos dijo en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium:* "Se trata de una verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos. No está vacía de contenidos…Es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros" (nº 124).

Ahora, en pleno siglo XXI, parecía que los avances científicos iban a solucionar los grandes males. Sin embargo ocurre que una pandemia no prevista hace tambalear todo el proceso de globalización de nuestro mundo, en sus múltiples sectores. Se quiera reconocer o no, esto nos debería hacer menos autosuficientes, más humildes. Así podremos aclarar nuestras mentes para responder a los muchos interrogantes que nos hacemos los creyentes y hombres y mujeres de buena voluntad, que deseamos encontrar un sentido a lo que está

pasando. Cuando vemos que los medios humanos están desbordados ante la virulencia del coronavirus, ¿Qué hacemos? ¿Tenemos que admitir que sólo nos queda la triste resignación?

¡No solamente de cosas materiales vivimos las personas! (cf. Mt 4,4). La fe en Dios no quita nada a las ciencias de la salud, pero puede ayudar mucho cuando nos estamos jugando la vida o la muerte. No despreciemos o infravaloremos la fe de los sencillos y sus expresiones de piedad porque consuelan, confortan, dan esperanza y crean fraternidad en las más variadas situaciones límites que ha podido vivir la humanidad. ¡Todas las ayudas son pocas en estos tiempos calamitosos!

La "mística popular", a través de las advocaciones populares de Cristo, la Virgen y los Santos, se convierten en intercesores de nuestra salud y bien morir. Así lo entiende nuestro pueblo, cuando rezan, hacen una promesa o enciende una lamparilla a la Patrona de su pueblo o al Cristo de su Cofradía. Ellos saben pasar del "amor a lo visible y llegar al amor de lo invisible" (2Cor 4,18). Esto nos lo ratifica el Papa cuando dice: "Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo, que se aferran a un rosario, aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado" (*EG* 125).



Del Valle Alcalá, Guillermo.

Guillermo del Valle Alcalá (Madrid) es licenciado en Derecho por la UAM y Máster en Práctica Jurídica por la Escuela de Práctica Jurídica de la UCM. Además fue miembro del Consejo de Dirección de UPYD. Posteriormente fundador y portavoz adjunto de Plataforma Ahora. Colabora en diversas tertulias de televisión y radio, y es columnista en Diario16.

LLAMANDO A PAPÁ ESTADO

La crisis del coronavirus no sólo ha desatado una terrible emergencia sanitaria mundial, sino que deja al descubierto algunos de los mantras ideológicos de uso y abuso cotidiano que se han revelado como nocivos, falsos y profundamente irresponsables.

El primero de ellos es el viejo lugar común neoliberal consistente en estigmatizar cualquier intervención estatal. No hablamos de ideas marginales de tres o cuatro lunáticos, sino de un sistemático goteo de mantras que han calado más de lo que pensamos en la opinión pública. Las apelaciones al orden espontáneo, a los mercados autorregulados o a la mano invisible que todo lo repara han sido constantes repetidas hasta la saciedad en el debate público. Constantes que ahora se revelan disparatadas, porque cuando vienen mal dadas, cuando se desata una pandemia de estas características y de esta colosal gravedad, la solución nunca puede ser el abstencionismo público. He ahí numerosos voceros del Estado mínimo exigiendo al Estado que no sea precisamente mínimo, sino que proceda a intervenir de forma máxima, para evitar el desastre. Qué decir de los que

durante años, no contentos con chapotear en las nocivas ideas del minarquismo fueron un paso más allá adentrándose en las procelosas aguas de esa sociopatía llamada anarcocapitalismo, según la cual el Estado no debe ser mínimo, sino directamente desaparecer; ni seguridad, ni defensa, ni justicia… todo podría ser provisto por el mercado dejado a su libre y omnisciente arbitrio. Lejos de optar ahora por la honorable técnica del avestruz - esconderse por vergüenza torera - algunos de los citados andan por ahí sacando pecho de la penúltima cita del gurú neoliberal de turno, que ya predijo que cuando las cosas estallan, el Estado sí debe aparecer. Se seguiría una pregunta lógica ante tamaña admonición de urgencia: ¿qué Estado, cuando llevan ustedes décadas procediendo a su sistemático debilitamiento en favor de estructuras económicas y financieras que ahora imploran su (planificada) salvación?

La culpa de la crisis sanitaria global que enfrentamos no es, claro, de nuestro muy autóctono federalismo asimétrico, que ha vaciado de competencias al Estado central durante décadas; ese simpar Estado de las Autonomías que ha propalado la competencia y la rivalidad entre regiones y la triste y sangrante desigualdad entre conciudadanos. Pero nuestro modelo territorial sí constituye un agravante cualificado del desastre. Solo así puede entenderse que en el listado telefónico de asistencia sanitaria de los países afectados, al llegar a España uno no encontrara un número nacional, sino un disparato listín de números regionales. Claro que había algo peor: en uno de esos números, por atenderte te cobraban. ¡Bingo! Era en Cataluña, paradigma de los recortes y las privatizaciones. Allí, durante años, la elite nacionalista persiguió privatizarlo todo: los servicios públicos y el territorio político que a todos nos pertenece.

Otro tanto podría decirse de la caza de brujas identitaria que se ha propalado por doquier, en un febril intento de expiar culpas en función a los orígenes de cada cual. Como si el coronavirus entendiera de árboles genealógicos o de orígenes. He ahí ejemplos sobresalientes de infamia: el *señor* Ortega Smith escupiendo obscenos disparates sobre sus anticuerpos españoles que se enfrentaban a virus chinos y la *señora* Ponsatí haciendo chanzas sobre la muerte de madrileños con su infame tuit “De Madrid al cielo”.

Sea como fuere, el hedor de tales bajezas no ha sido capaz de opacar algunas evidencias, al descubierto con la pandemia. Una, decía antes, ese burdo y zafio anarcocapitalismo de barra de bar. El mantra de un Estado pérfido que pone barreras a una libertad primigenia idealizada, la del estado de naturaleza, salta por los aires cuando toca adoptar medidas de fuerte intervención. Medidas que también habrán de

adoptarse en el plano económico, ahí tienen a sempiternos ortodoxos reconociendo la necesidad de acometer fuertes operaciones de gasto público ante una emergencia de carácter social y económico colosal. Medidas de planificación central, claro. He ahí el segundo lugar común que debe pasar a mejor vida por el bien de todos: la sacralizada descentralización perpetua, aun cuando se pone al servicio de la descoordinación entre taifas autonómicas, de la desigualdad más cruenta y del más que clamoroso e insolidario sálvese quien pueda. Cuando toca hacer política de altura no hay singularidad identitaria ni particularidad cultural que valga. Es más, se exigen respuestas unitarias, centralizadas, cohesionadas, coordinadas y colectivas. Un Estado desplegado en todo su esplendor, netamente social, territorialmente unido – aunque sea, tristemente, a fuerza de tan extremas circunstancias –, que resulta ser, y es, la única garantía del bien común.

A él apelan ahora los que desde diferentes frentes ideológicos, hasta anteayer mismo, se declaraban renuentes a aceptar un solo átomo de su vigencia. La (no) *izquierda* posmoderna e indefinida que se olvidó de los Estados - o se acordaba de ellos para insultarlos y demonizarlos con infantiles proclamas - en plena globalización neoliberal, ¡qué irresponsable disparate!, y todo en favor de fútiles idealismos; los neoliberales que prescribieron su estrechamiento o desaparición en defensa de febriles y distópicos paraísos donde germinaría su oscuro darwinismo social; y los nacionalistas, aún hoy incapaces de aceptar que las pandemias no entienden del nauseabundo etnicismo que vertebra su chatarra ideológica.

El nefando *Papá Estado* era, qué cosas, más necesario que nunca.

Díaz Gómez, Guillermo

Guillermo Díaz Gómez (Melilla) es licenciado en Derecho en la Universidad de Málaga. Antes de salir elegido diputado era trabajador del Festival de Málaga Cine Español, siendo el responsable de gestión de Cine Albéniz. Cargo del que se encuentra en excedencia. Es miembro de la Ejecutiva de Ciudadanos. Ahora, diputado en el Congreso por Málaga. Ha sido colaborador de varios programas de radio como Hoy por Hoy Málaga en la Cadena SER haciendo crítica de cine. Actualmente y desde hace tres años en La Escóbula de la Brújula en Podium (Cadena SER), hablando de historia militar y divulgación cultural en general. Autor de los libros Hipatia de Alejandría y Las Mentiras del Cine Bélico.

LA DEUDA

Cuando leas estas líneas todo habrá pasado. Están escritas desde el periodo que en tu libro de historia se llama algo así como *La pandemia del coronavirus*. Puede que algún político iluminado haya quitado la asignatura de historia y en su lugar estudias *neolengua*. De ser así hijo, lamento el periodo que te ha tocado vivir y te pido disculpas por haber fracasado en el intento de evitarlo.

Te escribo Hernán, con más incertidumbres que certezas. Llevamos algo más de dos semanas confinados en casa. No se puede salir. Solo a comprar y sacar a Minerva (tu primera perra, que no la última). Hay una pandemia de esas que mi generación ha visto en películas o leído en novelas de ciencia ficción, pero que nunca pensó que sucederían. Estas cosas llegan con cierta normalidad. Poco a poco. Empiezan en el telediario, en China y con un virus, no llama la atención. Poco a poco va ganando posiciones en periódicos, programas de radio y en los informativos de televisión.

No dejo de pensar en el comienzo de *El Mundo de Ayer,* la autobiografía de Zweig, donde cuenta que nadie pensaba que la gran guerra iba comenzar, a pesar de que estaba en la portada de todos los periódicos. Él, como muchos otros, estaba en un balneario cerca de Ostende, en Bélgica. *¡Colgadme de esa farola si los alemanes entran en*

Bélgica! Llegó a decir Zweig a sus amigos. Tuvo suerte de tener amigos piadosos. De un día para otro se encontró veraneando en un país con el que estaba en guerra y tuvo que volver a Viena en tren a toda velocidad. Las cosas grandes suceden igual que las pequeñas. No hay una sensación especial. No percibes la magnitud del momento.

De estas dos semanas el mejor recuerdo que voy a tener es el pasar contigo los días completos. Al menos nos estamos devolviendo el tiempo que por culpa de mi trabajo nos hemos robado en este año y ocho meses que hace que nos conocemos. Jugamos mucho por las mañanas, estamos los dos solos porque tu madre, como sabrás es enfermera y es de los trabajos que siguen siendo presenciales. Los demás o se han suspendido o se hacen a distancia. Ella está en ginecología y reproducción, pero es probable que la acaben llevando a pelear contra el coronavirus. Así es como se llama el agente infeccioso que nos ha puesto en jaque. No deja de ser paradójico que mate a tantos un ser que en opinión de la mayoría de los científicos no está vivo. Me gusta cómo los llama Ed Rybicki profesor de microbiología de la Universidad de Ciudad del Cabo, se refiere a los virus como *organismo al límite de la vida.*

Sé que leerás esto en una España que tendrá esto como una cicatriz más en su larga historia. Otro contratiempo superado. Pero no habrá sido gratis. Como no lo han sido los grandes contratiempos antes que este. Los españoles saben superar los desafíos, con aspavientos, pero con determinación y sacrificio. Yo no creo en el alma de las naciones, pero pienso que hay algo parecido, su idiosincrasia. España está llena de héroes. Siempre lo ha estado. Y la historia que lees no recoge los nombres de los héroes de este tiempo en que te escribo. Tal vez esté el nombre del científico que encontró la vacuna y el de los políticos que gobernaban. Pero no leerás las historias de dolor y sufrimiento de estos días. No saldrá el dependiente del supermercado donde hago la compra. Él se la sigue jugando porque tiene que trabajar. Lleva mascarilla pero veo la sonrisa en sus ojos cuando me entrega las bolsas en sus manos enguantadas. Tampoco verás los nombres de los enfermeros, médicos, auxiliares, policías, militares, funcionarios de prisiones y un larguísimo etcétera que tienen que seguir jugándose el contagiarse porque de ellos depende que los demás podamos seguir viviendo con cierta normalidad y seguridad. Pero en esa cicatriz que tú lees, ha habido una herida y por ella se ha sangrado mucho. Se han ido miles de vidas, no solo por el virus, como nunca tuvieron que irse: solos. Tras esas cifras escalofriantes que lees hay nombres. Y tras esos nombres había vidas, familias. Padres, madres, abuelas, abuelos, hijos, hijas, nietos, nietas, maridos, mujeres, amigos y amigas que no pudieron dar el último abrazo. Personas que murieron en la desolación

de vivir su último suspiro en soledad. Nadie podrá evitar estas tragedias.

Quienes pierden la vida en estos días o sufren una muerte cercana son la medida exacta de la exigencia del momento. Estos días cuando tengo la tentación de quejarme por algo, me doy cuenta de que no tengo derecho. Por ahora estamos bien. Tal vez sea esa la felicidad: estar bien. Aprende esto, hijo. Antes del coronavirus éramos felices y no lo sabíamos. Ten en cuenta que en el momento en que leas estas líneas tal vez eres feliz y no lo sabes. Saber que somos felices, cuando hayamos superado la pandemia, es nuestra deuda con todos los que se han dejado la vida o pedazo de ella en el camino.



Diez Gangas, José Carlos

José Carlos Díez (Palencia) es profesor de economía de la Universidad de Alcalá donde dirige el Foro de Economía del Agua y la Cátedra del Observatorio de la Realidad Financiera. Forma parte del Consejo Asesor del PNUD de Naciones Unidas para Latam. Además es Presidente de Global Economic Analysis, empresa dedicada a la consultoría internacional en temas macroeconómicos y financieros asociados a innovación y tecnología. Es colaborador habitual de medios de comunicación nacionales e internacionales y es uno de los economistas más influyentes en las redes sociales con su blog El Economista Observador, que ha recibido el premio Bitácoras. Ha escrito tres bestsellers, su último libro de reciente publicación es "De la Indignación a la Esperanza".

COVID 19: UNA CRISIS ECONÓMICA HISTÓRICA

Oikonomia del griego la ciencia del hogar. Desde Jenofonte en el siglo VI antes de Cristo la economía se ha dedicado a analizar el comportamiento humano cuando se enfrenta a problemas económicos. Nos enfrentamos a un fenómeno desconocido de la naturaleza. Los manuales dicen que el miedo es irracional pero es humano y un mecanismo de protección ante lo desconocido desde el inicio de la especie humana. Es lógico que la mayoría de ciudadanos del mundo tengan miedo y se sientan desnudos y vulnerables y nadie puede saber

cuál será su comportamiento después de esta crisis. Pero lo más probable es que cambien muchos de sus hábitos, también de consumo al menos durante un tiempo.

Una crisis global con gestión local y no cooperativa. Con EEUU en guerra económica contra China y contra Europa. Con Arabia Saudí en guerra económica contra Irán y contra Rusia. En noviembre de 2008 el G20 lideró una política monetaria y fiscal global coordinada. ¿Conseguirá Donald Trump liderarla esta vez?

La crisis de 2008 comenzó en EEUU y Europa fue la economía más afectada. Esta comenzó en China con un virus. ¿Volverá Europa a ser la más afectada? La Unión Europea ha fallado estrepitosamente en la gestión de la crisis sanitaria. ¿Alguien conoce el nombre de la Comisaria de Salud?

La reacción del BCE está siendo la correcta y tranquiliza. Pero Europa sigue desnuda sin un tesoro único que permita una política fiscal única como sucede en EEUU y en China. Sin un seguro de depósitos único y sin un seguro de paro único. Lamentablemente ya no da tiempo a cambiar los tratados para ponerlos en marcha para frenar la que ya es la peor recesión europea desde la Segunda Guerra Mundial.

La solución rápida es que el fondo europeo MEDE actúe. Podría financiar con líneas precautorias a los países para evitar rescates futuros. Principalmente Italia cuyo déficit público puede subir próximo al 10% y su deuda pública estar pronto en el 160% del PIB. Italia hoy es Grecia en 2009 pero con diez veces más deuda pública. Si eso pasará el euro y el proyecto europeo estaría en riesgo.

España es un economía muy vierta al mundo, tanto en exportaciones como necesitada de financiación exterior y con elevada deuda externa. Por esa razón, lo que suceda fuera, especialmente en Europa determinará el empleo dentro. Cuando llegue la recuperación del comercio mundial crecerán nuestras exportaciones industriales. No obstante, habrá sectores que ya tenían problemas antes del virus, como el automóvil, que ahora tendrán más problemas y tendrán que reconvertirse.

Otro sector clave, sobre todo para el empleo, es el turismo. España recibió en 2019 82 millones de turistas. En 2020 serán muchos menos. ¿Cuánto tardarán en volver los 82 millones de turistas? Eso determinará el número de hoteles y el nivel de empleo del sector que supone casi el 15% del empleo total. Y en Canarias, Baleares y buena parte de la costa supone un porcentaje mucho mayor del empleo.

La clave es aprobar un plan de inversión pública para frenar la caída

de inversión privada. El sol es la nueva fuente primaria de energía del siglo XXI. Necesitamos llenar todos los tejados de placas fotovoltaicas para reducir nuestras importaciones de petróleo y gas y nuestras emisiones contaminantes y se crearán cientos de miles de empleos. También necesitamos a nuestros mejores empresarios innovadores e ingenieros para digitalizar nuestras ciudades y ser más eficientes en crisis de este tipo.

Europa puede ser autosuficiente durante un periodo financieramente, energéticamente y alimenticiamente. Enseñemos al mundo la ventaja de gestionar la crisis cooperando. Si lo conseguimos Europa tendrá un papel relevante en el nuevo orden económico mundial. Aprovechemos esta crisis para poner de nuevo al hombre en el centro de las decisiones, como recomendó Pico della Mirandola hace más de 500 años. Hay vida después de las crisis, de esta también.

Esparza Torres, José Javier

José Javier Esparza Torres (Valencia) es un periodista, crítico cultural y ensayista español. Lleva años entregado a la tarea de reconstruir la identidad española a partir de su Historia. De ello son testimonio su exitosa trilogía



La Reconquista*, de la que se han vendido decenas de miles de ejemplares,* La cruzada del océano*, sobre el descubrimiento y conquista de América,* La historia de la yihad*,* Tal día como hoy. Almanaque de la Historia de España, Tercios. Historia ilustrada de la legendaria infantería española *y* Visigodos. La verdadera historia de la primera España. *En la misma línea abundan sus novelas históricas sobre los primeros tiempos de la Reconquista.*

CUANDO UN BICHO TAN PEQUEÑO NOS ENSEÑÓ LO QUE REALMENTE SOMOS

Cuando empezó el redondo año 2020, España debatía la vía libre a la eutanasia para aliviar el sufrimiento de enfermos y ancianos, proclamaba el derecho de las mujeres a volver a casa solas y borrachas, refrescaba la sangre derramada en las guerras de nuestros abuelos y anunciaba la inminencia de la emergencia climática mientras nuestros mandarines se llenaban la boca con las oportunidades de progreso en el mundo global (o sea, si tenemos que servir a los yanquis o a los chinos). También había genetistas que nos anunciaban la posibilidad de vivir 300 años y los filósofos apuntaban al transhumanismo como superación definitiva del ser humano, ese triste vestigio de tiempos pasados. Pero en eso llega un bicho infinitamente pequeño, hijo de un murciélago y un pangolín (o lo que carajo sea), y lo manda todo por el sumidero de la Historia. Los humanos redescubrimos nuestra infinita fragilidad, nos apiñamos en nuestros hogares para que el exterior no nos contamine, el mundo global se convierte en una jungla peligrosa, corremos a proteger a nuestros ancianos y el miedo a la muerte vuelve a apoderarse de nosotros mientras nos aplaudimos desde los balcones para no perder la conciencia de que el prójimo existe. El abigarrado escenario de este

teatro se deshace como papel bajo la tormenta. Una calamidad. Pero ahora vemos lo que realmente somos.

El bicho, el coronavirus hoy, como la viruela ayer, campa por sus respetos en gotas asesinas y la civilización, de un solo golpe, cambia de rostro. La peste antonina de mediados del siglo II hirió de muerte al imperio romano, la peste narbonense de finales del siglo VII aniquiló a la España visigoda, la peste negra del siglo XIV clausuró la Europa medieval… Con materiales de esta última, como restos de un naufragio, compuso Boccaccio su *Decamerón*. Siempre llega lo infinitamente pequeño, el bicho que no vemos, para recordarnos quién manda de verdad en el mundo. Adorno y Horkheimer escribieron en algún lugar de su *Dialéctica de la Ilustración* que todo intento por acabar con la coacción de la naturaleza termina siempre provocando una reacción aún más fuerte de lo natural. Es un argumento poco científico, pero ¿quién cree ya en los científicos?

Los científicos, cuando el bicho ruge silencioso, quedan reducidos a meros arúspices estadísticos que cosifican la muerte en una curva sobre una hoja de Excel, y en la mirada se les ve el mismo miedo que a todos los demás. Cosificamos a los cadáveres de nuestros muertos para narcotizar el dolor con trucos malos de tecnócrata, pero cada cuadro de abscisas y ordenadas es una lágrima que quema el alma. ¡Porque resulta que aún teníamos alma! Descubrimiento espantoso ante el que ya no sabemos qué hacer. Antes teníamos a Dios, pero ahora Dios sólo es un asunto privado, y la mejor alegoría de eso es la soledad infinita del papa bendiciendo al mundo en una Plaza de San Pedro enteramente vacía. El *Gott ist tot* de Hegel, Dostoievski, Nietzsche y toda esa gente a la que ya nadie recuerda –ese "Dios ha muerto" sólo significa que hemos perdido de vista lo esencial, y no, ni Facebook ni Netflix nos redimirán. El hombre moderno, el eterno optimista, el heraldo del progreso, sigue pensando que siempre es posible hacer algo, dar un paso adelante, subir un peldaño, vencer a la adversidad. El progresismo es el psicotrópico de la civilización técnica, el porro de Prometeo. Pero entonces ves pasar ante tu puerta el cadáver de ese vecino, otro más, y se te pasa la borrachera de golpe. Para ese que ahí va, envuelto en la funda mortuoria, ya no hay progreso que valga. Y no dolerá menos por mucho que lo reduzcamos a un punto en la curva de contagios.

Mi maestro Michel Maffesoli ha resucitado estos días una idea de Simmel sobre la socialidad: lo social es la vez un puente y una puerta, el puente nos lanza hacia los demás y la puerta nos deja siempre la opción de encerrarnos. Eso vale para las personas, para las sociedades y también para las naciones. En estos días de puerta, cuando el único

puente es uno levadizo, te pones la mascarilla, vuelves a cerrar y mandas al guano al mundo global. Kundera decía que la unidad del mundo sólo significa que nadie puede escapar a ninguna parte. No se puede expresar mejor. Lo global deja de aparecer como una “oportunidad de progreso” y se nos muestra como una jungla caótica e ingobernable. La nueva fórmula de la Teoría del Caos (aquello del aleteo de la mariposa y el maremoto) es esta otra: un chino estornuda en Wuhan y las bolsas mundiales se desploman. ¿Puedes confiar en una civilización tan frágil?

Ya, ya sé lo que vas a decir. Mejor no digas nada. Sólo mira dentro de ti, como aconsejaba el de Hipona, y guárdate la respuesta, la de verdad. Yo ya la sé.

(¿Cómo? ¿Que esperabas una palabra de aliento? Pero esto es precisamente una palabra de aliento: por encima de esta civilización de la técnica y del dinero, por encima incluso de los virus, hay cosas que permanecen. Y que no te convenzan de lo contrario).

Fidalgo Casares, María

María Fidalgo Casares (Ferro). Doctora en Historia del Arte y Miembro de la Academia Andaluza de la Historia. Una de las columnistas más leídas del país, destacan sus trabajos histórico-bibliográficos en distintos medios como Zenda. En 2010 comienza a colaborar con Augusto Ferrer Dalmau dirigiendo la asesoría artística y su gabinete de comunicación. Autora entre otros de: "Ferrer- Dalmau, pintor de batallas", "Bocetos para la Historia" e "Imperio", los libros de arte no académicos más vendidos de este siglo XXI. En 2019 fue elegida como una de las mujeres más influyen



tes en el ámbito de la Historia.

EL PRESENTE QUE AYUDARÁ A COMPRENDER EL PASADO

La Pandemia nos ha conmocionado, tal vez como jamás había pasado desde la guerra civil; y tendrá dolientes consecuencias sociales, económicas y políticas. Sesudos analistas, doctos en distintas materias, profundizarán en ello; pero probablemente no perciban el impacto que tendrá en la enseñanza de la Historia de España y en la percepción del valor del ejército.

He pasado treinta años de mi vida docente luchando contra un gran enemigo: el "presentismo histórico" "*No podéis juzgar la Historia con la mentalidad del presente*". Pero si hay algo que algunos profesores –pocos, la verdad- tuvimos claro, es que, aunque fuera infructuoso, debíamos ser capaces de transmitir lo que movía a los españoles de antaño a afrontar su destino histórico, tanto en la gloria como en la tragedia, y los ideales que han ido conformado a lo largo de los siglos, la España que tenemos hoy. Ardua tarea al ser valores casi extintos en nuestra sociedad y por tanto, para mis alumnos, casi incomprensibles.

De verdad que lo he intentado con empeño, aunque los exiguos temarios apenas lo contemplaban. La resistencia numantina, la fidelidad de los lusitanos, el espíritu de la Reconquista, o la honestidad de los hebreos abandonando sus hogares antes que abjurar

de su fe; la lealtad inquebrantable al rey de los conquistadores extremeños, el honor en los soldados de los Tercios, el amor a la bandera de Martín Álvarez, el misticismo carlista, el coraje sobrehumano de los soldados de la Loma de San Juan y el Caney, el férreo cumplimiento del deber navegando hacia la derrota de los marinos en Santiago y Cavite; el heroísmo de los Últimos de Filipinas, la inmolación y el sacrificio del Regimiento de Alcántara; y una fe que era capaz de espolear la lucha, pero también de construir caminos milenarios hacia el finisterrae, o ir con esperanza hacia la muerte en la época romana o el siglo XX; No olvidaba tampoco los ideales de los jóvenes de la Segunda República que se dejaban la vida en las calles de Madrid. Muy desesperanzada de percibir que, salvo el interés económico, no entendían ninguna otra razón que moviera el mundo. Y miles de veces, alumnos con ingenuo buenísimo cuestionaban *¿Si ya no hay guerras, para qué queremos ejército?* Yo siempre les respondía: "*Mejor que nunca tengáis que saberlo".*

Hablaba de presentismo en la enseñanza de la Historia. Y hoy, no hay otro presente que salir de esta pandemia. Y paradójicamente, en una extraña vuelta de tuerca, el deleznable virus ha triunfado en lo que los profesores llevábamos años fracasando. ¿Cómo? Invirtiendo lo que parecía un inquebrantable postulado *"Es necesario conocer el pasado para entender el presente".* Porque con esta lección que nos ha dado el presente, los jóvenes entenderán mejor que nunca nuestro pasado.

Mis alumnos, sorprendidos, mientras ellos estaban encerrados en sus casas, constataban que un milagroso conjunto de españoles, con vocación y corazón, luchaban movidos por esos ideales y valores que, hasta entonces, sentían tan ajenos e incomprensibles. Espíritu de sacrificio, cumplimiento del deber, abnegación, altruismo, justicia, patriotismo… y que han visto personificados en el cuerpo médico y sanitario y en los cuerpos de seguridad del estado que han sido la carne de cañón en esta guerra viral.

La guerra viral

"*Mejor que nunca tengáis que saber por qué tenemos ejército".* Ya lo han sabido. Con sus propios ojos. Desplegados por toda España, la labor que desconocían se ha hecho visible. Desde sus casas estaban asistiendo en primera línea a las operaciones de militares de tierra, mar y aire, bajo extrañas siglas: UME, BRILAT, BRIAC, BRIPAC, PCAM, BRISAN, MOE… Muchos sin mascarillas de protección y mal equipados desinfectaban aeropuertos, puertos, estaciones de trenes y

poblaciones, repartían comida por residencias y albergues, trasladaban ancianos y enfermos, patrullaban por tierra, mar y aire. Han visto cómo levantaban campamentos y hospitales de la nada, habilitaban decenas de miles de camas para infectados y sin techo o volaban a Oriente por material… Y gracias a ellos se han sentido más seguros y protegidos.

Esta guerra viral les ha hecho darse cuenta de la importancia de que un ejército esté bien pertrechado, porque cada barco, avión, coche o camión, les ayudará a estar mejor equipados para cuando se les necesite. Que su eficacia es consecuencia del adiestramiento de sus hombres, que son los nuestros, que se preparan diariamente para la defensa del país y de los intereses de todos. Para proteger las fronteras, y asistir a los damnificados en catástrofes, y desastres naturales y bélicos.

Por ello, estas jóvenes generaciones, criadas entre algodones, y desconcertadas por esta situación de emergencia, están reconociendo de forma más clara que nunca, aquellos valores del "cumplimiento del deber" y del "servicio a los demás". La ingente labor del ejército ha adquirido una nueva dimensión cuando han visibilizado la sombra de la muerte. Cuando sabiendo que sus compañeros comenzaban a caer, y que era letal el contagio por las acumulativas cargas virales, seguían ahí. Continuaban arriesgándose, dándolo todo y poniendo su vida en peligro para protegernos.

Y por fin, mis alumnos han entendido lo que es el patriotismo. Que todo lo acontecido, se resumía en la promesa a nuestra bandera: *"Darlo todo, incluso la vida, por España"* La patria de todos y cada uno de nosotros. España, la hermosísima palabra que algunos les cuesta nombrar, y cuya historia estos días se ha vuelto más brillante y comprensible que nunca.

Fidalgo Piña. Sergio



Sergio Fidalgo Piña (Barcelona) es periodista y escritor. Es director de elCatalán.es y columnista de Okdiario. Como autor ha publicado, entre otros, "Me gusta Cataluña, me gusta España" (2014), "Usted puede salvar España" (2018) y "50 hazañas de TV3" (2019).

LA EPIDEMIA HA PUESTO A CADA UNO EN SU SITIO

Una de las pocas cosas buenas que hemos podido encontrar en la grave epidemia sanitaria que vive nuestro país es que están cayendo las caretas, y cada uno se ha desvelado como realmente es. Cuando una crisis golpea con dureza a una sociedad que teme por su futuro, es conveniente descubrir el egoísmo y la insolidaridad de aquellos que presumen de "demócratas" y "luchadores por la libertad". Y la grandeza de aquellos que a menudo son denostados.

Un ejemplo muy notable de miseria moral es cómo el secesionismo catalán ha demostrado su faz más oscura. Mientras en nuestro país morían centenares de personas, por una epidemia que no entiende de ideologías ni banderas, los políticos que defienden la ruptura de España usaban al virus para sus fines partidistas. Hasta los fanáticos más radicales deberían entender que hay momentos en que todos juntos hemos de luchar para atajar una grave crisis. Pero en Cataluña no ha sido así. Desde el primer momento el gobierno que debería representar a todos los catalanes ha usado la epidemia para lanzar un único mensaje: "España nos mata".

Esta miserable consigna intentaba, en la opinión de los iluminados que mal gestionan la Generalitat, convencer a los catalanes que todavía no se han apuntado al bando de la 'estelada' que es mejor "estar solos", y que el virus se ha expandido por toda Cataluña porque "España" no ha dejado a los "catalanes" solucionar "solos" esta crisis sanitaria. Y que con una "República catalana" habría muerto menos gente. Por supuesto, no dicen que los partidos secesionistas han dejado la sanidad pública de esta comunidad bajo mínimos tras años de recortar dinero en hospitales para destinarlo a la propaganda independentista. Mientras en TV3 o en las 'embajadas' no faltaban recursos, se cerraban

quirófanos y se reducía personal sanitario. Pero el nacionalismo siempre tiene la misma táctica: "La culpa de mis errores es de otro, y yo nunca me equivoco y soy más listo que los demás".

Se llegó al extremo de ningunear, ofender y atacar a los soldados que debían venir a ayudar a paliar la desastrosa situación sanitaria que vivíamos los catalanes. Solo por el hecho de no ver a soldados que lucen la rojigualda en sus uniformes, la Generalitat estuvo durante semanas atacando al Ministerio de Defensa para que no enviara a la Unidad Militar de Emergencias a auxiliar a los que más lo necesitaban. Por suerte, nadie les hizo caso y estos servidores públicos salvaron la vida de muchos ciudadanos con su impagable labor.

Y en este segundo aspecto me quiero centrar ahora, en lo positivo. Aunque la situación que viviremos en los próximos años es estremecedora, por las consecuencias sanitarias, sociales, políticas y económicas que nos ha traído la epidemia del covid-19, nuestro país tiene futuro. Y lo tiene porque ha demostrado que tenemos millones de héroes, de ciudadanos anónimos que no se han rendido para que nuestra ciudadanía no se desmoronara, arriesgando su vida y la de sus seres más allegados.

Los más visibles han sido los sanitarios, que se han dejado materialmente la vida para intentar salvar al máximo de pacientes. O los soldados que han desinfectado una infinidad de geriátricos, mercados o lugares de paso y han montado imprescindibles hospitales de campaña. O los agentes de los diferentes cuerpos policiales que han ayudado a que la epidemia no avanzara. O los trabajadores de diferentes sectores que con su sacrificio y su trabajo han conseguido que pudiéramos comer, acceder a medicamentos y tener luz y agua y otros servicios básicos. Por no olvidar a los miles de voluntarios que han auxiliado a los más mayores, y a otras personas con dificultades, en sus confinamientos, y han conseguido aliviar un buen número de pequeñas tragedias individuales.

España ha demostrado, una vez más, que es un gran país, con gente solidaria que ha aceptado que ante una crisis sin precedentes había que actuar de una manera que nunca habríamos pensado que haríamos. Una nación como la nuestra, tan social, tan de vida en la calle, ha aceptado en su inmensa mayoría un confinamiento sin rechistar. Esta es nuestra fuerza para afrontar el futuro incierto que se nos viene encima.

Por mucho que existan aprovechados que hayan pensado que la epidemia no va con ellos y hayan actuado de manera egoísta; por mucho que existan algunos políticos más preocupados en destruir, que

no en construir; por mucho que existan especuladores y timadores que hayan intentado sacar tajada de la crisis nuestra nación saldrá adelante. Esa es mi esperanza, y mi certeza. Hemos superado otras graves crisis, de todo tipo, y hemos conseguido seguir avanzando. Esta es la auténtica gesta de España: un país que cuando se arremanga y decide salir adelante, lo consigue.

García Aguado, Pedro Francisco



Pedro Francisco García Aguado (Madrid) fue campeón olímpico y del mundo de waterpolo. Es experto en Violencia Filio Parental por la Universidad Pablo Olavide de Sevilla y antiguo Director General de Juventud de la Comunidad de Madrid. Además de ser escritor y conferenciante, cuenta con la Medalla de Oro de la Real Orden al Mérito Deportivo.

PADRES Y MADRES, HIJOS E HIJAS

Últimamente, como si de un mantra se tratara, nos dicen que vamos a salir de esto, que vamos a superarlo, pero las preguntas que yo me hago son ¿Cuando todo esto pase, cómo seremos y cómo nos comportaremos después de esta cuarentena?, ¿Habremos aprendido algo como padres y madres?, ¿Seguiremos comportándonos de la misma manera con nuestros padres, con nuestras madres?

De lo que yo conozco después de 14 años ayudando a familias a reconducir situaciones de tiranía por parte de los hijos y de las hijas dentro del ámbito del hogar, puedo hablar de diferentes modelos educativos que, a bien seguro están, durante la cuarentena, dando unos resultados muy diferentes.

El primer modelo que se viene a la cabeza es el modelo autoritario, ese modelo que se basa en la frase, a veces escuchada: “se hace así y lo haces porque lo digo yo y punto”.

Otro modelo que he visto durante todos estos años es el modelo sobreprotector. Esta forma de educar sobreprotege a los hijos de tal manera que no les permite madurar y hace que la tiranía, por parte de ellos, se dilate en el tiempo. Otra forma de educar que se ha puesto muy de moda es el de ser colegas, amigos o amigas de nuestros hijos y de esta forma pensar que así somos más comprensivos, más modernos y estamos más cercanos a ellos, pues bien tengo que decir, aunque no

guste, que los tres modelos educativos anteriores, dan como resultado, en la mayoría de casos, comportamientos tiránicos dentro del hogar, comportamientos violentos contra padres y madres cunado las cosas no salen como los hijos y las hijas quieren, también hacen que los hijos crean que pueden hacer lo que les da la gana sin que haya consecuencias, por supuesto se producen, en algunos casos, portazos, gritos, faltas de respeto.

Por eso pienso que, qué bueno sería aprovechar este confinamiento para aprender e implementar un modelo educativo más democrático y conciliador dentro del ámbito del hogar. Un modelo basado en la paciencia, en un equilibrio entre amor y firmeza, que conste de normas, límites y consecuencias que favorezcan lo que queremos que aprendan y que de esta forma, fomente el desarrollo de nuestros hijos y nuestras hijas, que les tenga en cuenta con una escucha y una comunicación efectiva y fluida, una forma de educar que dé como resultado que nuestros hijos e hijas sean capaces de valerse por sí mismos, con una buena autoestima, que tengan integrados valores como la solidaridad, el respeto, la generosidad, la humildad, la capacidad de esforzarse y aceptar que, aunque las cosas no vayan como quieren, con perseverancia, se pueden alcanzar las metas, un modelo que enseñe a gestionar la frustración y que les enseñe que tienen derechos y también obligaciones tan básicas como las que se nombran en el código civil, y son las de obedecer, respetar y ayudar a liberar las cargas del hogar según sus posibilidades mientras no se hayan emancipado.

Qué bueno sería si entendiéramos que, nuestros hijos, nuestras hijas, no son malas personas, sino que, en ocasiones, tienen mal comportamiento y que esa circunstancia en la mayoría de los casos es debida al modelo educativo utilizado. Qué bueno sería que quisiéramos y que educáramos a los hijos y las hijas que tenemos y no a los que nos gustaría tener.

Mi reflexión va más allá y no se detiene en padres y madres, sino que alcanza a los hijos y a las hijas y vuelvo a preguntarme ¿Cómo se comportarán los hijos y las hijas una vez termine la cuarentena? Y me respondo que, qué bueno sería que, los hijos, e hijas, entendiéramos que papás y mamás, lo hacen lo mejor que saben y que es muy injusto juzgar duramente a alguien cuando las cosas las hace lo mejor que sabe. Qué bueno sería que nos diéramos cuenta que aun teniendo razones para estar enfados y enfadadas porque las cosas no salen como queremos, porque no nos gusta tener obligaciones como las que refleja el código civil, porque si no cumplimos las reglas hay consecuencias, repito, qué bueno sería que aun teniendo razones para el enfado,

supiéramos que eso no nos da derecho a ser crueles.

Volviendo al inicio y abrazando la frase tipo mantra que nos están diciendo de que: “Vamos a salir de esta, lo vamos a superar”, nos planteemos cómo queremos ser y comportarnos de ahora en adelante como padres y madres, como hijos e hijas.

Garrote Cerrato, Marta

Martu Garrote (Madrid) es abogada de profesión, aunque en la actualidad no ejerza, junta letras por vocación y tertuliana política por necesidad. Socialista sin carné, ni partido. Feminista porque no se puede no creer en la igualdad. Madre de una heroína de la Sanidad.

APLAUSOS COMO TERAPIA DE GRUPO

Comienzo este artículo con las palmas de las manos doloridas tras aplaudir durante varios minutos a todos esos héroes anónimos que se están jugando la vida por nosotros, en una Sanidad pública raquítica por décadas de recortes y privatizaciones, con unos salarios de miseria y en condiciones de inseguridad tan grandes, que nuestros médicos y enfermeras son los primeros contagiados por este bicho inmundo.

Hoy ha sido el primer día que los vecinos nos hemos visto las caras, por virtud del cambio horario. La luz del día nos ha dejado reconocernos y sonreírnos. Reconocernos como iguales, todos encerrados en nuestros pequeños pisos de barrio obrero en ciudad dormitorio de Madrid. Reconocernos en el miedo que sentimos por los nuestros, cada uno por los suyos pero sabiendo que son como los de los otros. Reconocernos en la incertidumbre de lo que ocurrirá con nuestros empleos, si los conservaremos o si nos volveremos a ver como en 2010, cuando nuestras vidas se fueron por el retrete de la crisis financiera. Y aun así, sonreírnos porque juntos somos más fuertes, juntos tenemos un poco menos de miedo, juntos igual podemos cambiar las cosas, cuando todo esto acabe.

Yo temo por mi pequeña enfermera jugándose la vida por 1.300€ en una Residencia de Ancianos concertada, donde pese a pagar muchos miles de euros nuestros ancianos, no hay equipos de protección individual para las enfermeras y auxiliares. Tampoco hay test, por lo que los 17 fallecidos a día de hoy, lo han sido por fallo multiorgánico en 12 ocasiones, aunque todos tenían síntomas de coronavirus y habían convivido con los 5 únicos que fueron al hospital y a los que se les realizaron los test dando positivo. Del escaso personal habitual, hoy tienen 10 auxiliares y 2 enfermeras de baja y el resto con síntomas, pero sin saber si son positivas o no.

Temo que enferme porque este diabólico enemigo no distingue entre jóvenes y mayores, aunque estos últimos son sus víctimas preferidas, no le hace ascos a los sanos, a los fuertes, a los que nos creemos a salvo. Pero temo aún más que esta atrocidad, este sinsentido, le deje heridas en el alma que le acompañen de por vida. No se puede cargar sobre los hombros de nuestros jóvenes la responsabilidad de elegir quién vive y quien muere, a quién se le conecta al oxígeno o a quién se le inyecta morfina para que sus últimos minutos no transcurran entre el atroz sufrimiento de no poder respirar. ¿Se imaginan ustedes dolor más grande?

Temo también por esta España tan cainita, que se desgañita en las redes sociales contra el Gobierno porque no han sabido evitar lo inevitable. No soy sospechosa de simpatizar con Pedro Sánchez, mucho menos aún con Pablo Iglesias, ¿pero de verdad ha habido algún Gobierno que haya sido capaz de prever lo que se nos venía encima y gestionar esta pandemia con acierto y determinación desde el primer momento? No señores, ni en la China comunista, donde intentaron taparlo primero y donde confinaron militarmente a 60 millones de habitantes. Ni en Italia, donde la curva de la muerte se eleva hacia el cielo sin control y van implementando medidas de confinamiento por zonas y sectores, sin mucho éxito. Ni en el Reino Unido donde Boris Johnson pensaba enfrentar al coronavirus a pecho descubierto, que los fuertes se inmunicen y sobrevivan y que los débiles mueran, pero ya no lo piensa, siendo él mismo un contagiado.

Tampoco los todopoderosos yanquis están sabiendo cómo afrontar esta crisis. El ínclito Donald Trump anda fanfarroneando mientras su población enferma y muere sin atención médica, porque eso es lo que significa sanidad privada, que si no tienes póliza que te cubra o dinero para pagarte el tratamiento, sobrevivir al coronavirus que puede costar unos 135.000 dólares es imposible ya que carecer de ellos conduce a que te dejen morir. Unos Estados Unidos de Norteamérica en los que cada Estado anda tomando las medidas que cree oportunas, unos confinamiento total, otros alejamiento social, otros nada y el virus campando a sus anchas.

Qué decir de nuestros hermanos iberoamericanos, la mayoría en manos de fantoches irresponsables que se refugian en la oración, en estampitas de santos o en supuestas superioridades genéticas de sus habitantes para no tomar medidas que protejan a sus administrados y sus frágiles tejidos empresariales. El resto, los que sí se han tomado en serio la gravedad del drama que nos sacude, tienen sus economías en precario, saliendo de la UVI o aun en ella y no saben ni cómo afrontar el día a día, ni mucho menos cómo estarán dentro de unos meses.

Pero no solo temo, también siento un orgullo inmenso por esos vecinos que se acercan a la valla de una Residencia a dejar, silenciosos y anónimos, unas cuantas mascarillas que han conseguido o que cosen batas para las chicas con los hules de sus casas, o que rebuscan en sus clínicas veterinarias y en sus talleres de pintura máscaras y trajes protectores. Siento un agradecimiento enorme a esos “frikis” (perdónenme la licencia literaria desde el respeto y el cariño) que se compraron impresoras 3D para sus cosas y que ahora las están empleando en proveer de piezas vitales para los respiradores que usan los médicos de las UCIS, para construir máscaras, sistemas de apertura de puertas sin tener que tocarlas o cualquier otro artilugio que se les ocurra para facilitar el trabajo de los héroes de la Sanidad.

Siento un agradecimiento inconmensurable a esos policías locales que patrullan a ritmo de pasos de Semana Santa, o felicitan cumpleaños a críos que tiene la mala suerte de celebrar el día de su nacimiento encerrados en sus casas, o van a casa de una abuela que cose mascarillas a darle las gracias con las luces y sirenas, o leen cartas de Pikachu a los pequeños de su pueblo para agradecerles que se porten bien y aguanten tantos días sin ir al cole, sin bajar al parque sin compartir juegos con amiguitos.

Siento un cariño inmenso por los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, fundamentalmente, Policía Nacional y Guardia Civil que, mal pagados y muy mal protegidos frente al virus, están velando porque se cumplan las medidas de confinamiento, sin perder ni un ápice de su humanidad. No faltan cada noche al aplauso a las puertas de los Hospitales, donde los otros soldados, los que tiene como armas jeringuillas y respiradores, también se juegan la vida. Y, por supuesto, se aseguran de que esas malas gentes que caminan y van ensuciando la tierra, no hagan daño aprovechándose del confinamiento en que estamos el resto.

Siento orgullo absoluto por nuestro Ejército, especialmente de la Unidad Militar de Emergencias, la UME, que, junto con Protección Civil y cientos de voluntarios anónimos, están construyendo hospitales de campaña en tiempo récord, desinfectando residencias de ancianos, aeropuertos, estaciones de tren... Y lo hacen incluso en aquellos territorios de los que han querido echarlos, donde sus autoridades les han despreciado y sus ciudadanos les han ignorado.

Siento muchas cosas, unas buenas y otras malas, pero todas ellas me confirman que sigo viva y eso es lo primordial en estos días, sobrevivir, pasar un día más, salir a darnos un aplauso terapéutico, los unos a los otros, tratar de mantenernos cuerdos, no perder ni un ápice de nuestra humanidad, recordar qué es lo que importa y seguir

recordándolo cuando todo esto termine. Cuando todo esto termine…

Giménez Gómez, Miquel



Miquel Giménez Gómez (Barcelona) es periodista y escritor dedicado a los medios de comunicación desde hace más de treinta años. Ha trabajado con profesionales como Luis del Olmo, Xavier Sardá, Jesús Hermida, Valerio Lazarov o Alfredo Amestoy. Posee, entre otros, el Premio Ciutat de Barcelona de Radio y Televisión por unanimidad del jurado. En la actualidad colabora en Voz Pópuli, Herrera en COPE y La Sexta. Es autor de diez libros, el último "PSC: Historia de una traición", publicado por Deusto. Casado y con un hijo.

EL ESPEJO

El presidio hace al presidiario, decía Víctor Hugo, de la misma forma que el confinamiento hace al confinado y dice mucho acerca de su persona. No todos habremos experimentado lo mismo cuando esta pausa forzada termine. Estamos en arresto domiciliario, lo que significa que se rompe nuestra aparente libertad de actuar en una sociedad que nos limita nuestro libre albedrío sin que reparemos en ello. Este sería un buen momento para romper la invisible cadena espiritual que arrastramos para examinarnos de manera profunda.

Nada puede acompañarnos mejor que un espejo en este tiempo que deberíamos convertir en cualquier cosa menos en tiempo perdido. Al ser humano contemporáneo le horroriza el tiempo libre, demostración evidente de su vacuidad moral y su carácter infantil. Pues bien, más allá de banalidades al uso propias de adolescentes youtubers, sería hora de enfrentarnos a la imagen que nos devuelve el espejo al igual que el abismo de Nietzsche y averiguar qué somos y cuál es nuestro propósito en la vida. A muchos puede parecerles una pérdida de tiempo, excusa que se suele emplear para ocultar cobardemente el miedo atávico que padecen quienes se saben puro artificio. Pero tengo por cierto que si lográsemos emplear esas horas en la especulación intelectual respecto a nosotros y a la sociedad blanda, sin músculo, átona y egoísta que hemos construido a base de años y años de conformismo suicida, saldríamos mucho mejores de este encierro.

De hecho, es en la soledad y el aislamiento donde se han producido las grandes epifanías y los místicos o ermitaños, los científicos

individuales, los escritores, los artistas, los místicos o pensadores se han forjado. El saber nace más en los enormes silencios que en la barahúnda tabernaria. Pensar, ejercicio que se practica comúnmente tan poco y al que tanto temes los turiferarios de este sistema decadente, he ahí el más interesante y positivo esfuerzo al que deberíamos dedicar nuestra energía estos días en los que más que nunca ha de erigirse la dignidad personal y colectiva por encima de ese piélago de ruindad y basura propagandística que entra a diario en nuestras casas mediante televisiones, radios y soflamas que rozan lo criminal por lo que de insensatas tienen. Cerremos puertas a la demagogia y abramos ventanas a la libertad mental.

¿Sabremos reconocernos en la cara que nos mira, perpleja, desde ese otro lado del espejo que tanto gustaba a Lewis Carroll? ¿Podríamos descubrir en ella la del niño que fuimos? ¿Le gustaría lo que somos de adultos o saldría despavorido de puro miedo? Peor todavía ¿se avergonzaría de nosotros? Ese es el desafío. Reconocernos y aceptarnos, examinar eso que llamamos con demasiada ligereza conciencia en aras de profundizar en ella, de comprender qué nos hace ser como somos y las razones de nuestro proceder.

Sospecho que este se mueve mayoritariamente por el miedo. Sí, porque tenemos miedo a todo. El hombre moderno vive más acobardado que nunca, lamentablemente. Es, si se quiere, un miedo general y, por lo tanto, fútil, pero es miedo al fin y al cabo. Los que gobiernan el mundo lo saben y explotan esa pulsión paralizante para, justamente, dejarnos quietos, inmóviles, en el sitio que han destinado para nosotros. Eso es lo que podemos cambiar si sabemos reaccionar ante el auténtico virus que atenaza a toda la sociedad, y no me refiero al que provoca enfermedad y muerte, sino a otro mucho más terrible que nos hace vivir, sí, pero muertos por dentro, sin alma, sin pasión, sin deseo.

La vacuna para erradicarlo está dentro de nosotros, de ese espejo, de nuestra mente. Ser librepensadores, ser críticos, ser dignos de nuestra condición humana que, con sus miserias y sus grandezas, quieren sustituirnos por un estado parecido al sonámbulo del Doctor Cagliari. La cuarentena debe emplearse precisamente en eso, en el rigor e incluso en el dolor que comporta conocerse a uno mismo. Si lo lográsemos, poco tiempo les quedaría a los propaladores de la miseria moral que se agazapa detrás de esta pandemia, expulsándolos para siempre de nuestro cuerpo social, regenerado vigorosamente por la sangre nueva de la mente libre que no se doblega ante la consigna que mana sucia y turbia de la fuente del poder.

Caso de no conseguirlo, que nadie se enfade arrojando al espejo contra

el suelo. Sería una grave injusticia, igual que arremeter contra quien, cual vigía, alerta acerca de los peligrosos escollos que nos amenazan con el naufragio histórico más grande de todos los tiempos. Si hemos de cambiar, cambiemos, si hemos de conformarnos con ser esclavos, hagámoslo conscientemente, pero no culpemos a nadie más que a nosotros.

A fin de cuentas, como sentenció el clásico, arrojar la cara importa, que al espejo no hay por qué.



González-Robatto Perote, Jacobo

Jacobo González-Robatto Perote (Madrid) es padre, marido y senador por Vox. Licenciado en Administración y dirección de empresas por CUNEF y MBA por IESE Business School. Su carrera profesional ha pasado por consultoría y dirección financiera hasta incorporarse a las filas de Vox como Secretario Financiero y después senador

APROVECHA TU CUARENTENA

A cada circunstancia de la vida hay que mirarla como una oportunidad. Estar encerrados en casa no tiene por qué pararnos, al contrario, es poner un final a las frases de "tengo que…" o "cuando tenga tiempo me leeré…".

Las circunstancias de la cuarentena nos ponen a todos en la misma situación, con jaulas más o menos grandes, pero con las mismas rutinas y, gracias a internet, con las mismas oportunidades de sacar algo en positivo de ello. Yo, por ejemplo, he aprovechado el tiempo que no he estado en casa por circunstancias laborales para estar con esa mujer de la que me enamoré y ese maravilloso hijo que tenemos con tan solo un año viendo este mundo, todavía incapaz de comprender por qué su padre está en casa, pero le da igual, porque saca lo positivo de esto y es, efectivamente, que le tiene ahí todo el día. Y todos deberíamos verlo así, aprender de nuestros pequeños, estamos con nuestros seres queridos, con las personas que hemos elegido o con las personas que más nos quieren, y eso es una bendición si sabemos explotar todo este tiempo, que al final, de cualquier forma, es oro emocional.

Otra de las grandes ventajas es toda esa colección de libros que teníamos cogiendo polvo de paseos por ferias y que desde los puestos nos llamaron la atención y los desterramos, sin querer, al rincón del "ya me lo leeré". Pues bien, ese momento ha llegado. He conseguido sumergirme y viajar en el tiempo a la mitología griega, a revivir las aventuras de uno de mis personajes favoritos, el Capitán Alatriste, a los momentos históricos que decidieron el devenir de Roma con la pluma del magnífico Santiago Posteguillo y cuando mis ojos no han podido quedarse en un punto, los oídos hacían el resto con maravillosos podcasts de, en mi caso, Historia. En el campo familiar hemos conseguido contarnos más y afianzar esos lazos que, por muy fuertes que sean, siempre conviene reforzar. Hemos tenido la oportunidad, de aportar nuestro granito de arena a derrotar al Napoleón del Siglo XXI que ha venido en forma microscópica, ayudando a la confección de mascarillas a nuestros soldados de bata y estetoscopio como si de la mismísima María Bellido nos tratáramos, porque todos estamos juntos en esto, todos tenemos que aguar a estos héroes como podamos.

Podemos crecer con conversaciones en familia sin distracciones ni prisas, podemos viajar desde una butaca con el cine, con lectura, con podcasts. Este tiempo es una fortuna que nos haya podido tocar en este siglo, con la conexión y acceso que tenemos a todo con una mano, y debemos aprovecharlo en algo productivo, es nuestro deber.

Vemos como la bondad humana se une a través de los balcones mostrando el lado más precioso de nuestra sociedad, la solidaridad característica del pueblo español se impone al enfrentamiento y al egoísmo individual haciendo a todos y cada uno de los ciudadanos partícipes de esa batalla de la que pronto saldremos victoriosos y más fuertes que nunca. Y más sabios.

La familia, pilar fundamental que vertebra nuestra cultura, una vez más sale al rescate y nos hace recordar lo que a veces olvidamos cuando el ajetreo diario no te deja tiempo para calmar tu ansiedad, que está ahí para que seamos más, para que el equipo sea más sólido que el individuo y este tiempo de confinamiento físico ha de servirnos para que comprendamos de lo que disponemos y usarlo más y mejor de ahora en adelante.

Este tiempo ha servido para acabar con los tiempos condicionales de nuestros verbos y transformarlos en tiempos de acción, de organizar planes para cuando esto acabe, hasta con los vecinos que nos vamos conociendo en nuestro particular punto de encuentro a la misma hora y todos los días mientras aplaudimos a nuestra primera línea de combate desde nuestros balcones, con promesas de cenas y cervezas

cuando todo esto haya acabado. Esos grandes desconocidos de ascensor que la vida ha hecho que ahora sintamos como uno más de nuestra comunidad y arrimen el hombro en pos de una misma y loable causa hace que se fraternice y aflore lo mejor de nosotros mismos.

La conclusión de esto es que cada uno saca de la cuarentena lo que quiera, puedes crecer o puedes estancarte, puedes salir más sabio o puedes ser igual de ignorante que al principio, todo eso depende de ti ya que el tiempo no se detiene por nada ni nadie.

Insua Rodríguez, Pedro



Pedro Insua Rodríguez (Vigo) es licenciado en Filosofía y autor de los libros "Guerra y paz en el Quijote" (ed. Encuentro, 2017), "1492, España contra sus fantasmas" (editorial Ariel, 2018) y "El orbe a sus pies" (editorial Ariel, 2019).

CORONAVIRUS Y FIN DEL BIZANTINISMO POSMODERNO

Con un gobierno de España, no hace ni un mes, preocupado bizantinamente por el número de "géneros" que caben en la cabeza del Ministerio de Igualdad, de repente, nos sorprende, cual turcos entrando en Bizancio, un virus que pone patas arriba la vida social de los españoles, con confinamiento en sus casas y cese de la actividad laboral. La vertiginosa sociedad de consumo, con su ritmo trepidante, se convierte, súbitamente, en una Tebaida, y todos a enclaustrarse bajo la regla (en este caso, doméstica, no monástica) establecida en los distintos reales decretos del gobierno. *Noli foras ire*…

En esta situación, con el cese de la actividad económica, de imprevisibles consecuencias, cualquier planificación a medio y largo plazo, para familias, para empresas, para los propios estados, se vuelve imposible más allá de quince días.

De momento los esfuerzos del gobierno de España van dirigidos a atajar la pandemia, y "doblar la curva" de contagios y de fallecidos para, una vez recuperada la vida económica tras el confinamiento, restaurar la actividad de los sectores productivos y devolverla, con el menor daño si es posible, a la situación anterior. El caso es que no hay pronóstico cierto de ningún tipo, y cuanto más tiempo pase es claro que esa situación anterior se vuelve, quizás ya lo sea, completamente quimérica.

Ahora los gobiernos, el de España también, claro, tienen que administrar una situación política con una dinámica económica completamente loca (con los parámetros y modelos de la ciencia económica desbordados) y con la posibilidad, completamente impensable hace menos de un mes, de un colapso social y económico

sin precedentes con un horizonte desolador, y que sólo el cine de ficción había recreado. No deja de ser sorprendente que grandes potencias, como son EEUU, China, Rusia, con aspiraciones imperialistas, se vean completamente superadas por la situación, aunque, también es verdad, que nada había -ni hay- en el sistema, hablando globalmente, que garantice (no lo hay ahora, como es visible, pero es que no lo hubo nunca) la recurrencia del propio sistema (dicho esto con todas las cautelas que haya que poner ante nociones tan generales).

En marzo de 2020 somos siete mil quinientos millones de individuos humanos desigualmente divididos en doscientas y pico soberanías, de distinta potencia, en relación a su mutua influencia, y que necesitan recursos ingentes para mantenerse y, si acaso, prosperar en el propio sistema, que mantendría así su recurrencia (nunca idéntica, por cierto). Una recurrencia que contempla, necesariamente, a las siguientes generaciones, siendo la familia la institución que articula la producción de esas nuevas generaciones (y que pasa obviamente por el mantenimiento de las actuales), y la extracción y adquisición de recursos para alimentar y mantener a las distintas generaciones, siendo, en este caso, la empresa la figura institucional con esa función. Y todo ello articulado por los distintos Estados que administran y dirigen, distributivamente, esa masa humana que, como decía Marx, tiene que comer todos los días.

Y el caso es que los recursos y bienes solo hay tres modos de adquirirlos -y nada más que tres-, bien depredándolos sobre el medio sin más, bien produciéndolos, o bien, por último, adquiriéndolos en un mercado, es decir, comprándolos. Para que el sistema se mantenga tienen que cumplirse estos ciclos de disponibilidad y consumo de recursos, con todas las variaciones que se quiera, y cumpliéndose no de un modo homogéneo, por supuesto, sino desigual y diversificado, con desequilibrios y reajustes, y, además, a través de la mutua competencia entre estados, que luchan por esos mismos recursos.

En la actualidad hay cierto consenso, aunque también dicho con cautela porque no es concepto ni mucho menos unívoco, en reconocer como “capitalista” al modo actual, sobre todo tras la caída del bloque soviético y las reformas de Deng Xiaoping en China, en el que se produce esta recurrencia del sistema. Pero, insisto, no existe nada en el sistema -en realidad un conjunto de subsistemas- que asegure que dichos ciclos se cumplan, de tal modo que puede, perfectamente, colapsar, en distintos grados, e, incluso, totalmente. Basta introducir una amenaza vírica lo suficiente virulenta, como lo es el coronavirus, para que el colapso sea una posibilidad nada remota, sino muy real,

incluso a la vuelta de la esquina.

El problema añadido para España, además, es que el presidente de nuestro gobierno, Pedro Sánchez, se encuentra ahora con una necesidad de unidad de acción del Estado, para tratar de embridar la situación y que no se desmande totalmente, de la que, sin embargo, ha estado renegando para poder llegar a donde está. De tal modo que hora tenemos un Congreso y un Gobierno, o sea un legislativo y un ejecutivo, llenos de elementos troyanos, cuya trayectoria ha sido la de dinamitar la constitución y la unidad de ese estado, y con los que Sánchez quiso -y lo hizo- pactar y negociar para acceder al gobierno. De esta manera Pedro Sánchez ha contribuido a dinamitar un Estado que, sin embargo, ahora necesita unitario y centralizado, para ponerlo en funcionamiento a todo tren. Se quiso subir, y lo hizo, al caballo ganador desde el punto de vista parlamentario, de la "España plural", de la "nación de naciones", y ahora se encuentra con un Estado, el autonómico, que actúa desconcertado y despilfarrando recursos, cuando urge dirigirlos hacia el sistema sanitario, para parar la pandemia, y hacia la economía, para evitar su colapso.

Y ahí están, sin embargo, ocupando asiento en sede parlamentaria, Matute o Gabriel Rufián, por ejemplo, cobrando sueldo de diputado, igual que ERC o Bildu, a los que estos señores pertenecen, siguen funcionando como grupos parlamentarios financiados por el mismo Estado que pretenden destruir. Un Estado con escasez de material médico para frenar la pandemia, con escasez de recursos para soportar el vendaval económico que se nos viene encima, pero que se permite el lujo de financiar a aquellos que buscan, desde las instituciones de poder, su propia ruina como Estado.

Y mientras Bizancio cae, Iceta seguirá contando el número de naciones que caben en la cabeza de cada Estatuto.

Lachhein Pérez, Nelson Alexánder

Álex N. Lachhein (Madrid) es naturalista de campo, articulista en prensa, y divulgador medio-ambiental en programas de radio como <<Caza, Pesca y Naturaleza>> o de televisión como <<Cuarto Milenio>>. Ha trabajado en varios parques biológicos y participado en infinidad de producciones tanto de cine como de televisión, en calidad de "Animal Trainer", siendo a día de hoy uno de nuestros acérrimos paladines por la supervivencia del mundo rural.

LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Muchas veces en mi vida, víctima del ego que a todos amenaza, me he lamentado soberbiamente de tener siempre razón. Sin embargo, hoy y ahora, sentado frente al papel y armado de pluma y tintero, deseo como nunca quizá, el poderme equivocar profundamente. Se me pide, en pro de noble causa, una breve nota de reflexiones para el día después de esta pandemia que todos sufrimos, encerrados a cal y canto en nuestros domicilios, como única medida para contener **un virus, letal, e infravalorado en Occidente desde el principio.** Acepto el reto.

El virus que diezmaba a los chinos y que nosotros veíamos exótico, lejano y no tan fiero como lo pintaban, resulta que ya ha matado en tiempo récord -al momento de redactar estas líneas-, casi a cinco mil personas tan sólo en mi querida España. Por el resto del Mundo, parecidos son también los números: sistemas sanitarios colapsados, las economías hundidas, y los Estados... ¡ay los Estados!..., lo que quedará de ellos y sus uniones cuando todo esto pase... si es que pasa.

No creo en las casualidades, qué le vamos a hacer. Resulta que hoy sabemos que varias semanas antes del estallido del virus en la ciudad de Wuhan, los chinos ya construían un montón de hospitales con miles y miles de camas. Sabemos también que al poco de acusarse a un mercado local de mariscos como zona cero de la infección, éste, fue clausurado y borradas todas las posibles pistas y rastros biológicos del patógeno. También conocemos que los supuestos periodos de catorce jornadas de incubación del mal que nos vendían, resulta que hoy son casi el doble. Parece además, que actualmente el mal bicho se

contagia casi con mirarlo, mata a jóvenes y ancianos, ricos y pobres, sanos y enfermos, vive días y días en todo tipo de superficies, y hasta sobrevive en el aire tiempo desconocido, pese a que durante semanas se nos dijera lo contrario. Como guinda al desaguisado, **los pobres chinos, a los que todos mirábamos con lástima, van, y anuncian que poseen la vacuna contra el virus; algo, biológicamente imposible de conseguir en tres meses, a no ser que el fármaco ya estuviera previamente fabricado un año antes como mínimo**. Lo que implicaría conocer al virus con antelación, obviamente. Y todo ello aderezado con la realidad de un hecho sin discusión: a doscientos ochenta metros del precintado mercado de mariscos, se levanta el Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Wuhan y, a sólo doce kilómetros, el único laboratorio de toda China con seguridad de nivel P4 especializado precisamente, en investigación de murciélagos, SARS y coronavirus: El Instituto de Virología de Wuhan, inaugurado en el 2012. Blanco y en botella, dicen que es leche. Juzgue usted mismo, mi amable lector.

Todo lo anteriormente enumerado, y sin ganas ya de meterme en más escenarios conspiranoicos o cuasi apocalípticos, me hacen sospechar que aquí nada es casual, nadie dice la verdad, y el día después tampoco nada será igual. Ahora, pese a haber disfrutado de tiempo más que suficiente para armarnos frente al peligro, nos lamentamos por carecer de los medios necesarios para contener la amenaza, y evitar así infectados y muertos. Pero pudimos hacerlo. Y tuvimos señales. Más que señales en realidad: tuvimos a quienes por activa y por pasiva, nos advirtieron de la terrible amenaza quedándose afónicos en el empeño. **En nuestro país, entre otros, uno de esos oráculos fue el célebre comunicador Íker Jiménez, periodista del misterio, que abanderado de una guardia pretoriana de los más insignes científicos, avisó y alertó contra viento y marea de la gravedad de la amenaza durante semanas.** Se mofaron de él, acusándole de vende-pócimas y de dormir con un gorro de papel Albal. No fue el único, no, pero sí uno de los más significados. Sus vaticinios y los de sus chicos, hoy, comprobamos que incluso se quedaban cortos en sus peores pronósticos. Es muy probable que el virus, que ahora sabemos que entre sus proteínas cuenta con sospechosos añadidos o introducciones no naturales, mute y mute como sus parientes gripales, y no se convierta en sólo una dolencia estacional como muchos auguran, sino que por contra deje a la población humana mundial reducida a su mínima expresión. Y es muy posible que, tras el paso de este virus, verdadera arma biológica más poderosa que el átomo, los amos del Mundo acaben siendo otros muy diferentes a los que hasta hoy habíamos conocido.

Mientras llega el día después, en mi retina quedarán los derechos y libertades perdidos. También, las pobres víctimas; pobres, en el sentido más literal de la palabra, pues habrá quienes ni siquiera hayan tenido en su casa ni una triste ventana por la que poder ver la luz del sol durante el encierro, o incluso los más mínimos medios para subsistir. Me los imagino, recobrando al final su libertad, como fieras salvajes huyendo del cautiverio. Qué decir de los indigentes, tirados por los soportales esperando el contagio. O el de los feriantes de verbenas y circos, a los que la alarma les pilló por los pueblos de España lejos de sus hogares, y que ahora subsisten sin medios encerrados en sus camiones, varados en mitad de la nada. Son tantos los colectivos afectados, que enumerarlos a todos sería imposible en esta columna. **Y por supuesto, cómo olvidar a nuestros mayores, muertos en la más absoluta y fría soledad, como triste pago a toda una vida levantando su país.**

A pesar de mi pesimismo de estos momentos al poner negro sobre blanco mis pensamientos (hoy, seguro que debo de tener el día malo), también llevaré grabadas a fuego en mi memoria para el ansiado día después, a nuestros héroes de la tragedia: biólogos, médicos, sanitarios, farmacéuticos, militares, Fuerzas del Orden, Fuerzas Armadas, y a todas esas otras personas olvidadas del relato, y que posibilitaron nuestra supervivencia. **Me refiero a los granjeros, agricultores, ganaderos, o pescadores, jugándosela todos ellos en la mar o en el campo abierto exponiéndose al virus, y recolectando huertas u ordeñando y cuidando ganados (que no es, sino nuestra comida); y también a todos los camioneros sin un bar abierto en el que poderse tomar un café en ruta, mientras devoraban millas y kilómetros posibilitando que esa comida llegara a los supermercados**. Establecimientos todos ellos también, con una legión de empleados que, a riesgo de contagio, ningún día faltaron a su puesto laboral para que nosotros pudiéramos hacer una compra de supervivencia.

Un enemigo global e invisible nos declaró la guerra. No sabemos si de manera accidental o dirigida. Nuestra mejor arma para defendernos era una gran muralla como la del propio hogar del enemigo. **Las fronteras siguieron abiertas y, por ellas, el enemigo no encontró resistencia. Entró casi casi con invitación.** Con él, llegó el miedo, que es la mejor arma de todas para sojuzgar a los pueblos y dominarlos. Y tras él, un infierno de miles de muertos que le seguía...

Concluyo pues como empecé: auto-deseándome la ruina como adivino o vidente. Nunca jamás había redactado una columna con más ganas de equivocarme en mis pronósticos como en estos duros momentos, y



deseando por fin el ver la anhelada luz al final del túnel.

López García, Estela

Estela López García (Morales del Vino, Zamora) es graduada en Periodismo por la Universidad Pontificia de Salamanca. Esta periodista de profesión y corazón, ha colaborado y trabajado como redactora en varios diarios digitales y webs. Actualmente es Directora General de Juventud de la Junta de Castilla y León.

CORAZONES QUE RESISTEN

Un tren con rumbo a ninguna parte, un reloj que ya no marca las horas, un lunes constante, un 15 de marzo continuo en el calendario, un café pendiente y, desgraciadamente, miles de corazones que han dejado de latir. Mi cariño, reconocimiento y solidaridad para cada uno de ellos.

Corazones que perviven, que resisten. Corazones que peinan canas, que sobrevivieron a la Guerra Civil, a la miseria y al hambre. Corazones que caminan, a duras penas, porque el destino, disfrazado de este demoledor virus, les arrebató a su fiel y eterno compañero de viaje.

Como contrapartida, corazones jóvenes e inexpertos. Corazones volátiles. Algunos, recién llegados, que sonríen ajenos esperando a despertar a la vida. Corazones adolescentes, que tachan los días de espera en su calendario virtual y suspiran para reencontrarse con ese primer amor. Ese que te atrapa, que te deja sin respiración y como no… te acelera el corazón.

En el horizonte, corazones maduros, reflexivos. Corazones que, cada mañana, se visten con su traje de gala: la prisa. Móvil en mano, se pierden todo aquello que se aleja de la pantalla de su *smartphone*: sus primeros pasos, los ahora ansiados paseos de domingo y olvidan la celebración del Aniversario de Boda, esa que vivieron con la magia y la intensidad de los comienzos, de las primeras veces. Corazones que laten, laten sin cesar, pero que han olvidado vivir, vivir su propia vida, su existencia.

Corazones que no estaban preparados ni los estarán nunca. Corazones esperando a clamar el último adiós, el último te quiero. La despedida definitiva. Corazones que bombean para aferrarse, unos instantes más,

al salvavidas de la vida, al oxígeno, el bien más preciado en estos instantes, el nuevo “elixir de la vida”. Corazones que ya se despiden, en la intimidad de la oscura primavera, de la maltrecha y malherida tierra, para adentrarse en el paraíso celestial.

Corazones que suplican, que lloran, que callan, que enmudecen, que esperan, que no pueden esperar más. Corazones que sanan, que curan, que duplican y triplican el turno laboral, que tienen la fortaleza de un titán, que no se rinden. Que conseguirán vencer, como David hizo con Goliat. Fuertes, incansables, héroes. Desde estas humildes líneas, mi reconocimiento y admiración.

Corazones que viven, que sueñan, que se levantan y caminan. Corazones que vuelven a creer, a tener fe, que recuerdan abrazar y a sonreír a la vida, corazones que comienzan a vivir.

Dicen que “en los peores momentos surgen siempre las mejores personas”. Esta pandemia, que no solo ha asolado a nuestro país sino al mundo entero, nos invita a reflexionar, a valorar nuestro estado de bienestar, nuestros servicios públicos, nuestra Sanidad, nuestros Centros Educativos. Hemos comprobado, en primera persona, el valor de nuestras empresas – desde las PYMES hasta las grandes multinacionales-, el esfuerzo de agricultores y ganaderos y de otros tantos sectores que sustentan a nuestra sociedad.

Hemos comprobado, in situ, la calidad humana de los habitantes de nuestro país, España. A los cerca de 47 millones habitantes que conformamos esta gran nación nos une nuestra cultura, nuestras tradiciones, nuestra bandera roja y gualda, y porque no decirlo, nuestro himno. Pero sobre todo, nos une la solidaridad en los momentos más duros. Hemos visto ejemplos constantes: empresas y particulares realizando aportaciones económicas y ofreciendo material a los Centros Sanitarios; multitud de personas, dedal y aguja en mano, dispuestos a recrear mascarillas a la velocidad del rayo y grupos espontáneos de jóvenes voluntarios que regalan su “tiempo de confinamiento” para ayudar a los ancianos y a las personas más vulnerables. Todo un orgullo.

Esta es la España que quiero. Una España de solidaridad, empatía y respeto. Una España de oportunidades. Una España que resiste. Una España con corazón, con un corazón que late con fuerza pese a las dificultades.

Todavía hay tiempo, hay latidos, hay corazones y cafés pendientes.

López-Mirones, Fernando



Fernando López-Mirones (Pontevedra) es Biólogo, Director y Guionista de películas documentales y profesor universitario. Ha escrito y/o dirigido más de 130 documentales de vida salvaje y antropología por todo el mundo siendo el primer español cuyos guiones han sido producidos por National Geographic, BBC Natural History Unit, Survival y las mejores firmas internacionales. Fue nominado a los Premio Goya por Guadalquivir. Además, es divulgador científico y conferenciante.

LA CRIATURA

Mi libro de Microbiología de la Facultad los definía como "seres en el umbral de la vida", son criaturas inclasificables, no están vivas, pero tampoco muertas. Son los entes más antiguos del Planeta Tierra, capaces de permanecer eones en el barro, sobre murciélagos o en las paredes de una cueva ancestral.

Cuando uno se mete en el universo de los virus todo cambia para siempre. En el punto de esta i caben veinte millones de ellos. Por eso los biólogos somos gente tan extraña.

Viajé rodando mis documentales a la aldea más perdida de Vietnam en pleno estallido de la gripe aviar. Atravesábamos campos de arroz inabarcables con los dos todoterrenos del equipo de filmación más los comisarios del Partido Comunista que nos obligaban a llevar para que nos vigilaran. En el campo rugía un silencio extraño, luego sabría por qué. En un lugar inverosímil en medio del campo una barrera de bambú nos hizo parar, de ambos lados de la pista surgieron cinco hombres cubiertos con trajes de bioseguridad blancos, gafas y protectores faciales que fumigaron los vehículos por fuera y sin mediar palabra nos dijeron que continuáramos. Llegamos a la aldea para filmar a varias familias muy pobres, una de las cuales era la encargada de darnos el almuerzo. Sentados en el suelo y rodeados de gallinas corriendo alrededor comimos pollo. Pregunté por la falta de gorjeos y sonidos salvajes en las montañas circundantes, me dijeron que allí todo lo que vive se come, y para un animal salvaje emitir un ruido es un suicidio.

Muchas veces en África hemos estado muy cerca del Ébola, todo explorador es consciente de dónde se encuentra y de cuál puede ser el precio de su pasión. Cuando viajo con personas normales me sorprende lo confiados que son, desconocen la selva de microbios y parásitos cuyo trabajo es alojarse en sus cuerpos para reproducirse dentro.

Dicho ahora puede sonar altivo, pero mis alumnos de la universidad saben que siempre les hablé de que si algo acaba con nosotros será un virus. La razón es sencilla, hemos evolucionado como primates pero vivimos como insectos sociales; las hormigas no se abrazan, los termes tienen corazas y las abejas se tocan apenas con las antenas.

En el mundo salvaje del que venimos cuando un virus infecta a una población de mamíferos mata a los que puede e inmuniza al resto, o acaba con todos y se vuelve a su letargo geológico que puede ser de siglos. Varias familias de chimpancés por ejemplo pueden aparecer muertos en pocos días, sin embargo al otro lado del río sus primos ni se enteran. El problema para los *Homo sapiens* surge cuando empezamos a vivir en ciudades de millones de individuos que además están interconectadas por un invento que parece el sueño de un virus: los aviones.

Lo peor es que hemos perdido el contacto con nuestra propia naturaleza, los humanos urbanitas ya no tienen los conocimientos ancestrales que permitieron a nuestros antepasados convivir con los virus y las bacterias. El hombre tradicional inventó las confituras, los ahumados, las conservas caseras, las salazones, los encurtidos y tantas técnicas como culturas para evitar el efecto de los nefastos miasmas que los enfermaban. No conocían su naturaleza, jamás los vieron, pero eran conscientes de que los podían matar. El progreso cultural nos ha convertido en una sociedad de analfabetos biológicos que solo sabemos leer fechas de caducidad. Pocos saben que un yogur se convierte en queso fresco y después en curado, o que el jamón ibérico era una forma de comer cerdo fuera de temporada de matanza. No sabemos hervir, curar, poner al sol.

Hemos delegado en una serie de profesionales nuestra relación con los microbios, y después hemos decidido pagarlos mal. Además de estudiar durante toda su vida, los biólogos, veterinarios, químicos y físicos entre otros se han convertido en grados universitarios indeseados, hijos de padres que querían que sus hijos fueran abogados o economistas porque se gana más.

Así llegamos al punto en el que nos encontramos, el que siempre pensé que llegaría. Cuando los no vivos salen de sus criptas diminutas

el mismísimo Messi se queda sin trabajo, los aviones no despegan y la sociedad se congela. Ahora todos miran a esos que se empeñaron en hacerse microbiólogos, tipos raros, siempre en busca de becas, incapaces de formar familias por precariedad laboral endémica; pero de los que ahora dependemos: la vacuna.

Sin duda el mundo debe cambiar tras el coronavirus de Wuhan. Nunca más olvidaremos que ellos están ahí, y que la próxima pandemia podría no ser tan benigna.

En el futuro, cuando un joven les diga a sus padres que quiere estudiar Biología y dedicarse a estudiar los virus, estos llorarán orgullosos acordándose de la gran Pandemia de 2020, cuando la sociedad humana descubrió la humildad que la selección natural impone a toda criatura. Un aullido.

Martín Jiménez, Cristina



Cristina Martín Jiménez (El Viso del Alcor, Sevilla) es escritora, conferenciante y doctora en Periodismo, con la primera tesis crítica en el mundo sobre el Club Bilderberg. Sus libros han sido bestsellers en España y el extranjero. En su obra advirtió, con años de antelación, la situación que estamos viviendo hoy.

Me piden unas líneas para expresar mis pensamientos acerca de la situación actual y acepto de buen grado porque los beneficios se destinarán al ámbito de la Salud, que soporta sobre sus hombros, como el mítico Atlas, el peso sobrehumano de esta crisis. La solicitud me pilla escribiendo mi próximo libro, que se publicará en otoño, en el que expondré mis investigaciones al respecto, y me descubre en mitad de mis reflexiones acerca de los mayores interrogantes de la humanidad: la maldad.

EL MISTERIO DEL MAL

Las guerras de la Era Global son distintas a las de antes. La sofisticación de los laboratorios sociales, que siguen la estela de la Escuela de Chicago, es difícilmente perceptible por ojos no entrenados. Si en la Edad Media se construyeron castillos y atalayas para otear el horizonte y advertir con tiempo suficiente la llegada del enemigo, hoy los financieros propagan las supuestas bondades de las sociedades abiertas y aseguran que las fronteras son elementos de un pasado xenófobo del que hay que huir como la peste.

Políticos y celebreties paniaguados pregonan la ideología de las elites globalistas en los medios de adoctrinamiento de masas, de modo que el enemigo, oculto en su palacio, coge por sorpresa a los ciudadanos dormidos y logra entrar en el país elegido de forma invisible y soterrada. A golpe de eslóganes de buenrollismo, el Poder oculta sus objetivos maquiavélicos difíciles de apreciar. Los antiguos guerreros con sus cotas de malla, yelmos, escudos y adargas han sido sustituidos por burócratas y activistas sociales que con la palabra democracia en la boca pretenden imponer un totalitarismo de libro disfrazado de supuesta libertad.

En mayo de 2010 se publicó mi tercer libro, *Los amos del mundo están al acecho,* que a los pocos meses fue censurado por la mano invisible

de los amos del Poder. Siete años después conseguí volver a publicarlo, pero siempre he sospechado que su desaparición de las librerías estaba directamente relacionada con su contenido y, especialmente, con tres capítulos en los que exponía lo que iba a pasar; lo que ya está pasando.

Hablaba en ellos de la continua fabricación de líderes artificiales, esos tontos útiles que el Poder necesita colocar en las presidencias de países y de organismos internacionales para que dirigidos y/o presionados por las circunstancias, hábilmente dispuestas, acaben conduciendo al matadero del globalismo a los ciudadanos víctimas de la confianza, la incertidumbre y el miedo.

Hablaba en mi libro de la estrategia del cambio climático "provocado por el hombre", convertido en la nueva religión del imperio. Una madre Tierra que sustituya las creencias obsoletas de los parroquianos y los haga sentirse tan culpables por sus atentados al medio ambiente como para que adopten nuevas costumbres prefijadas por los industriales y técnicos climatológicos.

Y, finalmente, exponía la malévola estrategia de las pandemias, que desde la Gripe A hasta el COVID19 ha ido mejorando su método para aumentar los niveles de pánico, poniendo el foco en los elementos necesarios para parar el mundo sin permitir más opciones que las planteadas por la OMS y por aquellos que la financian.

Poco a poco, sin prisa y sin pausa, han ido dibujando el tablero de su juego y colocando las fichas esenciales en sus casillas. Hoy sus tontos útiles están al frente de los Gobiernos del mundo y, aunque podemos comprobar con esperanza que no han logrado doblegarlos a todos, vemos que, desgraciadamente, los gobernantes de España sí han caído en sus redes de influencia.

En el año 2015 Pedro Sánchez fue invitado como una de las jóvenes promesas políticas del momento a la reunión anual del Club Bilderberg. Allí aprendió que hay una elite del Poder que nos ha declarado la guerra a todos los habitantes del planeta. "Sí, hay una guerra, pero es mi clase, la de los ricos, la que la está haciendo y la está ganando"; la sentencia del financiero Warren Buffet define a la perfección la psicología de esta elite globalista, los globócratas.

Creado artificialmente o no —estoy investigando sobre ello— el COVID19 sirve magistralmente a los objetivos del Poder. Qué casualidad que la élite lleve décadas trabajando para reducir la demografía. Qué paradoja que sobren tantas personas como están muriendo. ¡Y qué ajenos viven algunos a la guerra que el Poder les ha declarado! Ellos, los fabricantes del coche que nos llevaba al trabajo,

de la cadena de televisión que nos asusta cada día, de los aviones en los que viajábamos y de las mascarillas que ahora cubren nuestros labios. Ellos, los propietarios de los grandes fondos buitre que compran las empresas que el virus ha llevado a la ruina. Ellos, los nombres que se ocultan detrás de Goldman Sachs, *The Economist,* General Motors, Johnson & Johnson o Vanguard. Ellos, egoístas, avaros, codiciosos, soberbios, engreídos y envidiosos, viven como el Rey Midas, atesorando, sin importarles el sufrimiento de los demás, concentrando más y más poder en sus manos.

¿Cuál es su objetivo final? La dominación más absoluta y completa que jamás consiguió un ser humano sobre la faz de la Tierra. Parece ciencia ficción, pero la realidad siempre supera la fantasía. Abran los ojos, miren a su alrededor. Han parado el mundo. ¿Lo imaginaron alguna vez? Todo es obra del Mal. Y aún no ha terminado su partida.

Martínez Rabanal, Raquel



Raquel Martínez Rabanal (Palencia) es licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Sevilla. Empezó a trabajar en el mundo de la comunicación en 2004 en RNE en Valladolid y desde 2006 pertenece a la plantilla de los Servicios Informativos de TVE. Ha presentado La 2 Noticias, Gente y durante 6 temporadas el Telediario en su edición del Fin de Semana. Actualmente presenta los informativos del Canal 24 Horas también los fines de semana.

REFRANES

Respetables lingüistas aseguran que los andaluces hablamos como hablamos porque su base está instalada en la economía del lenguaje y que por ello es un dialecto de vanguardia, versátil; o lo que es lo mismo: se dice más con menos y en consecuencia es más eficaz a la hora de transmitir el mensaje. Tales afirmaciones me llevan a pensar en la riqueza que nos aportan determinadas frases de origen popular que se repiten con insistencia y de forma invariable a través de generaciones y que llevan en ellas tal carga significativa en moralidad y aprendizaje que en cuanto a economía lingüística no hay quien lo supere. Y estoy hablando, obviamente, de los refranes. Hay quien cree que expresarse a base de refranes es particularidad de quien no tiene un léxico lo suficientemente rico como para llegar a expresarse con claridad y exactitud. Pero qué quieren que les diga: nunca algo se ha expresado de forma tan clara, breve y concisa como a través de ellos. Porque **lo bueno, si breve, dos veces bueno.**

A mediados de diciembre del año pasado las autoridades sanitarias de Wuhan detectaron varios casos de neumonía cuya causa aún estaba por determinar. A raíz de entonces, se originó una alarma que empezaba a recordarnos a otras alarmas sanitarias ya vividas con anterioridad y a la que desde aquí decidimos tomarnos un poco a guasa, sin tener en cuenta que **cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar**. Pero a nadie o a muy pocos les dio por pensar en aquello de **“No te rías del mal del vecino, que el tuyo viene de camino”.** A medida que los casos de contagio se multiplicaban y el número de muertos crecía como la espuma parece

que nos empezábamos a creer más eso de que **cuando el río suena, agua lleva.** Pero ya era demasiado tarde: **hicimos oídos sordos** y claro, **de aquellos polvos, estos lodos.**

Empezamos a padecer en nuestras propias carnes los contagios, los ingresos, las saturaciones y, lo que es peor, las muertes, sin tener en cuenta que **en la tardanza está el peligro** y que lo de **"más vale tarde que nunca"** no es para consumir a destajo; y empezamos también a arrepentirnos de ese **"no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy",** jamás aplicado a una realidad que ya teníamos encima.

Así el panorama, y a pesar de **haber empezado la casa por el tejado**, al final llegó el tan rumoreado estado de alarma con el que ayudaríamos entre todos a poner fin a la expansión de la enfermedad. Pero como **a perro flaco todo se le vuelven pulgas**, con el estado de alarma llegaron también las restricciones de visitas, los productos agotados en supermercados y farmacias, los cierres de millones de negocios y la zozobrante perogrullada de que **de donde no hay no se puede sacar,** ante la paralización de una economía que ahora se ha puesto a *hibernar*. Teniendo en cuenta que **no se le puede pedir peras al olmo**, al final, lo estamos viendo, **el uno por el otro, la casa sin barrer;** y, ojalá me equivoque, pero todo apunta a temer que **cada palo acabará aguantando su vela**, porque **nada mejor que uno mismo para saber dónde le aprieta el zapato.**

Con el estado de alarma también han llegado las recurrentes ruedas de prensa telemáticas de aquí, de acá y de acullá, poniendo de relieve cómo **cada uno cuenta la feria según le va**, a la par que **hace de su capa un sayo** con medidas tomadas, reales decretos aprobados y fehacientes ejemplos de desmentidos e imprecisiones constantes de los que los medios de comunicación se han estado haciendo eco en su insigne labor de informar, entretener y enseñar. Nos enseñan, por ejemplo, que **el que vive de favores sirve a muchos señores y que por la boca muere el pez**; que **el que se excusa, se acusa** y que **quien mucho habla, mucho yerra.** También nos ponen en negro sobre blanco la incapacidad de algunos para concienciarse de que **quien al cielo escupe en la cabeza le cae…** Pero no pasa nada: **arrieritos somos, en el camino nos encontraremos** y **por nuestras obras se nos conocerá**.

Puede que **el hombre sea el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra,** pero de ésta saldremos renovados, reinventados y sin ánimos de recaer. Me atrevo a augurar que hasta desintoxicados de hábitos malsanos y que ya estaban afectando incluso a nuestra salud comunicativa, para poder hacer gala de que **más sabe el diablo**

por viejo que por diablo. Desde que empezó esta pesadilla, no paramos de demostrar que **más vale dar que recibir**, que **una mano lava a la otra, y ambas la cara**, que **es de bien nacido el ser agradecido**, que **quien tiene un amigo tiene un tesoro** y que se acabó lo de tener que **perder algo para saber lo que tenemos.** Y no, señores, **mal de muchos** no es **consuelo de tontos**: es consuelo de **TODOS**, porque **la unión hace la fuerza** y **la esperanza es lo último que se pierde**.

Monje Justo, Adolfo

Adolfo Monje Justo (Villafranca de los Barros, Badajoz) es doctor en Filosofía y licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Compagina su labor como docente con la de crítico y analista de cine. Colabora en diferentes medios y revistas especializadas como La Gaceta Independiente, Versión Original, Cine con Ñ o Paradoxa. Ha publicado tres libros: Educación ético-cívica a través del cine y la televisión (Colegio San José), Mito y literatura en la filmografía de Francis Ford Coppola (Ediciones Universidad de Salamanca) y Francis Ford Coppola. Poética del mito (Shangrila).

EL ESPÍRITU DE SÍSIFO

La pandemia del COVID-19 ha hecho replantearnos de una manera urgente la pregunta sobre la auténtica naturaleza humana. Inmersos, de forma inesperada y a traición, en esta vorágine de incertidumbre y desasosiego, la sociedad, desde todos sus estamentos, ha visto cómo se tambaleaban radicalmente no solo sus estructuras más sólidas sino que ha puesto a prueba su capacidad de reacción ante una situación que se presenta como un sinsentido. La realidad se nos ha vuelto extraña. Desde hacía décadas la humanidad no vivía una sensación de pérdida de control como la que ahora padecemos, donde no queda otra que actuar con urgencia, cuasi instintivamente. Nos encontramos ante una de esas situaciones límites que preconizaba Karl Jaspers, aquellas en la que la existencia y todo su peso se nos hace presentes de una manera extremadamente viva, una situación que se hace imposible eludir.

Mientras que muchos clamaban iracundos aquello de "*homo homini lupus*" ante aquellas imágenes de histeria colectiva y estanterías de supermercados arrasadas, otros solo podían observar con incredulidad, quizás sin valorar, aquello que estaba sucediendo. Y es que como afirma Albert Camus "pestes y guerras cogen siempre a la gente desprevenida". La cita está extraída de una de las obras literarias más representativas del pensador francés, *La peste* (1947), una novela que ha gozado de una actualidad inusitada desde que se comenzaron a sentir los estragos de la pandemia. En ella podemos encontrar las claves filosóficas sobre las que entender el presente.

En un mundo con unos valores cada vez más difuminados y una ausencia de trascendencia generalizada, se hace difícil afrontar la tarea de comprender, e incluso, aceptar el momento que nos ha tocado vivir. Ante la imposibilidad de dar sentido a aquello que me rodea, la realidad deviene absurda. A raíz de este sentimiento solo hay dos actitudes posibles, dos formas de enfrentarse a ese absurdo que viene impuesto: la desesperación y la acción. La primera aboca a la pasividad y la autocompasión; la segunda, a la brega y la perseverancia. Cuando las circunstancias se imponen como una losa imposible de levantar, es fácil dejarse arrastrar por el desasosiego y la desesperanza. Nos sentimos más vulnerables que nunca frente a un enemigo invisible, sin rostro, que ha hecho replantearnos la máxima sartreana de hasta qué punto "el infierno son los otros". Frente a este panorama, aun cuando el propio hogar se convierte en un lugar extraño, no queda otra opción que abogar por la resistencia, la rebeldía frente a ese intruso, mordaz e incansable, que antes se veía tan lejano, y ahora nos sume irremediablemente en el dolor y el miedo. Atendiendo a esta realidad ineludible, más que nunca se hace necesario apelar al espíritu de Sísifo, ese arquetipo de héroe absurdo sobre el que teorizara Camus. El héroe absurdo es aquel que, asumiendo la irracionalidad de la realidad, vive dentro de sus límites. Es aquel que se arroja a la acción por convencimiento a pesar de la aparente inutilidad de la misma. En este sentido, cada uno debe ser consciente de su carga, esa tarea de la que es responsable y que dará sentido a su vida en tales circunstancias. Atendiendo a esta idea, es encomiable la labor que han desempeñado muchos sectores de la población, integrados por personas que han sabido asumir, como Sísifo, cuál es su trabajo, su particular piedra. Personal sanitario, transportistas, trabajadores de supermercados, personal de limpieza, fuerzas de seguridad. De todos ellos, al igual que sucediera en la novela de Camus que antes aludíamos, hay que valorar el esfuerzo que médicos y demás sanitarios están haciendo, poniendo en juego su propia salud, para minimizar los estragos de tan cruel epidemia. Bernard Rieux, médico protagonista de *La peste*, representaría a todo ese colectivo que nos ha dado la mejor lección ética: la única manera de luchar contra la situación es la honestidad con uno mismo y la empatía hacia los demás. Mientras la primera te guía consecuentemente hacia la responsabilidad; la segunda promueve la solidaridad. Los dos valores más necesarios para afrontar el problema.

Mientras para algunos, como los sanitarios, las obligaciones les vienen impuestas profesionalmente, otros han tenido que dar sentido a sus vidas dentro de sus propias casas. En ese encierro, cada uno, en soledad o en compañía, ha buscado la manera de rebelarse frente a la situación, ya sea a través de la comunicación por redes sociales, el

teletrabajo, la crianza, la creatividad o el humor. Mientras los días se vuelven tan pesados como la roca que transporta Sísifo y el hastío de la rutina a veces nos envuelve, en la cotidianeidad del hogar hemos encontrado el consuelo de nuestros seres queridos y la razón de ser de esa pequeña gesta heroica en la que se ha convertido nuestra existencia.

Frente al pesimismo ontológico de una realidad que todos los días queda resumida en una fría estadísticas de contagiados y fallecidos, se ha ido imponiendo un optimismo antropológico reflejado en cada gesto, como el de aplaudir todos los días en los balcones o el simple hecho de no salir de casa innecesariamente. Ya que, como afirmaba Rieux, ese héroe absurdo de la novela de Camus, “hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”.

Muñoz de la Iglesia, Ester



Ester Muñoz de la Iglesia (León) es licenciada en Derecho y tiene un Máster en Derecho Internacional Privado. Fue senadora por León y Portavoz de Justicia en la XII Legislatura. Actualmente es Asesora del Presidente de la Junta de Castilla y León.

Y DIRÉIS…"YO VIVÍ EN TIEMPOS DEL CORONAVIRUS".

Probablemente a ti también te pase, pero todavía hay días que me despierto y tengo que sentarme 5 minutos para recordar que todo lo que estamos viviendo es cierto.

Hace un mes estaba comprando unos billetes de avión para ir a EEUU de vacaciones este verano; buscaba, entre revistas de novia, el ramo perfecto para regalárselo a la que sin duda será la novia más guapa, mi hermana; abría un nuevo grupo de whatsapp con mis hermanos para organizar el 60 cumpleaños de mi padre el 4 de abril; llamaba a mis abuelos porque hacía días que no iba a León a verles.

Hace un mes, mi madre, médico de atención primaria, me llamaba a diario porque no le gustaba lo que veía en China ni lo que se comenzaba a ver en Italia, "Ester lo que está pasando no es una gripe normal", "Ester no nos están diciendo la verdad", "Ester por favor no vayáis al concierto del 7 de Marzo en Madrid". No le hice caso. Siempre confié en que si algo grave de verdad estuviese pasando, el Gobierno de Sánchez no jugaría con la salud de los ciudadanos.

Fui con mis hermanos y amigos de concierto el 7 de marzo. A pesar de todas las llamadas de mi madre. Fuimos. Nos paseamos por Madrid, comimos en restaurantes, estuvimos de concierto junto a otras 10.000 personas, y bailamos, gritamos y saltamos. Hablábamos del

coronavirus decíamos “a ver, ¿de verdad que si fuese grave el Gobierno no estaría cancelando todo?”. Era grave, lo sabían y no cancelaron nada ese maldito fin de semana.

Hoy, un mes después, parece mentira lo que estamos viendo, viviendo y sintiendo. Es propio de películas de ciencia ficción.

Lo que es inconfundible, lo que no cambia ni la mayor tragedia sanitaria del último siglo, es esta España nuestra. Los españoles somos inconfundibles, y en esto sí que no hay fronteras autonómicas ni provinciales. Desde Galicia a Murcia, de Andalucía a Cataluña y desde País Vasco pasando por Castilla y León o Valencia, los españoles somos capaces de lo mejor y de lo peor. Y gritarnos y odiarnos por ello.

En estos primeros 15 días de estado de alarma, hemos salido a los balcones a agradecer y a odiar, ahí están los aplausos y las caceroladas; Hemos hecho cadenas humanas para coser mascarillas en casa y para pasar whastapps pidiendo dimisiones, ya hay hashtags de todo tipo y color.

En esto somos inconfundibles, hemos construido un hospital en IFEMA en menos de una semana, pero también se ha dicho que los gastos en el ejército son superfluos. Somos los de siempre.

Hace meses le decía a mi padre en una conversación de domingo, de esas a las cinco de la tarde con la comida aún con los platos de postre encima de la mesa, que España llevaba tras de sí siglos de lucha fraternal, siglos pegándonos entre nosotros, sin enemigos exteriores, solo Caín contra Abel. Es muy difícil cambiar el carácter de una Nación que se forja durante siglos entre esos envites. Pensaba entonces, que un enemigo exterior podría unirnos, darnos algo con lo que dejar nuestras diferencias y luchar unidos.

Hoy reconozco que me equivoqué. Ya tenemos ese enemigo, el COVID19, es apolítico, no tiene patria ni bandera, no entiende de clases ni de edades. Pero está matando a los nuestros, nos lleva al límite como sociedad, como vecinos, como Nación, y aun así no conseguimos luchar juntos.

Decía Otto Von Bismark que España era la nación más fuerte de Europa porque llevaba siglos intentando autodestruirse y no lo conseguía. Probablemente, de nuevo, en esta ocasión, por encima de los que solo saben escupir odio, sus complejos e incapacidades sobre los demás, España vuelva a ganar.

Porque España no es una bandera, un himno o un Gobierno. España

son sus médicos, enfermeras y celadores trabajando más de doce horas diarias, sin descanso, con aplausos en balcones que desgraciadamente no se convierten en horas de sueño o de tranquilidad.

España son las cajeras, reponedores, agricultores y ganaderos, vigilantes de seguridad y repartidores que día a día evitan que el mundo se pare.

España son sus policías, guardias civiles y militares protegiéndonos en los peores momentos y asombrando al mundo levantando hospitales en semanas.

España son los farmacéuticos y el personal que trabaja en residencias de ancianos. España son esos trabajadores que utilizan su móvil para que un abuelo haga una videollamada con sus hijos y nietos desde un hospital o residencia.

España son todos los maestros y profesores que se lo están currando a través de las nuevas tecnologías para que nuestros jóvenes no pierdan un curso. España también son todos esos niños y jóvenes que estudian en la mesa de la cocina o del salón y que de manera responsable aportan su granito de arena cumpliendo con el confinamiento.

España son todos esos “trabajadores esenciales” para los que no hay virus que les pare y también son todos esos “trabajadores esenciales” que se quedan en casa ayudando a que no se propague el virus.

España son todos los funcionarios que en las distintas administraciones están trabajando día y noche para conseguir tirar barreras burocráticas, o que el material de protección esté llegando desde otros países.

España es el joven del tercero saliendo a hacer la compra para su vecina del segundo que tiene 85 años. Esa es la España que ganará al virus y la que ganará al odio. Por eso resistiremos. España siempre gana, incluso contra ella misma. Esta crisis nos cambiará, no tengo ninguna duda, en nuestras manos está que el cambio sea a mejor.

Núñez Huesca, Rafael



Rafael Núñez Huesca (Alcoy, Alicante) es periodista, publicitario y constructor de relatos. Ahora escribe discursos. Español periférico y estudioso del llamado 'problema de España'. En breve publicará un ensayo sobre el asunto. Premio Ricardo Ortega de Periodismo.

DOS MODELOS DE CIVILIZACIÓN

España e Italia son el Mediterráneo, que es como decir la civilización. Naciones hermanas como pocos ejemplos hay en la Historia. Hubo una Hispania romana que dio al imperio hombres de la talla de Séneca y Quintiliano. Y los emperadores Trajano, Adriano y Teodosio I, este último responsable de hacer del Cristianismo la religión única del imperio. Y también hubo una Italia española que abarcó, además de Cerdeña y Sicilia, todo el territorio al sur de Roma y el Condado de Milán al norte. Y entonces fue Italia la que proveyó de grandes hombres a la vieja *Spagna*. Baste citar al genovés Ambrosio Spínola, héroe de la Guerra de Flandes y Grande de España. O al romano Alejandro Farnesio, al servicio de la Monarquía española en Lepanto y gobernador de unos Países Bajos españoles incendiados por, al decir de aquellos tiempos, la "herejía protestante". Italia y España fueron Roma y su espada. Frente a la nueva corriente religiosa que actuaba a modo de argamasa nacionalista, España e Italia reivindicaron la Catolicidad, que es lo mismo que decir la universalidad.

Es entonces que se desencadena una campaña, que llega a nuestros días, contra la Europa meridional y católica, su indolencia, y por supuesto su presunta incapacidad para crear riqueza y prosperidad. Es la tesis del muy influyente libro de Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y ha hecho fortuna en todo el mundo. Es, de hecho, uno de los pilares básicos de la Leyenda Negra. La tesis, por

supuesto, ignora que países tan prósperos como Luxemburgo, Liechtenstein, Irlanda, Bélgica o Austria (excluyamos a la laica Francia) son de base católica. Incluso regiones como el Norte de Italia o Baviera lo son.

La cosmovisión salida de la Reforma derivó en conductas inéditas hasta la fecha. En la noche de Reyes de 1543, por ejemplo, Calvino se negaría a entrar en el hospital de apestados de Ginebra. Una actitud coherente con los nuevos dogmas y que nos ayuda a entender las políticas de algunos países protestantes durante estos días: dejar en manos del destino providencial a los seres humanos.

Da cuenta de ello Frits Rosendaal, jefe de epidemiología de la universidad holandesa de Leiden, que denuncia la gestión sanitaria de Italia en la crisis del coronavirus: “En Italia la capacidad de las UCI se gestiona de manera muy distinta. Ellos admiten a personas que nosotros no incluiríamos porque son demasiado viejas. Los ancianos tienen una posición muy diferente en la cultura italiana”.

Escribe estos días Juan Carlos Girauta que Holanda es “la vanguardia de cualquier idea que en Europa atente contra la irreductible dignidad del ser humano”. Los días previos a la crisis debatían aprobar la eutanasia para mayores de 70 años “cansados de vivir”. No puede extrañar que sus hospitales no atiendan a ancianos infectados. Asumen que la biología de cada persona determinará su resistencia. Y algo parecido trataron de hacer los británicos aceptando “una infección masiva y escalonada” aún a costa de cifras de mortandad espeluznantes. La prioridad, se dijo, era salvar las finanzas.

España e Italia, a las que las potencias protestantes atacan como a una unidad (con buen criterio, pues desde el punto de vista civilizatorio somos lo mismo), hacen exactamente lo contrario. Se está abriendo una brecha antropológica en la Unión Europea. Españoles e italianos buscan desesperadamente salvar vidas aun castigando gravemente sus economías. Los sanitarios doblan turnos, se improvisan hospitales de campaña y se busca con angustia material médico que permita atender al mayor número de personas.

No se trata de dos modelos sanitarios o de gestión social; ni siquiera es sólo una cuestión antropológica. La crisis del coronavirus ha evidenciado, con una claridad nunca antes vista, los dos modelos de civilización que desde hace cinco siglos conviven en Europa.

Ortiz Moyano, Andrés

Andrés Ortiz Moyano (Sevilla) es licenciado en Periodismo por la Universidad de Sevilla. Está especializado en periodismo de investigación, estudio de la propaganda, nuevas tecnologías y terrorismo yihadista. Es colaborador habitual de medios de comunicación españoles e internacionales, como El Mundo, El Confidencial, CNN, La Sexta, Todo Noticias, Antena 3, TVE y fue corresponsal en Londres para La Vanguardia. En 2015 publicó el libro #YIHAD. Cómo el Estado Islámico ha conquistado internet y los medios de comunicación, para el que se infiltró en las redes sociales de captación y adoctrinamiento del Estado Islámico.

EN EL MAÑANA QUERRÍAMOS SER LIBRES

No hace mucho, durante una de estas lánguidas tardes de confinamiento forzado por el enemigo invisible, y en un ejercicio de extraña lucidez dada la bipolaridad que fomenta el encierro, llegué a la conclusión de que el mantra de “la crisis del periodismo” es un fraude. Desde que entré en la facultad, e incluso antes por el pavor que les provocaba a mis padres que dedicara mi vida a tan inestable profesión, oía por todas partes aquello de que los periodistas estábamos en riesgo. Y nunca entendí muy bien por qué.

Veinte años han pasado y la coletilla es tan recurrente y tan prolongada en el tiempo que aburre; según el maltratado DRAE, ‘crisis’ tiene multitud de acepciones, todas ellas compuesta por la palabra ‘situación’, y esta, a su vez, en su quinta acepción, se define por ser un “conjunto de factores o circunstancias que afectan a alguien o algo en un determinado momento”. “Determinado momento”, oiga, no esta suerte de leyenda artúrica sempiterna por pertinaz y cansina. De ahí que, lo siento compañeros llorones, el que suscribe deduzca que es un fraude.

No es que el periodismo esté en crisis. Nada, por definición, está permanentemente en crisis. Lo que ocurre es que el periodismo es un

camelo; un engañabobos de barniz santurrón que ha perpetrado, fíjense qué dislate, el proselitismo ideológico, la idiotización de la sociedad y las avalanchas de *fake news*, o sea, posverdades, o sea, mentiras cochinas de toda la vida.

Un mero vistazo a ese estercolero de cretinos, aburridos, ignorantes, *hooligans* y amargados que es Twitter nos basta para comprobar que en plena crisis por una pandemia global donde cada día mueren miles de personas en todo el mundo, lo que campa es un forofismo ultra, valga el pleonasmo, abrigado por supuestas cabeceras de información seria. Es repugnante comprobar cómo líderes de opinión de cualquier bando (ahora los muy imbéciles se hacen llamar *influencers* de opinión), sacrifican el cordero sagrado de la información merced a un cobarde enfoque ideológico justificado por su desorbitado e infecto ego.

El hecho ha muerto. Larga vida al hecho. ¿No me creen? Se lo demostraré. El 8 de marzo, debido a las manifas, a los partidos de fútbol, a las salas de cine (otro cúmulo de trincones que está en eterna y sospechosa crisis), y a un sinfín más de celebraciones no canceladas por la autoridad competente (así es, el Gobierno, ¿creían que el malo de esta peli era otro?,) se ha revelado como el Rubicón de esta terrible epidemia. Esto es un hecho, no una opinión, y el periodista lo dice, lo explica, lo publica, y punto, set y partido. Pero no; cualquier valoración soporta ya un oneroso veneno ideológico que nubla el entendimiento.

Lo más deprimente de este patético escenario es que los futuros insensatos que se siguen apuntando a nuestras filas crecerán normalizando esta calamidad engañosa. Y es triste. Porque, como decía Randy Watson, el cantante de soul del grupo Chocolate Sexy de la magistral *El príncipe de Zamunda* (1988), creo que el futuro es de los niños. Y si ya están emponzoñados no sé qué esperar.

No me cabe la menor duda de que estamos en un escenario histórico. Lo peor de este confinamiento no es la incertidumbre del final incierto, no es que los vecinos te gorroneen la conexión wifi, no son las videoconferencias familiares; es la falta de libertad, tanto física como emocional. Es la constatación del no. El triunfo maquinado durante años por el no. La negación a todo, el control tan fomentado en nuestro tiempo de forma ladina e impuesto por sonrisas de grilletes. Como si el mismo Aldous Huxley lo hubiese concebido, la era de la humanidad con mayores posibilidades es, precisamente, la misma con mayores censores latentes. No puedes, no debes, no hagas, no digas, no ofendas, no pienses, no ames, no dudes. No, no, no y no. A mí, personalmente, me resulta insoportable.

Son los enemigos de la libertad los que aprovechan las calamidades para clavar sus zarpas en las sociedades de buena voluntad. Y, ¿les cuento otro secreto? Calamidades y hecatombes ha habido y habrá siempre, y son las que ponen a prueba la madurez y el apego de las sociedades libres. Sean guerras, economicidios o pandemias como estas. Y, como antídoto, no hay mayor libertad que el periodismo honesto. De ahí que duela tanto la traición.

El día de mañana, no nos equivoquemos, está a la vuelta de la esquina, por muy insufribles que se vuelvan estos días interminables. En pos de un nuevo amanecer, entre todos decidiremos en qué mundo queremos vivir, si en uno opaco y entre tinieblas, manejados al arbitrio de otros sin escrúpulos a quienes les importamos un ardite; o en un horizonte valiente y honesto; incierto, sí, pero cuyos pilares sean la decencia, el análisis crítico, el humanismo y la libertad.

Quienes lo tenemos claro no entendemos ese parnaso posible sin, precisamente, el periodismo al frente porque, perdonen a este lúcido bipolar, tengan claro que ninguna democracia será jamás viable sin el sano, honesto y agudo sentir de contar la verdad. Y la verdad, como decía el otro, siempre será sagrada.

Pérez, Alvise

Alvise Pérez (Sevilla) es analista y consultor político independiente. Ha ejercido como asesor parlamentario y Jefe de Gabinete en el Parlamento Valenciano, así como en el Instituto Cervantes y otros de representación nacional (Liberal Youth, Inglaterra) e Internacional (International Federation of Liberal Youth.

TINTA ROJA

En un viejo chiste de la ya extinta República Democrática Alemana, un trabajador alemán consiguió un empleo en Siberia; y consciente de que su correo sería leído por los censores, antes de partir reunió a sus familiares y les dijo lo siguiente: «Establezcamos un código: si la carta que os envíe está escrita con tinta azul, lo que en ella os diga será verdad. Pero si está escrita con tinta roja, será falso». Todos asintieron, se despidieron entre abrazos, y le vieron marchar.

Un mes más tarde, sus familiares reciben una primera carta, escrita con tinta azul: «¡Cuán engañados estábamos sobre Rusia y el comunismo, familia! … Aquí todo es maravilloso: las tiendas están repletas de toda suerte de productos, la comida es rica y abundante, los apartamentos son amplios y tienen buena calefacción, en los cines ponen películas occidentales, hay un montón de chicas jóvenes y hermosas dispuestas a tener una aventura... Aquí, en este paraíso del hombre, hay de todo. Lo único que me ha sido imposible de encontrar es… tinta roja».

La estructura del chiste es más refinada de lo que podría parecer: aunque el trabajador no puede indicar que lo que está diciendo es falso de la forma preestablecida, aun así consigue transmitir su mensaje.

En España, tras 43 años en democracia, se nos afirmó que existía la libertad de prensa y expresión. Que existía un sistema de salud fuerte, y un Gobierno que, dentro de sus limitaciones, podía aseverar que todo funcionaba relativamente bien y, en definitiva, que podíamos tener, desear o expresar lo que quisiéramos… 'menos la tinta roja'.

Esa "tinta roja" innombrable que hoy no encontramos son las morgues colapsadas, los cadáveres apilados en palacios de hielo, los hospitales a rebosar de enfermos en el suelo y los medios de comunicación

esclavos de ayudas públicas incapaces de poner alguna gota de verdad, algún atisbo de tinta azul, sobre tanto dolor en el pueblo español.

Al igual que aquel trabajador destinado en Siberia, los españoles empezamos a escribir esta historia del coronavirus afirmando que tenemos toda la libertad del mundo, el mejor sistema de salud, y una democracia fortalecida, para a continuación limitarnos a añadir que lo único que nos falta es la 'tinta roja'.

Nos faltan mecanismos de fiscalización a los partidos políticos.

Nos faltan recursos para la autogestión de sectores estratégicos en momentos de crisis.

Nos faltan políticos de Estado que antepongan la nación por encima del electoralismo.

Nos falta, en definitiva, una persona que sea más presidente de España que coordinador de comunidades autónomas.

Nos falta la tinta roja que hoy escriben con su sangre cientos de españoles muertos por un virus asesino, por un gobierno mentiroso y por un duopolio mediático censor.

Nos falta libertad.

Nos falta igualdad.

Nos falta, en definitiva, verdad.

Y eso debe acabarse.

Pérez Gómez, Antonio

Antonio Pérez Gómez (Bujalaro, Guadalajara) o simplemente Chani, es un escritor y periodista español. Comentarista político habitual de RNE, TVE (La noche en 24 horas y Los desayunos), y de la La Sexta (Al rojo vivo), la Radio Televisión de Castilla y León y otras cadenas autonómicas. A través de Europa Press, sus columnas se publican en más de 40 diarios de toda España. Presidente de la asociación "Escritores con la Historia".

EL DÍA D SERÁ EL DÍA DESPUÉS.

No nos prepararon para lo que se abatía sobre nosotros, no nos previnieron, no proveyeron, no se prepararon porque "no nos querían alarma" porque tenían una manifestación. Y la tormenta descargó sobre España de la manera más feroz. Hasta alcanzar el más triste de los podios, en el segundo escalón en número de muertos, por encima de China y a los alcances de Italia, el 17% a nivel mundial algo que estremece dada nuestra población, y con nuestros sanitarios, muchas veces sin la debida protección, convirtiéndose en víctimas, el 14% de los son infectados, pertenecen al sector. Hoy al cabo de dos meses ya somos conscientes de la magnitud e impacto que esto va a tener sobre nuestras vidas. Ya lo sentimos en nuestras carnes porque ya casi todos tenemos un muerto que contar y recordar, alguien que es más de un número en la cifra cada vez más pavorosa que llevamos ya. Ya sabemos que todos tendremos nuestros muertos y aunque no lo queramos ni pensar, cualquiera de nosotros, nadie está a salvo, podemos ser uno de ellos.

Esto es así y ahora nos damos cuenta. Y por ello dentro de nosotros algo se desgarra y al tiempo también se subleva y nos llena por un momento de ira. De justa ira. Nos debieron haber avisado, nos debieron preparar, nos debieron prevenir, nos debieron meter miedo, sí, para que empezáramos a protegernos. Debieron actuar y no lo hicieron. Ya está. Que no se nos olvide, que no nos cuenten luego un cuento, pero ya tocará.

Lo que a nosotros nos ha tocado, es la única opción, aguantar, resistir e intentar no contagiarse y así no contagiar. Es lo único que podíamos hacer y, además, lo que debíamos hacer. Pero también en

esa resistencia era preciso un espacio, y este ya no para la ira ni el ¡ya te las ajustaré ya!, sino para la reflexión. Y una llega de inmediato. Cuantas cosas, incluso ridículas y vacuas, nos han estado obsesionando, nos corroen, nos enfrentan, las convertimos en gran causa y ahora resultan, a la luz de algo como esto, ser lo que en verdad son Naderías. Nada en verdad que importe, que trascienda, que nos sea necesario y vital. En estos días, se han fijado, ya no había muertos y muertas, fallecidos y fallecidas, enfermos y enfermas, infectados e infectadas, sanados y sanadas. Había muertos, fallecidos, enfermos, infectados y sanados. Por lo menos hicimos un ahorro ahí, aunque fuera en estupidez.

Aprendamos la lección, es lo primero que sale decir. Pensemos en lo esencial, en eso en lo que de verdad va a irnos nuestro futuro. Debíamos haber escarmentado y tras esta desgracia, en lo humano, en lo vital, en lo económico, que va a ser igualmente atroz, actuar con esa enseñanza tan crucial.

Pero saben ustedes: la más importante lección que nos ofrece la historia es que los hombres jamás aprendemos de las lecciones de la historia.

Porque lo acaecido va a cambiar nuestras vidas, las nuestras y la de muchos cientos y miles de millones de seres humanos, porque esto va a modificar la percepción que del mundo y de nosotros en él, teníamos y no sabemos hoy nadie en que mundo nos vamos a encontrar mañana. Lo único que si podemos atisbar es que no va a ser igual y de inicio puede que bastante peor. Luego de nosotros dependerá. Porque el verdadero día de D, será el día Después.

Y lo que ya debíamos empezar a pensar y meditar es en lo que hacer es día. En lo que nos espera y en lo que debemos hacer cuando salgamos al exterior de nuestras “cuevas” tras la glaciación del virus. Un paisaje duro, eso ya se puede anticipar, sobre el que se estarán abatiendo los jinetes del paro, la recesión, la crisis más dura, y dura fue de la que ayer apenas salimos, la angustia de las familias y la ruina de empresarios y trabajadores.

En ese día siguiente en el que hay que pensar y ahí es donde, más incluso que hoy es cuando los españoles deberemos estar a la altura de la situación. Porque esto, terrible sí, desesperante en su tardanza en llegar, un día, ese día justo antes del D, pasará. Y ese día será el trascendental. El que va a marcar nuestro futuro, nuestras vidas y posiblemente hasta las de quienes nos releven. Ese día D no será el final, será el principio y es cuando nos la vamos a jugar. Porque lo que espera ahí es un reto tremendo, donde un pueblo habrá de dar de sí

todo y lo mejor que tiene para levantarse y remontar. Para ello necesitaremos líderes y será cosa de ver entonces si en verdad tenemos líderes o que es lo que son estos que nos dirigen y representan hoy.

Nuestros dirigentes habrán de entender y atender, ante, sobre todo y por encima de todo, hasta de ellos mismos, a la necesidad de España. Y ello será la gran clave de si la esperanza se puede abrir paso o por el contrario de la sima del virus caeremos a una aun peor. ¿Serán capaces, sobre todo quienes ahora tienen la capacidad por su puesto y gobierno de serlo, de hacer si es preciso borrón y cuenta nueva y coger el rumbo necesario e imprescindible que hay que coger, el del acuerdo y la unidad en ese acuerdo y pacto nacional?. ¿Lo será el uno? ¿Será capaz de dar ese giro y hacer esa propuesta a sus rivales? ¿Lo serán los otros si se produjera, de aceptar, sin reserva alguna, el reto? ¿O incluso ser ellos quienes con generosidad hagan esa oferta sin trampa ni cartón?

Lo dudo, como no lo voy y lo vamos a dudar. Pero ojalá. Demostrarían que son dignos de estar ahí y que con ello quizás reencontremos la sensación perdida de que la política es algo necesario y que ellos tienen razón de ser.

Quintana Paz, Miguel Ángel

Miguel Ángel Quintana Paz (Salamanca) es profesor de Ética en la Universidad Europea Miguel de Cervantes. Fue Lonergan Fellow en el Boston College y colaborador de Gianni Vattimo en la Universidad de Turín. Su último libro es Sapere aude, o ¿cabe llamarnos aún ilustrados? (2018). Escribe en El Español y The Objective, donde dirige el podcast Café Vienés.

EL VIRUS QUE HIZO CAER A LOS POTEMKIN

Seguro que todos hemos contemplado alguna vez la demolición de un rascacielos. Tras desplomarse sus columnas principales, hay un momento, un par de segundos apenas, en que parece que aún podrá sostenerse en pie. Luego colapsa. Creo que ahora estamos viviendo esos dos segundos.

Una vez hayan pasado, nadie sabe muy bien con qué nos toparemos. He ahí la diferencia con las voladuras controladas: el coronavirus no ha ubicado las cargas de dinamita en lugares prefijados, sino un poco por todas partes, tal vez incluso en los cimientos. Al fin y al cabo, es un virus, no un ser humano. No sabemos que permanecerá y qué se derrumbará.

Sin embargo, por liviana que haya sido la explosión, hay algo que podemos estar seguros de que no quedará indemne. Son las fachadas Potemkin. Estas reciben tal nombre no de arquitecto alguno, sino de aquel príncipe ruso que, sabedor de que la emperatriz Catalina se proponía visitar Crimea, colocó por toda ella bastidores de cartón piedra que imitaban caseríos, casas, mansiones, posadas. Como un gigantesco decorado teatral. Su finalidad era doble: por una parte, persuadirían a la soberana de que su pueblo gozaba de una cierta prosperidad. Por otra, le ocultarían el lado más mísero de la verdadera vida de sus súbditos. Ciertamente, si Catalina se hubiera acercado a aquellas fachadas exentas, habría descubierto que eran un mero trampantojo. Pero el príncipe Potemkin jugaba con ventaja: tenía la certidumbre de que la zarina jamás soñaría entremezclarse tanto con su vulgo.

La España de hoy no la rige ninguna emperatriz. Desde hace más de

cuarenta años el soberano aquí es el pueblo. Pero ello no significa que se hayan extinguido de entre nosotros los pequeños príncipes Potemkin, afanados en erigir ante nosotros preciosistas fachadas de cartón piedra. Ahora bien, que esos bastidores engañen al ciudadano presenta un problema al que, como dijimos, no tuvo que enfrentarse su diseñador ruso. A saber: en nuestro caso, cualquiera (y no solo una desdeñosa monarca) podría acercarse hasta esos decorados y detectar su ardid. ¿Cómo es posible, pues, que hayan sobrevivido tanto tiempo?

La solución a este enigma reside en que, así como la soberana no es ya solo una, sino todos, tampoco los príncipes Potemkin son ya solo uno o unos pocos, sino vastas masas de operarios ocupados en apuntalar miles de fachadas vacías; cientos de manos dispuestas a remozar este o aquel decorado si su engaño se descubría; colosales cantidades de dinero dedicadas a todo género de reparaciones. Tal vez no esté de más un somero repaso del papel, o del cartón piedra, que algunos de ellos han desempeñado.

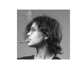
En primer lugar, merecen mención de honor los periodistas. De forma especial los que se dedican a la divulgación científica. Estos pequeños detectives de mentalidades ajenas, que desde hace lustros se dedicaban a inspeccionar con lupa cualquier cosa que alguien dijera, prestos a acusarles de superstición si no acataban el más rígido cientificismo, han mostrado contar en su mayoría con un cedazo estrambótico, que filtraba hasta un mosquito, pero permitía pasar el obeso hipopótamo de la covid-19. Casi todos ellos acusaron de alarmistas a quienes advertían de la verdad. Casi todos ellos ignoraron la literatura científica que tumbaba por tierra esa falsa calma. Casi todos ellos se niegan ahora a reconocer su error, ignorando que la ciencia que dicen amar se basa justo en esto, en admitir los errores propios, más que en resultar infalible. Nunca debimos, pues, concederles especial autoridad. Derribados sean.

Muchos otros periodistas, aunque no consagrados a la divulgación científica, también han participado en erigir fachadas que ahora se desmoronan a pedazos. Ya no solo por contribuir al bulo de “Esto solo es una gripe”; ya no solo por preferir ocuparse de las emociones (“No os preocupéis, no sintáis alarma”) antes que de los hechos (las cifras de muertos en Italia y China). En realidad, al desvelarse su pésima comunicación del coronavirus, sale a la luz también lo endeble de sus preocupaciones: hasta un día antes de empezar a colapsarse las morgues españolas, estos gacetilleros seguían creyendo que castigar los piropos debía constituir nuestro principal empeño nacional. Y hoy aceptan dóciles asistir a ruedas de prensa gubernamentales en que

apenas les dejan preguntar, silenciosos como corderos. Nunca debimos, pues, concederles especial autoridad. Derribados sean.

Y qué decir de nuestros gobernantes. Qué decir de los expertos a ellos sumisos, que prefirieron callar lo obvio (asistir a aglomeraciones masivas favorece el contagio) antes de contradecir a sus jefes. Qué decir de las decenas de asociaciones, *think tanks*, grupos de estudio que nos martilleaban cada día con cualquier nimio detalle legislativo, pero que ahora callan. Derribados sean. Enterremos los restos de sus fachadas mentirosas junto a los miles de fallecidos que, por desgracia, no son mero teatro, sino muerte. Y pongámonos luego a reconstruir las ruinas, con ladrillos de verdades y argamasa de realidad.

Rincón, Sofía



Sofía Rincón (Madrid) es una artista multidisciplinar que se enfrenta a las formas y las convenciones como artista y como polemista, no desde la discusión de las esencias, sino desde la burla, la ligereza, la broma y la provocación irónica.

FRENTE A LA CUARENTENA, SEAMOS SANCHO

Soy artista, por lo que trabajo desde casa. Mi costumbrismo consiste en que la línea que separa mi trabajo de mi vida cotidiana es sumamente difusa. Por esta razón algo que me llamó la atención de la pandemia es que al cabo de cierto tiempo no sabía ni en qué día vivía, ni qué hora era ni cuánto tiempo llevaba encerrada.

El tiempo borraba por completo esa línea difusa de la que hablaba antes y sentía la realidad como un costumbrismo absoluto y pesado. Realmente, me costaba muchísimo asumir que ya no tenía el control de mi tiempo. Me puse a leer un ensayo sobre literatura rusa y en un momento determinado llegué a esta frase de Gorki "[Chéjov] era capaz de revelar el humor gráfico presente en el tenue mar de banalidad" y entonces comprendí cómo afrontar esta cuarentena y este texto es para eso: cómo afrontar este costumbrismo forzado.

Verás, mi estimado lector, Guy de Maupassant, el rey del costumbrismo, tiene una particularidad que me encanta y es que a lo largo de sus textos tienes dos certezas antes de llegar al final:

Primera certeza: va a pasar algo que cambiará radicalmente la vida de una persona.

Segunda certeza: lo que le ocurra a esa persona es irrelevante porque el mundo sigue girando.

Una de las cosas más duras de la vida son esos momentos en los que el principio de Joyce de que "la vida es pura epifanía" se manifiesta en términos absolutos mientras te sucede algo trágico. Porque somos individuos y no podemos evitarlo: cuando la tragedia humana recae sobre nuestra vida queremos que todo gire alrededor de ese hecho y todo se pare, es un sentimiento tan comprensible como normal. Sin

embargo, al mismo tiempo, conforme vamos enfrentándonos a los hechos vemos que todo el mundo sigue haciendo su vida y que la nuestra no es más que una gota de lluvia porque… La vida es pura epifanía. Esto es tan realista como desolador, salvo en ocasiones como la que nos ocupa.

Estamos en cuarentena, encerrados con nuestro costumbrismo y perdiendo la noción del tiempo, pero a la vez nos estamos preparando para lo peor: lo que vendrá tras la cuarentena. Una crisis económica brutal, en la que mucha gente perderá su trabajo o se arruinará. Tenemos un costumbrismo con visos de futuro completamente anti-costumbristas porque la vida de todos dará un giro de ciento ochenta grados. Y todos igual. Es decir, cada uno tendrá su vida, como decía Joyce, y todos nuestra tragedia personal. Pero todos estaremos con tantos problemas encima, del tipo que sea, que realmente eso nos da una leve luz para no sentirnos desolados porque podremos empatizar con los demás y los demás con nosotros. Podremos, si somos personas normales y no seres del averno, arroparnos unos a otros ya que en tiempos de escasez toca arrimar el hombro.

Mi reflexión para esta cuarentena, estimado lector, no es otra que tomar ejemplo de Chéjov y afrontar este mar de banalidad con el humor que requiere para no enloquecer. O como diría el refranero español: al mal tiempo buena cara.

Los dichos populares permanecen incorruptibles tras las décadas porque algo de razón siempre esconden, sino Cervantes no los usaría tanto.

Frente a la cuarentena, seamos Sancho.

Rodríguez Asensio, Daniel

Daniel Rodríguez Asensio (Valladolid) es economista y consultor estratégico. Presidente de Acción Liberal Think Tank for Freedom. Análisis y divulgación económica en varios medios de comunicación como Actualidad Económica, Libertad Digital o Intereconomía TV.

LA INACCIÓN ANTE LA CRISIS ECONÓMICA DEL COVID19 AMENAZA EL SISTEMA CAPITALISTA

El rastro que va a dejar el coronavirus en España y en el mundo entero va a ser perfectamente reconocible a lo largo de la historia por su agresividad, pero también por la irresponsabilidad de unos gobernantes más preocupados por sus programas de marketing político que por el bienestar de los ciudadanos.

Durante las semanas en las que el Covid19 se propagaba en China y otros países europeos pudimos actuar de forma previsora y atajar esta pandemia desde sus orígenes. A mediados de febrero había oferta suficiente de test de detección en el mercado y pocos infectados en nuestro país. Con eso, y con soluciones tecnológicas capaces de aislar de forma efectiva a los afectados hubiera sido suficiente para evitar la parálisis total del país.

Ahora, volver a la normalidad es una panacea. Cada vez que un político o analista habla de una recuperación en forma de “V” un empresario quiebra. Salvar vidas nunca dejará de ser importante, pero sí dejará de ser urgente. Entonces, miraremos atrás y las peores pesadillas económicas se habrán hecho realidad.

Las previsiones son catastróficas. Estamos ante una crisis sin precedentes desde la II Guerra Mundial, y con una naturaleza muy distinta a la de 2008. Por eso es imprescindible actuar con contundencia y rapidez en estos primeros estadios.

España, desafortunadamente, está actuando tarde y mal para parar la oleada de quiebras empresariales que, de facto, ya se está produciendo. Las recetas de países que ya han demostrado su

capacidad para sortear las crisis son claras: exenciones y moratorias de las principales figuras fiscales, crédito a empresas y autónomos, y flexibilidad en sus mercados laborales.

La máxima prioridad debería ser mantener el empleo y, cuando eso no sea posible, el poder adquisitivo de las familias.

El gobierno de España, por el contrario, ha iniciado una cruzada contra el sistema capitalista y ha puesto en jaque la obligación del Estado, recogida en la Constitución, de asegurar un marco jurídico que permita la libre competencia y la iniciativa de las empresas. Esta irresponsabilidad tendrá consecuencias. Esta inacción nos hace más vulnerables ante una probable crisis bancaria.

Mi preocupación durante esta cuarentena es tanto por las perspectivas económicas como por sus consecuencias sobre los valores de la democracia liberal. El socialismo no dudó en aprovechar la crisis de 2008 y volverá a la carga de nuevo en forma de movimientos populistas extendidos por toda Europa.

Por eso creo que es fundamental acudir a las instituciones que han demostrado su capacidad para otorgarnos períodos de elevada prosperidad y paz a nivel mundial, lideradas por Estados Unidos. En caso contrario, será probablemente una dictadura comunista como China quien asuma el liderazgo, con las consecuencias que ello conlleva.

España por sí sola tiene poco que decir en esta batalla. Es en Europa donde tenemos un altavoz para paliar el avance de ideologías autoritarias porque contamos con la credibilidad de haber construido la mejor calidad de vida de todo el mundo. Nuestro altavoz y nuestro medio de influencia sobre las decisiones a nivel mundial es la Unión Europea.

Nuestro presidente Sánchez, sin embargo, ataca al proyecto europeo para tapar su incapacidad de gestión. Debido a uno de los mayores desajustes de nuestra historia por la política económica del expresidente Zapatero, España ha sido incapaz de lograr un superávit público en los últimos 12 años, a pesar de que en 6 de ellos el crecimiento económico ha sido positivo. Sánchez ahora hace un llamamiento a la reconocida solidaridad europea con el único objetivo de repetir las mismas políticas fallidas de estímulo de la demanda.

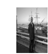
Ser solidario con Europa consiste en ser parte de la solución, y no del problema. Escupir la mano que nos ha dado de comer durante años y que ya nos salvó del rescate en 2012 es un acto de irresponsabilidad. Primero, con los conciudadanos españoles. Y, segundo, con la propia

Unión Europea. La soberanía nacional de cada Estado Miembro conlleva la responsabilidad de gobernar.

De la crisis sanitaria nos repondremos pronto. Lo que no tengo tan claro es que lo hagamos de la económica y, por consiguiente, corremos el enorme riesgo de volver a librar una feroz lucha ideológica. El estado de bienestar que con tanto esfuerzo nos hemos dado los españoles y europeos es frágil.

Basta un dictador maquillado de populismo para echarlo abajo y tener que afrontar un proceso de reconstrucción que durará décadas. Por eso es fundamental recuperar el timón económico y exigir a nuestros gobernantes que rijan un país con responsabilidad, con prudencia, y con determinación en los momentos clave. Ahora vamos en la dirección contraria y lo vamos a pagar.

Rodríguez González, Agustín Ramón



Agustín Ramón Rodríguez González (Madrid) es doctor en Historia por la Universidad Complutense y académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, ha publicado hasta la fecha cuarenta libros y merecido en dos ocasiones Cruz del Mérito Naval por sus trabajos, entre otras distinciones.

LA EXPEDICIÓN BALMIS

No es la primera vez que una enfermedad se ceba con la Humanidad, y la lucha contra una de ellas fue otra de las gestas de España.

La enfermedad era la viruela, se cebaba en los niños menores de 10 años y era con frecuencia mortal, los que la superaban, solían quedar ciegos o con grandes y feas cicatrices por todo el cuerpo, muy visibles en la cara, al reventar los enormes y feos granos repletos de pus. El contagio era justamente por pus y sangre, afectando a grandes masas de población, sobreviviendo, según la variedad, sólo entre el 30 y el 10 % de los infectados.

Griegos y romanos padecieron sus efectos, pero en Europa, con el paso del tiempo, la población se fue haciendo algo más resistente, creando algunas defensas naturales. Con el Descubrimiento de América, el virus pasó al nuevo continente, y cuando Cortés conquistó Méjico, una epidemia mató a la mitad de la población, sin defensa ni tratamiento alguno. Muchos murieron entre 24 y 48 horas después del contagio.

Un médico inglés, Edward Jenner, (1753-1819), trabajando en un pueblo, observó que las mujeres que ordeñaban a las vacas adquirían una viruela muy leve, con algunas marcas en manos y brazos, pero se hacían inmunes a la enfermedad.

El caso fue que Jenner probó su “vacuna” o “inoculación” en un niño de 8 años en 1796 y la cosa funcionó, publicando dos años después, y tras muchas pruebas, un libro donde contaba su descubrimiento. Nada se sabía entonces de las causas de la enfermedad, de microbios ni, mucho menos, de virus, pero la cosa funcionaba y muy bien.

Francisco Javier Balmis y Berenguer

El conocimiento de la vacuna llegó a España en 1800, divulgándose entre los médicos. Uno de ellos, el alicantino Francisco Javier Balmis, de la misma edad que Jenner, médico militar que había intervenido en las campañas de Argel y Gibraltar, estudiado la sífilis y la escrófula, así como plantas medicinales, concibió el proyecto de llevar la vacuna a los territorios españoles de América, donde la enfermedad seguía causando estragos.

Balmis obtuvo el apoyo del rey, entonces Carlos IV, y se decidió organizar una “Expedición Filantrópica de la Vacuna”. Se preparó un buque de la Armada, la “María Pita” y ésta salió de Ferrol el 30-XI-1803 con un equipo de 4 médicos, 3 enfermeras y, lo más curioso de todo: con 22 niños huérfanos abandonados y la directora del hospicio, que servirían con su sangre para conservar la vacuna durante el viaje. No había otro método para conservarla entonces, y al propio Jenner le pareció genial. Cada persona vacunada servía como donante a otra, estableciéndose así “cadenas humanas” de vacunación.

Llegados a América, la expedición se dividió, dirigiéndose Balmis a Méjico y su subordinado, el doctor Salvany a América del Sur. La tarea era ingente: vencer los temores y supersticiones de la gente, enseñar el método a los médicos de allí y asegurar que la cadena humana de vacunación no se interrumpiera.

La vuelta al mundo

Balmis no estaba aún satisfecho, y convenció al virrey español de Méjico, para que financiara una nueva expedición a Filipinas, entonces colonia española. Y así partió de Acapulco con un nuevo barco, el “Magallanes”, y un nuevo equipo.

Terminada la vacunación en Filipinas, y pese al peligro de los piratas que actuaban por aquellas aguas, Balmis pasó a China, vacunando a la colonia portuguesa de Macao y a la población del Imperio Chino, en la región de Cantón.

Las penalidades, trabajos, accidentes y anécdotas del viaje darían para escribir no una, sino varias novelas.

Balmis volvió a España por el Índico, con el nuevo peligro de una guerra con Gran Bretaña. Pese a ello, no dudó en vacunar incluso a la población y guarnición británicas de la isla de Santa Helena, donde luego fue desterrado y murió Napoleón. Por supuesto, la vacunación era gratis y se hacía a todo el mundo.

Ya de vuelta, y como médico personal de Carlos IV, Balmis siguió investigando y publicando obras científicas, en 1810 volvió a Méjico y murió en Madrid en 1819.

Toda una serie de récords mundiales

La de la viruela fue la primera vacuna que se conoció. Por primera vez en la Historia, un rey, nuestro Carlos IV, tan criticado por otras cosas, patrocinó y costeó una iniciativa de salud pública, hecho admirable porque entonces no existía tal cosa, y sólo existían establecimientos de la Iglesia, de asociaciones o de particulares. Por primera vez también, se hizo una campaña de vacunación mundial, gratuita, dirigida a todos, incluso a los enemigos de entonces.

Esa fue otra vuelta al mundo de los españoles, mucho menos conocida que la primera, la de Magallanes y Elcano.

Santamarta del Pozo, Javier

Javier Santamarta del Pozo (Madrid) es politólogo, periodista y divulgador histórico. Ha sido durante muchos años experto en Ayuda Humanitaria de la Comisión Europea, y trabajado sobre el terreno para varías ONG. Es profesor de la Escuela de Guerra en el departamento de Misiones de Paz, y ha sido profesor invitado para cursos de postgrado en varias universidades nacionales e internacionales. Colaborador habitual en programas de radio y televisión, actualmente tiene una columna semanal en el diario ABC con el Blog Notas del Espía Mayor. Es autor, entre otras publicaciones, de los libros de éxito «Siempre tuvimos héroes» y «Siempre estuvieron ELLAS», ambos publicados por la editorial Edaf.

COLOQUIO DE PERROS EN CUARENTENA

Ya ni siquiera miran con extrañeza el que no se entre en el garaje. Lo que supone que otro día más no van a ir tumbados en su asiento trasero preparado con su manta y su red de seguridad. Ya se habían hecho a la rutina del paseo al alba, tras un brevísimo trayecto en el coche, a la Senda del Horizontal de San Lorenzo de El Escorial, a la falda del arboreto Luis Ceballos. Sin embargo, el sentido es el contrario desde hacía ya semanas. Hacia las atronadoramente silenciosas calles del Real Sitio. Los dos schnauzer miniatura, un veterano negro y plata de doce años, y uno blanco de sólo tres, salen por las rejas del metálico portón de diferente manera. El joven, lanzándose dado un tirón hacia el cercano árbol. El mayor, queriendo zafarse de la correa para volver a donde sea menos a otro paseo con la puñetera correa. Para eso se hubiera quedado en el centro de Madrid, donde no podía andar sobre yerba, ladrar a las vacas, o darse alguna delicatesen de bostas de caballo.

Su dueño les da un pequeño tirón con las correas para indicarles que la cosa sigue yendo de paseo urbano de árbol en árbol, mientras él sigue como ausente escuchando por los cascos de su celular convertido en radio, las noticias en que el monotema vírico se solapaba entre

declaraciones oficiales, tertulianos supraexpertos, y cifras deprimentemente anónimas de personas muriendo diariamente, y que sí tienen nombres, por supuesto. Aunque conocidos sólo por quienes no han podido ni llorarlos junto a sus ataúdes. Y con la ausencia de su amo y unas calles anormalmente vacías. Completamente vacías. Absolutamente vacías… el veterano Zar y el bisoño Nikon, se pusieron a hablar entre ellos sin que nadie les escuchara. Siquiera su distraído propietario.

ZAR: Odio tener que pasear con correa… Qué absurdo…

NIKON: Sí. Así no hay manera de correr y de disfrutar de tantos rastros que tenemos. Y encima a tu paso…

ZAR: A mi paso a mi paso… —gruño Zar entre sus canosas barbas—. A ver si te crees que no vas a llegar a mi edad… ¡Y entonces ya veremos quién renquea!

NIKON: Por cierto, ¿no te parece extraño tanto silencio? Y además, ¿qué pasa que no nos encontramos con nadie desde hace días?

ZAR: La verdad es que ya no oigo apenas nada. Como no me vengan los olores a barlovento, es que no veo ni a nuestro amo. Y eso que cada día le noto más enorme. No me extraña con lo poco que anda y lo que engulle últimamente.

NIKON: Pues vamos más solos que esa noche que le dio por meterse por el bosque de la Herrería el día de la superluna —le decía mientras hozaban morro con morro en un alcorque—. Aunque para mí que eso que olimos eran jabalíes, pues las personas tan mal no huelen.

ZAR: Pues la verdad es que se anda de maravilla sin tanto bípedo pensándolo bien… ¿Qué habrá pasado?

NIKON: Ni idea, pero no me hace nada de gracia esto —mirando en derredor y comprobando que no había animal ni de dos ni cuatro a la vista ni al olfato. — Ninguna.

ZAR: Tú lo que estás es jodido porque no puedes hacerte el machito delante de esa perra loba mestiza que te hacía ojitos —le respondió con vieja sorna.

NIKON: ¡Pues no te creas que debe de estar mejor aquí nuestro amo! —y acercándose como a olerle la oreja—. Yo creo que a nuestro bípedo le molaba su dueña.

ZAR: ¡Si él ya es un lobo solitario! Como lo era yo antes de que tú aparecieras, *blanquito*.

NIKON: ¡Pues a solitarios no nos va a ganar nadie a este paso! Oye, ¿tú crees que es que se han marchado todos? Porque rastros recientes sí que pillo —comentaba metiendo el hocico en un orín que había junto a la calzada.

ZAR: No sé… ¿Se estarán muriendo los humanos? La verdad es que si se fuera —mirando con ojos que parece que nunca miran y siempre lo hacen con amor, a su amo—, me daría mucha pena. Yo creo que me moriría también…

De pronto Nikon pega un tirón a la correa convirtiendo al trío en una especie de ruleta, al ver a una serie de gatos que, altivos, seguían observando sintiéndose seguros al saber que los perros iban atados.

ZAR: ¡Por San Roque! —bufó el veterano—. ¿Quieres dejar a esos petulantes en paz?

NIKON: A lo mejor ellos saben algo —y seguía tirando intentando zafarse de la correa—. Estos siempre andan tramando cosas y metiendo sus bigotes de casa en casa.

ZAR: Si saben no creo que nos lo digan. Siempre han ido a su bola. Se creen ellos los dueños de todo. Van de independientes y las normas se la pasan por el arco de sus patas.

NIKON: Pero ante algo así… ¿no sería mejor unirnos? No sé, compartir cosas. Ver qué podemos hacer entre todos.

ZAR: Se ve que aún eres un joven idealista… Somos perros. Y ellos gatos. Y cada uno somos como somos. Y lo que somos. No se puede evitar —sentenció Zar.

NIKON: Pues qué pena… A lo mejor algo igual ha pasado con los humanos, y entre unos y otros, al final se han quedado todos solos… o abandonados.

ZAR: ¡Qué cosas dices! —y entrando de nuevo en el portón hacia la casa—. ¡Otra vez que no ha dado tiempo a hacer caca, vaya mierda de paseo!

NIKON: Yo ya si no me aguanto, sé de un par de sitios donde me hago el pis cerca del mueble de la tele sin que lo note.

ZAR: ¡Serás…! Entre los que van a su bola, los que meáis fuera de donde debéis, y los que no podemos ni cagar, la verdad es que añoro la vida de antes— y echando un vistazo a las absolutamente vacías calles—, la verdad es que espero que todo vuelva a ser como antes.

NIKON: ¡O mejor! —ladró meneando cuál látigo su rabo.

ZAR: ¡Que San Roque te oiga! O quien sea…

Seco Silva, Mariló

Mariló Seco Silva (Aracena, Huelva) es desde hace más de veintiún años una de las voces que se escuchan casi a diario en Canal Sur Radio, medio en el que desarrolla labores de presentadora, productora, guionista, entre otras. Es Licenciada en Arte Dramático, actriz de doblaje y de teatro.

DESESTIMADO COVI 19

¡Menuda la has liado! ¿Eh? Tu presencia es tan potente que has eclipsado todo lo demás. Estás en todas partes, y sin embargo no te vemos.

El otro día iba en el coche con un familiar camino del hospital y teníamos la sospecha de que venías de copiloto, o tal vez en el asiento de atrás, o en las alfombrillas, o dentro de nosotros. ¿Cómo saberlo?

Las calles vacías, brillantes bajo el tibio sol de primavera, ese que promete ajusticiarte pero que parece no atinar con su daga de calor sobre tu cabeza tentacular y escurridiza. El azahar de los naranjos se debate entre seguir brotando o caer al suelo aburrido, pensando que su perfume no tendrá sentido este año.

Llegamos al hospital y en las caras desdibujadas por las máscaras más variopintas, se agrandaban unos ojos que dejaban entrever el abatimiento, tal vez el miedo, desolación o desconfianza. Todo me resultaba difuso, opaco y triste. Tanta dignidad en una procesión de batas blancas, verdes que no siguen un ritmo de tambores sino del orden que imprime el caos de la tragedia.

De las horas interminables que nos hiciste pasar allí, no voy a referirte los detalles escabrosos. Pero sí te hablaré del profundo estremecimiento que me produjo la imagen cansada del profesional que nos atendió, la entereza con que afrontaba su trabajo y la particular lucha que mantuvo con el traje de protección, después de la revisión clínica, para deshacerse de él. Fue una pugna intensa con aquella indumentaria hecha a trozos. Tuve la sensación de que no sabía bien por dónde empezar y lo narraba susurrando mientras lo hacía*: desataré la bata, no, empezaré por la máscara y las gafas… vaya, ya toqué lo que no debía… desinfecto los guantes y vuelvo a empezar. Y ahora… Sí, me quito el gorro y la bata…* Y al tirar de ella, se le rompe.

No podía ayudarle, no me podía acercar a él, recordaba sus palabras mientras me examinaba, - *No me mires* - me decía. Claro, supongo que temía que pudiera toserle encima. Sentí una impotencia infinita. No sabría decir cuantos minutos duró aquello, pero resultó violento o triste, no sé, él estaba ahí, solo, peleando con unos materiales que parecían volverse en su contra.

Y allí estabas tú, intentaban mantenerte a raya, de eso no hay duda, pero aprovechaste nuestra visita para entrar hasta el fondo otra vez, renovado, fuerte… ¿Por eso nos miraban todos al entrar?

Qué ganas de salir de allí y qué sensación de vacío al hacerlo; volvíamos a casa, pero apenas será una tregua, no hay que cantar victoria. Regresábamos al confinamiento obligatorio, de momento, con la incertidumbre de que si hubiera empeoramiento volveríamos con un pronóstico bastante menos halagüeño. Y contigo colgado del brazo, o pisándonos los talones, quien sabe.

Mire adonde mire allí estás, te intuyo: en las voces de mis compañeros de trabajo a quienes ahora ya no veo solo escucho, pero con quienes muy a tu pesar, continuamos sacando la tarea diaria con empeño y esfuerzo, algunos como yo desde casa, otros arriesgando la salud al pie del cañón porque no todo es transferible. Te veo en las caras lejanas de mis vecinos cuando aplauden desde sus ventanas cada tarde. En los ojos de mis familiares cuando la tecnología nos permite vernos y se atisba en ellos ese grado de preocupación por aquellos de los nuestros que sabemos que has alcanzado, o que pudieras siquiera rozar. En la expresión de mi hija cuando me escucha toser y me pregunta con fingido desinterés cómo estoy.

Dicen que has venido para quedarte, que el año que viene puede que te sumes a nuestras gripes habituales, espero que se equivoquen. Habrás de saber que no solo te llevas la salud y la vida de miles de personas, has desestabilizado nuestras vidas y nos has puesto a prueba. Has sacado lo mejor de muchos, eso afortunadamente lo estamos viendo todos los días, pero también lo peor de algunos y permitirás que oportunistas se aprovechen para saquear entre lo que quede. Nada de esto será novedad, si buceamos en la historia y las tragedias que se han sucedido a lo largo de los siglos, a los mismos desgraciados los encontraremos una y otra vez. Y ahora volverá a ocurrir. Será el mismo día de tu partida, ahí estarán como tú, agazapados, cobardes, esperando su oportunidad para saltar sobre sus víctimas y hacerse fuertes a su costa.

Pero insisto, no te acomodes tanto. En breve cesarán los llantos, el sufrimiento profesional y humano de los que se dejan la piel todos los

días por los demás, las insoportables muertes en soledad, los abrazos y los besos perdidos, esos que todos soñamos cada noche y que se desvanecen cada día ante la dura realidad… Y por fin podremos gritar a boca llena que te hemos vencido, y si algún fatídico día te diera por volver, aquí nos encontrarás, armados hasta los dientes, resabiados y dispuestos a dar batalla.

Contigo será diferente, ni perdonaremos ni olvidaremos.

¡Hasta nunca!

Seguí García, Cristina



Cristina Seguí García (Valencia) es autora de "Manual para defenderte de una feminazi", colaboradora de Okdiario, fundadora y colaboradora de Estado de Alarma y diversos medios de televisión y radio. Ahora trabajando en su segundo libro.

SOMOS MUCHO MEJORES QUE NUESTROS POLÍTICOS

Hace unos días me entrevistó un chaval aún lampiño con un canal de Youtube llamado *Spanish Libertarian* desde su silla de gamer, me disculparán el anglicismo, pero es que aquella silla parecía una puñetera cápsula Starliner sacada de Ad Astra y su dueño se merecía, como mínimo, esa sutil excentricidad gringa. La frase que el chaval eligió de todo el repertorio que le solté fue una que se me escapó sin darme cuenta. Casi la única que yo no había medido para lograr algún tipo de impacto, con alguna clara intencionalidad política, por mi propia rabia ante los miles de muertos por el COVID19 y las obvias negligencias, mentiras, secuestro, y la cartilla de racionamiento chavista que nos han expedido mucho antes de lo que creía: "Somos mucho mejores que nuestros políticos"

Eso no sólo es absolutamente cierto, sino que el ser humano, y específicamente el español, se ha revelado como un "aparato" de motor sobrenatural. Eso es lo que son cada uno de los empresarios pertenecientes a EO Madrid que, en horas, y con el 100% del capital privado, dispararon una colecta y trajeron, por tierra, mar y aire, 58 respiradores para enviar al Gregorio Marañón, el Hospital Puerta del Hierro, y el improvisado hospital de campaña en IFEMA. Entretanto, nuestros políticos, gastaban hoy 15 millones de euros en salvar a ATRESMEDIA y MEDIASET para comprar las voluntades de todos y cada uno de los dueños, directores y presentadores de sus productoras. Sí, somos mucho mejor que nuestros políticos.

Nuestra Legión española, la insultada por la primera hez separata que una se cruza en los debates, me volvía a poner los pelos de punta en un vídeo viral en el que el Tercio Gran Capitán 1º honraba en Melilla a todos los caídos por el puto virus frente al Cristo de la Buena Muerte. Los Caballeros de Honor tocaban quizá conscientes de que

hoy, millones de compatriotas combaten su propia guerra con el mismo miedo inaudito y helador de un cadete en su primer escenario de conflicto.

Miles de personas que no han podido velar a los suyos aplacan su rabia contra los responsables para obedecer, con esperanza ciega, los arbitrios despóticos, negligentes y mentirosos de sus gobernantes con la esperanza de que eso le sirva a millones de personas que no conocen de nada. Ellos son infinitamente mejores que sus políticos. Yo quizá no tanto, por lo que seguiré en la tarea diaria de placar a los criminales responsables e intentar que no vuelvan a levantarse.

Solano Franco, María José

María José Solano (Sevilla) es responsable de la editorial Zenda Aventuras. Historiadora del arte, escritora y cofundadora de zendalibros.com.



Ha colaborado con publicaciones en prensa, catálogos de arte, galerías, museos e instituciones culturales.

TRINCHERAS DE LA MEMORIA

Nunca hubo un tiempo tan feliz, y sin embargo los hombres nos sentíamos profundamente desgraciados. Corríamos atentos al reloj, tomábamos aviones sin importar el destino; nos movíamos por el mundo como por una cinta mecánica; sin mirar a los lados; moríamos haciéndonos auto fotografías, juzgábamos sin conocer; odiábamos sin admitir; nos alejábamos de la naturaleza sin medir las consecuencias. Buscábamos la espiritualidad en teorías cuánticas, la juventud en una toxina, la sabiduría en un clic, el amor en una web. Añorábamos un mundo que se perdía, pero nosotros mismos contribuíamos a esa pérdida y aunque los habitantes de la privilegiada Europa teníamos muchas razones para disfrutar de una vida en paz, sin embargo, no éramos capaces de percibirla ni de garantizarla.

Ahora la carrera veloz hacía ninguna parte se ha frenado de golpe. Confinado en casa, el ser humano, por primera vez en la historia se pregunta con miedo palpable, real y globalizado, acerca de sus errores. Todavía es pronto y las respuestas son múltiples; cada uno alcanza a ver, como en el cuento de los sabios ciegos de Kipling, solo una parte del misterio. Pero lo cierto es que la explicación de lo que nos pasa, la resolución del misterio que es el de nosotros mismos está ahí, delante de nuestras narices, como la carta robada de Allan Poe.

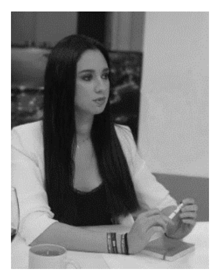
Atrapada, como el resto de la humanidad, miro mi trinchera y sonrío, agradecida. En estos casi cuarenta y cinco años de vida la he ido

levantando con muchas cosas; la compañía, la sonrisa, el amor, la lealtad, la madurez, las lágrimas, los desengaños, la soledad, la aceptación, la renuncia, el silencio, y un entrenamiento diario en intentar ver las múltiples, pequeñas razones cotidianas para no olvidar la alegría. En esta trinchera también hay cine, (vitamina en vena); música (esa extraña, necesaria forma del tiempo); pintura, (¡cómo mirar el mundo sin ella!), viajes (materializados en souvenirs sincréticos como tótems de la felicidad); pero sobre todo hay libros. Un poco más de nueve mil libros tapizan mi vida. Y ellos mejor que nadie son el espejo de lo que he sido; la niña silenciosa y lectora con mucha curiosidad por casi todo; la adolescente tímida sedienta de aventuras; la joven enamorada de los héroes homéricos; y la mujer, esforzándose cada día por ganarse el título de *La Mujer, querido Watson*.

En estos días me sorprendo a mí misma de pie, frente a mi biblioteca, como el general corso de un ejército invisible exhortando a sus soldados: ¡Cuarenta siglos os contemplan! Porque los libros hoy adquieren una dimensión singular; son los sacos terreros de la trinchera de la memoria de la humanidad y gracias a ellos nos podemos asomar al desastre con otros ojos. Son la compañía y el consuelo, y para los que seguimos vivos en estos tristes días, deberían ser los respiradores mecánicos del alma. Su sola presencia es ya sanadora porque es compañía; pasar los dedos por sus lomos, abrir alguno y leer al azar, o sencillamente mirarlos como el que contempla un paisaje misterioso lleno de aventuras, sabiduría, sufrimiento, secretos, mentiras, olvido, confidencias, sexo, amigos, amor, ya es un consuelo. Aquí está todo. Y entre ellos estoy yo y seguiré estando, mientras esta pesadilla dure; rodeada de estos fieles amigos que merecen ser nombrados como un mantra; como una oración sanadora de agradecimiento: Gracias **Quevedo**, alimento de primera necesidad; **Plutarco,** biógrafo de la excelencia; **Lorca,** vida, amor y muerte a la manera española; **Zorrilla**, compañía de nuestros muertos en el frio noviembre; **Muñoz Seca**, humor triunfante sobre la injusticia y la maldad; **San Agustín**, el hombre que mejor explica a Dios; **Allan Poe**, locura y miedo de calidad; **El Cid**, nuestro Ulises ; **Lope de Vega**, invicto de la lengua, las mujeres y el olvido; **Miguel Hernández**, pastor de versos; **Jardiel Poncela**; risa sofisticada; **Arturo Pérez-Reverte**, ¡Oh, capitán, mi capitán!; **Dante,** amor a la italiana; **Lampedusa,** aristocracia y melancolía**; Homero,** el padre de mis héroes; **Virgilio,** faro de Europa; **Jack London** seductor aventurero**;** **Pérez Galdós**, honra de España; **Agatha Christie**, dama del misterio, **Arthur Conan Doyle**, mi médico de cabecera, **Larra**, el mejor periodista español; **Chaves Nogales**, el reportero más lúcido, **Hemingway,** el reportero más chulo; **Leigh Fermor,** mi amor

platónico, **Borges**, mi amor espiritual; **Scott Fitzgerald**, snob de la palabra; **Balzac**, muchedumbre hecha novela; **Dickens**, aventura de sobrevivir**; Stendhal**, genio en rojo y negro; **Goethe**, catedral gótica; **Cervantes**, amor, lujuria, desengaño, maldad, negrura, humor, ocaso, razón, osadía, madurez, pasión, luz. Vida. **Marco Aurelio**, mi epitafio; **Conrad**, todo… Imposible no dejar injustamente a algunos en la retaguardia de este escrito, pero todos aguardan, pacientes, en línea de combate en mi biblioteca, mi memoria y mi corazón…

Tejero San Vicente, Raquel



Raquel Tejero San Vicente (Madrid) es periodista de OKDIARIO y analista política. También es colaboradora en distintas tertulias televisivas y radiofónicas.

LAS PESADILLAS YA NO “SON COSAS DE CHINOS"

Nos creíamos que lo teníamos todo. Que lo teníamos por derecho. Que esto no nos pasaría a nosotros. Que las cifras que un día fueron diez, no se convertirían en ochocientos. Que eso sólo pasa en China. Ahora también en Italia. Primer muerto. Quinto muerto. Salimos de casa porque aquí no pasa nada. Hoy mejor me quedo. Llamada de mis abuelo. No se encuentra bien. Le han ingresado. Ha fallecido.

“¿Y hoy cómo estáis?”. Lo primero que hago al despertarme es mirar mi teléfono. Leo un “buenos días. Sin novedad” y me levanto algo más tranquila. Suerte la mía.

Sin embargo, no puedo evitar pensar en la situación que atraviesan muchos españoles. Lo más duro de esta crisis son las circunstancias que, por cuestiones lógicas, obligan a las familias a no poder despedirse de los suyos. Un día ingresan y a los días reciben la noticia que más temían. Como en las películas de domingo donde el fin del mundo llega y los muertos se acumulan en recintos, España vive el peor momento de su historia reciente.

Tu ser querido se marcha y tú te quedas aquí. Preguntándote cómo fueron sus últimas horas y lamentando no haber podido estar a su lado, cogerle la mano. A estas alturas de la 'película' todos conocemos una situación relativamente cercana que nos permite identificarnos con esta triste historia. Triste se queda corta.

Y entre esta marabunta de pensamientos ciertamente inconexos el mundo ha parado. En mayor o menor medida los países han visto como su actividad diaria ha quedado mermada. No somos los que éramos. Y no lo seremos. Como si de una taza de Mr. Wonderful, de esas ñoñas con mensajes triunfalistas que me sacan de quicio, mi cabeza no deja de reflexionar sobre lo que creíamos nuestro. La vida en la calle, las cañas, los paseos.

Y todo toma más importancia. El voto que depositaste aquel día. (¡Nos quejábamos de tener que salir a la calle e ir a votar otra vez!) Las últimas palabras que dijiste a un amigo. El tiempo que llevas sin visitar a tu madre. Tu decisión aplazada de dejar de fumar.

Volviendo al principio, cuando todos éramos más inconscientes. Recuerdo la risa, las burlas de aquellos que llevaban mascarilla y la falta de datos. Nos engañaron y nos dejamos engañar.

También me acuerdo del 8-M. Me acuerdo y no me olvidaré. Me tocó vivirlo desde la redacción pero tuve compañeros que acudieron. Y no lo olvidaré. Y no lo haré porque aún retumban las palabras de la vicepresidenta del Gobierno, **Carmen Calvo**: "**Le diría a las mujeres que están dudando en venir que** les va la vida en esto". Irresponsabilidad que ha costado miles de muertos, muertas y muertes.

Y nos engañaron. Y creíamos que esto era "cosa de los chinos". Pero los números de las estadísticas se convirtieron en rostros conocidos: tu abuelo, tu madre, tu hermano, tu vecino... Y empezó a ser motivo de insomnio de miedo y de desconfianza.

Ahora vamos a la compra con guantes, nos ponemos mascarilla y hacemos todo eso de lo que nos burlábamos al verlo en los vídeos de los asiáticos.

A día de hoy desconocemos el origen pero sabemos perfectamente la causa de su propagación. La ineptitud, una vez más, de nuestros políticos ha hecho que cientos de personas estén muriendo solas en los hospitales y que nuestros sanitarios y agentes de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado se jueguen la vida cada día sin apenas contar con material de protección que pueda evitarlo.

Es injusto. Es muy injusto. Y reconozco, no hay día que no me acuerde, cuando yo mismo pensaba que todo esto no podía exagerarse, que había que andarse con ojo y que no debíamos causar excesiva alarma social.

Ahora, unos datos que no convencen a nadie, nos recuerdan cada día

(a eso de las once y media de la mañana) que la pesadilla ha llegado y que no nos dejará dormir tranquilos en mucho tiempo.

Torres García, Javier



Javier Torres García (Sevilla) es periodista. Ha escrito en periódicos y hecho varios programas de radio y televisión. Ahora es asesor de VOX en el Congreso de los Diputados.

BENDITOS TIEMPOS DIFÍCILES

Hemos copiado a Italia tarde y mal. Del parlamento a los balcones, España ha seguido paso a paso la tragedia italiana como si no tuviera ganas de escribir su propio guion. Una resignación muy parecida a la que deben sentir tantos defensas cuando se enfrentan a Messi: casi mejor no hacer nada. Las imágenes que nos llegaban de Milán los días en que aquí se coreaba "coronavirus oé" nos mostraban ciudades fantasmagóricas patrulladas por coches de policía convertidos en el pelotón de soldados de Spengler que salva a la civilización. Una especie de novela distópica con policías dirigiéndose a los vecinos por megafonía pidiéndoles no salir de casa. Claro que Italia nos dejó otras escenas mucho más reconocibles con nuestro carácter mediterráneo: vecinos aplaudiendo a los sanitarios desde los balcones cada día a la misma hora en merecidísimo homenaje a quienes desde el principio combaten al virus en primera línea. Otra cosa son aquellos que convierten el balcón de casa en una cabina de dj. Creo que fue esto último lo que hizo que se me activara el piloto contra cursis y aspirantes a vídeo virales a partir del tercer día que salí a aplaudir junto a mi mujer e hija. A mi barrio también llegó el vecino que celebra una sesión de Pachá a las ocho de la tarde, si acaso le perdonamos porque el himno de España o el *Resistiré* del Dúo

Dinámico nos representan a todos. Es curioso el experimento sociológico que vivimos en apenas dos o tres minutos: vecinos que apenas se conocen más allá de un diálogo de ascensor aplauden cruzándose miradas cómplices y despidiéndose de ventana a ventana dándose ánimos con un “hasta mañana”. Se ha generado un vínculo espontáneo -sin injerencias políticas- entre los ciudadanos y eso siempre es de celebrar. ¿Cuánto tardarán en desactivarlo?

Pero vayamos a lo esencial: otra vez el pueblo español ha estado a la altura de las circunstancias para sonrojo de sus gobernantes. En realidad ha sido una constante en nuestra historia. Incluso con el enemigo. El generoso pueblo gaditano atendió en sus casas a los marineros ingleses que habían derrotado a la flota franco-española en la batalla naval de Trafalgar en 1805. Y no hace falta irse tan lejos. Unas horas después de los atentados del 11 de marzo de 2004 las autoridades pidieron a los madrileños que dejaran de acudir a los hospitales a donar sangre porque el suministro estaba garantizado. Estamos hablando del mayor ataque terrorista de la historia de España que dejó casi 200 muertos y 1.400 heridos. A las 11 de la mañana -apenas tres horas después de la primera explosión- entre 1.500 y 2.000 madrileños habían dado su sangre. A menudo se echa en cara a mi generación -nací en la segunda mitad de los 80- y a las anteriores cierta culpa por ser hijas de la prosperidad y del *carpe diem* democrático. Algo así como un pecado original por no haber conocido una trinchera o las penurias de una posguerra. El confinamiento obligado por la crisis del coronavirus es lo más parecido a una guerra que hemos vivido: servicios sanitarios saturados, hospitales de campaña, restricciones para bajar a la calle, prohibición de salir de la ciudad… pero sigue siendo una apacible mañana en Disney comparado con los días de escasez y futuro incierto que vivieron muchos de nuestros abuelos. Sin ánimo de frivolizar, claro.

Desde luego, es importante que tengamos en cuenta las lecciones positivas que nos deja esta pandemia. En primer lugar destacan las profesiones que han sufrido el mayor número de muertes por estar en primera línea de batalla: médicos, enfermeros y resto del personal sanitario; policías, guardias civiles y militares, siempre al servicio de los españoles. Tampoco nos olvidamos de los imprescindibles bomberos, agricultores, ganaderos, transportistas, trabajadores de supermercados, taxistas, conductores de autobús… Todos son esenciales para el funcionamiento del Estado y no gozan, sin embargo, del reconocimiento social que tienen otros oficios de más relumbrón que estos días palidecen ante la hora de la verdad. El futbolista de moda se encoge ante el médico que encara la muerte cada día al salir de casa; el tertuliano televisivo es una grotesca

caricatura, un charlatán insoportable absolutamente prescindible ante el agricultor que no ha dejado de trabajar para que sigamos comiendo; el político arrogante y vanidoso que ni en situaciones así es capaz de olvidar la ideología y ponerse en manos de los científicos; o el especulador de bolsa, con más titulaciones que vergüenza, se frota las manos pensando en una jugada millonaria a costa de las empresas que se hunden y los trabajadores que perderán su empleo.

En fin, estos días en familia nos muestran el camino: a nuestro mundo le sobran ruido, prisas y egoísmo. Benditos tiempos difíciles si somos capaces de aprovecharlos para construir una España mejor.

Toscano de Balbín, Carla



Carla Toscano de Balbín (Madrid) es Diputada en el Congreso por Madrid en las XIII y XIV Legislaturas. Licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. Máster en Lingüística Aplicada a la Enseñanza de español y Especialista en Ayuda Humanitaria.

DE DRAGONES Y HÉROES

"Habet mundus iste noctes suas, et non paucas" (Tiene este mundo sus noches, y no pocas), decía San Bernardo. Pues bien, ésta es una de esas noches. Qué extraño que nos cambie la vida algo que no vemos y de lo que hace apenas dos meses lo ignorábamos todo, incluso su existencia.

Pero nos la ha cambiado, sí. En el peor de los casos, para tantas personas que se han quedado por el camino, que no van a poder contar que vivieron esta etapa, porque han sido las primeras en marcharse; para sus familias y amigos, que se han quedado un poco más solos y que si algo les quedará será el dolor de la ausencia; para los médicos y sanitarios que exponen su salud y trabajan sin descanso para curar. Y en el mejor de los casos, o en el más llevadero, para todas las personas que confinadas esperamos que esto pase cuanto antes mientras vemos que no, que no pasa, que nuestra vida ha quedado interrumpida hasta no se sabe cuándo, que estamos obligadas a echar de menos a personas que están a unas pocas calles de nuestra casa, que no podemos abrazar a los que queremos, que no podemos salir y si lo hacemos, el único compañero que camina con nosotros es el miedo.

Este virus, o su pésima gestión, nos ha robado, en su lado más trágico, la vida de muchos, y a otros nos ha robado, en su lado más irrelevante, la cotidianidad. Esa foto fija en que han quedado nuestras vidas este mes de marzo, con tantos temas pendientes de trabajo, de salud, tantos besos por dar, tantos planes importantes y secundarios que realizar, nos demuestra cuán lejos estamos de controlar nuestras vidas, porque llegan noches como ésta y nos sentimos perdidos, con la necesidad de buscar nuevos significados.

En este vacío que lo llena todo, ante unas calles en que resuena estruendoso el silencio, tenemos que percatarnos del deber de abrir los ojos y el corazón más que nunca a aquellas cosas que en circunstancias normales nos pasarían desapercibidas. Decía C.S. Lewis que "hemos aprendido a no conceder valor a las cosas presentes mientras suceden". Y ahora no suceden.

Además de ser conscientes de nuestra fragilidad física, estas circunstancias deberían hacernos ver nuestra ingente cantidad de dependencia y necesidades, que en esta situación no pueden ser satisfechas. Echar de menos nuestra rutina hace que nos demos cuenta de que es buena, de que esos pequeños grandes tesoros como son nuestra libertad de movimientos, nuestra seguridad, nuestro trabajo, nuestra buena salud, la compañía de las personas queridas, o esa cerveza en el bar, son inmensos regalos que damos por descontados cuando todo va bien.

Tras muchos días de encierro en el que un gobierno irresponsable y negligente, que ha degenerado en ser parte del problema en lugar de en la solución, nos mantiene aislados mientras da palos de ciego; mientras vemos como la economía se hunde, mientras las libertades se cercenan, mientras muchos padecen la enfermedad sin medios, sin respiradores y en soledad, y sobre todo, mientras tantos mueren sin que encontremos esperanza para salir de esta situación, tenemos el privilegio de observar, ante tanta infamia, cobardía y mentira, el profundo heroísmo de tantos -médicos, enfermeros, sacerdotes, trabajadores, militares y personas anónimas- a los que su salud y su vida les parece un precio pequeño a pagar a cambio de ayudar, curar, acompañar y reconfortar.

Estamos viviendo las dos caras del ser humano, la miserable y la heroica, la infame y la altruista. Pero, gracias a Dios, predomina esta última. Entre tantos números trágicos de fallecidos, contagiados, desempleados y pérdidas, siguen ganando por mucho los números de héroes que se juegan la vida, de valientes que cuentan la verdad, de desconocidos que ofrecen su sacrificio de enfermedad o aislamiento por el bien de otros, de personas que rezan por nosotros…

Chesterton nos recordó que los dragones pueden ser vencidos, y tenía razón. Pero es nuestra responsabilidad que, frente a la mentira, al caos y al dolor, en el proceso sepamos conservar el valor, el honor y la fe. Cuando esta noche acabe muchos no podrán contarlo, porque no estarán. Muchos estarán marcados para siempre por haber convivido demasiado de cerca con el dolor, y muchos, con la ayuda de Dios, retomaremos nuestras vidas donde se quedaron, o quizá no. "Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos" decía Neruda… Sé que no

seremos los mismos, pero también sé que esta experiencia nos tiene que grabar a fuego el recuerdo de los que murieron, el dolor y la soledad de los enfermos para que no vuelva a repetirse jamás algo semejante, el propósito de exigencia implacable a nuestros gobernantes para que cumplan con su deber de protegernos y de decirnos la verdad; nos tiene que grabar a fuego el agradecimiento por estar vivos, por las personas que queremos y su cercanía, por nuestra libertad tan poco valorada cuando no está en juego, y sobre todo, el agradecimiento por nuestra bendita cotidianidad.

EPÍLOGO

Existe una frase muy conocida y que conforme pasan los años demuestra ser muy cierta: la realidad supera a la ficción. Nadie hubiera imaginado que enfrentaríamos algo así hace un tiempo. La idea de que algo microscópico pueda poner en apuros a la sociedad del siglo XXI y obligarla a encerrarse en sus casas como en las peores epidemias de la Historia, nos habría resultado ridícula y propia de películas y series. Pero aquí estamos, unos encerrados en casa, otros encerrados fuera, y cada uno cumpliendo con su parte en esta lucha contra el coronavirus y sus consecuencias.

Podemos ver cómo pelean los que están en los hospitales con los enfermos y realizan su misión, pero la pregunta para los que estamos bajo cuarentena es qué podemos hacer nosotros, cuál es nuestra parte en esta batalla. Aunque a primera vista parece que nada, todas estas reflexiones que hemos visto muestran que las paredes de una casa nunca han sido un verdadero obstáculo para aquel que quiere hacer el bien. Existen tantas maneras de actuar que sólo la creatividad marca el límite y no algo tan poco importante como un muro. Eso lo han demostrado, por ejemplo, aquellos que han elegido de por vida ingresar tras las puertas de un monasterio o un convento de clausura como los cartujos. Y este libro se ha sumado a esa prueba de que sí es posible cooperar al recoger lo que está creciendo detrás de las paredes de tantas viviendas.

Cada reflexión tiene un mismo origen: la lucha contra el coronavirus y sus consecuencias, que es presentada desde un punto de vista único, incidiendo en un aspecto que parece relevante, que puede aportar algo nuevo, que puede ayudar ahora y en un futuro. Cada una es un ladrillo para construir algo novedoso que vendrá cuando se levante la cuarentena. Este periodo en casa no es un momento de vacaciones, ni de relax, es un tiempo de preparación para lo que nos espera. Cada uno tiene la llamada de aprovechar esta oportunidad que nos están dando los sanitarios. Recogiendo un pensamiento escrito por un autor británico llamado J. R. R. Tolkien, a todos nos hubiera gustado que esto no hubiera pasado en nuestro tiempo pero, ahora que ha sucedido, podemos decidir qué hacer con el tiempo que nos están dando, aunque no sea más que escribir unas palabras en la comodidad del hogar.

A ese personal médico y sanitario que está en el frente para arrancar a los enfermos de las garras de esta enfermedad y evitar que

caiga ninguno más, a ellos les dedico estas últimas palabras de elogio, prestadas por un hebreo llamado Ben Sira: *"Honra al médico por los servicios que presta, que también a él lo creó el Señor. Del Altísimo viene la curación y del rey se reciben las dádivas. La ciencia del médico le hace erguir la cabeza, y es admirado por los poderosos. El Señor hace que la tierra produzca remedios, y el hombre prudente no los desprecia. ¿Acaso no endulzó el agua con un leño para que se conociera su poder? Él es quien da la ciencia a los humanos, para que lo glorifiquen por sus maravillas. Con sus medios el médico cura y elimina el sufrimiento, con ellos el farmacéutico prepara sus mezclas. Y así nunca se acaban las obras del Señor, de él procede el bienestar sobre toda la tierra."*

Fermín Valenzuela Sánchez